

UNIVERSIDAD DEL CEMA
Maestría en Ciencias del Estado (MACE)

Tesis de Maestría

**“Camaleón: El Estado y los
orígenes de la guerra”**

Autor: Horacio S. Sánchez Mariño

Febrero, 2010

Resumen

Al finalizar la primera década del siglo XXI, la guerra es una realidad en el mundo. Las causas que la originan son motivo de debate entre los estudiosos del tema de las diferentes disciplinas. Entre ellos, están los que se inclinan por atribuir la guerra a causas políticas, siguiendo la escuela clásica, iniciada por Clausewitz. Por otro lado, están quienes sostienen que las guerras se producen por causas culturales propias de las sociedades donde habitan los seres humanos, apoyándose en evidencia obtenida de los descubrimientos antropológicos y etnográficos sobre la vida del hombre primitivo. Este trabajo presenta un análisis de autores reconocidos en la Academia, representantes de varias disciplinas seleccionados por su importancia y por el consenso alcanzado por sus teorías, que apoyan una y otra postura. El argumento central es que las explicaciones que atribuyen el origen de la guerra a razones políticas, aún a pesar del debilitamiento del poder del Estado, son más convincentes. La guerra, un Camaleón, como la llamó el pensador prusiano, muta y se transforma en su apariencia pero mantiene su esencia a través del tiempo.

“Escuche. Míreme y escuche, me hace falta que me escuche con la misma atención ansiosa con la que oíamos los llamamientos de la radio de la columna bajo fuego, la voz del cabo de transmisiones que llamaba, que pedía, voz perdida de náufrago olvidándose de la seguridad del código, el capitán que subía deprisa al Mercedes con media docena de voluntarios y atravesaba la alabrada derrapando en la arena al encuentro de la emboscada, escúcheme tal como yo me incliné ante el aliento de nuestro primer muerto con la desesperada esperanza de que aún respirase, el primer muerto al que envolví en una manta y coloqué en mi habitación...”

António Lobo Antunes

En el culo del mundo

Proyecto de investigación

I. Tema a investigar

El Estado y los orígenes de la guerra.

II. Definición del problema

En el mundo de hoy, en la primera década del siglo XXI, permanece el interrogante sobre cuáles son las causas de la guerra. ¿Residen éstas en motivaciones políticas, como enseña la escuela clásica o son producto de determinadas culturas, como sostienen reconocidos autores en investigaciones más recientes?

III. Enunciado de la proposición

Como una conjetura que dispare y guíe la investigación, se puede afirmar que, a pesar de los avances en ciencias sociales, la etnografía y la antropología en general, que proporcionan conocimientos sobre la conducta de los primeros seres humanos que vivían en pequeñas comunidades tribales, utilizados por reconocidos autores para investigar el origen de la guerra, en un mundo donde las sociedades se organizan mayormente en Estados, las teorías clásicas del fenómeno bélico que ponen el acento en las motivaciones políticas parecen tener un mayor poder explicativo.

III. Metodología

La investigación consistirá en un repaso crítico de autores especialmente seleccionados de la literatura disponible, para obtener una visión panorámica del problema de las causas de la guerra. Inicialmente, se discutirá la actualidad de la guerra en la primera década del siglo XXI, para tener un panorama del contexto sobre el que reflexionar. Se buscarán interrelaciones entre los diferentes puntos de vista, contrastando la opinión de autores que consideran que los orígenes de la guerra son políticos con otros que lo atribuyen a causas culturales, en la búsqueda de diferencias o continuidades en el discurso. Sin pretender agotar un tema tan vasto, el informe expondrá las conclusiones personales sobre lo investigado, dando forma orgánica a la reflexión.

Índice

I. Introducción	6
II. El mundo de hoy	8
➤ El estado	11
➤ Escenario peligroso	13
➤ Visiones alternativas	18
➤ Intervenciones humanitarias	20
III. Causas de la guerra	23
➤ Carl von Clausewitz	26
➤ El hombre el Estado y la guerra	32
➤ Hideki Suganami	38
➤ El soldado y el Estado	41
➤ Stanley Hoffmann	45
➤ Sir John Keegan	49
➤ Azar Gat	52
➤ Debate antropológico	54
➤ Martin van Creveld	57
➤ La antropología y el nacionalismo	64
➤ Dos generales	67
IV Conclusiones	70
V. Bibliografía	76

Camaleón: El Estado y los orígenes de la guerra

I. Introducción

La guerra es una actividad destructiva y cruel. Sin embargo, los seres humanos siguen embarcándose en costosas campañas para obligar a cumplir con sus exigencias, a quienes consideran sus enemigos, cuando creen que no existe otra manera de obtener sus objetivos. Este informe refleja los resultados de una investigación que pretende responder al interrogante clásico referido a las causas de la guerra. Al respecto, los textos disponibles de los autores principales de Occidente pueden clasificarse, a mi entender, en dos grandes visiones: aquellas que explican la guerra como un fenómeno político y los que consideran a la guerra un fenómeno cultural.

No será fácil. El historiador Jean Baptiste Duroselle no cree en la teoría. En la introducción de su excelente libro “Todo imperio perecerá” sostuvo que: “Entre los esfuerzos realizados para llegar a una ciencia de las relaciones internacionales, algunos creen que la historia es despreciable (para tomar algunos ejemplos más recientes, el excelente libro de Kenneth Waltz, *Theory of International Politics*, Reading, Mass, Addison Wesley, 1979, 251 pp. comprende en su bibliografía 329 títulos (artículos y libros). De este número, aparte de Tucídides y cinco referencias a memorias de hombres de Estado, cuento 14 libros y 2 artículos escritos por historiadores, casi todos ellos libros de síntesis y no de primera mano) y que se le pueden agregar modelos abstractos o incluso sustituirla.”¹ Duroselle cree que existe “la noble ambición de justificar la unidad de la ciencia” que es esencial saber “lo que los grandes pensadores políticos: Maquiavelo, Pascal, Hobbes, Locke, Montesquieu, Rousseau, Clausewitz, Marx, Lenin, etc., han propuesto” como hizo Raymond Aron y sus veinte libros y “nadie lo ha hecho mejor” pero “el estudio científico de las relaciones internacionales no puede fundarse sino sobre la materia proporcionada por la historia”. Dice también que “cuanto más se construyen abstracciones sin un conocimiento suficiente de los procesos reales, dan más la expresión de un castillo de naipes... o como dice Jacques Freymond, de trampa para el conceptualizador.”² Dice Freymond: “No obstante, no es seguro que los esfuerzos emprendidos por los politólogos en la elaboración de las teorías sobre las relaciones internacionales hayan presentado hasta ahora resultados satisfactorios. La búsqueda de la teoría general de las Relaciones Internacionales se ha caracterizado por sus fracasos.”³ Vengo discutiendo estos temas con Fabián Brown, general e historiador, desde la Escuela de Guerra.

En ciencias sociales, se dice habitualmente, que no son importantes las respuestas sino las preguntas. Uno de los expertos más respetados en estrategia en Estados Unidos, Colin Gray, disiente con quien dice que no poseemos suficiente conocimiento acerca de la guerra, luego de 2500 años. En respuesta a Hew Strachan, quien decía que no se sabía lo suficiente sobre la naturaleza y el carácter de la guerra porque todas las guerras parecían nuevas, Gray sostuvo que “la solución es aplicar un poco de la ética de las ciencias sociales y un mínimo de su metodología, sin apoyarnos demasiado en los historiadores que sienten aversión por la teoría.” Debemos distinguir, dice el autor, “claramente entre la guerra en singular y la guerra en plural”. “Podemos y debemos - dice Gray - diseñar una teoría general de la guerra que explique el tema en función de responder a seis preguntas: ¿qué es la guerra (naturaleza)? ¿porqué ocurren las guerras, de que se trata (causas, orígenes y disparadores)? ¿conduce la guerra a la paz; conduce la paz a la guerra (consecuencias)? ¿cómo es la guerra (naturaleza y experiencia)? ¿cómo se pelean las guerras (carácter)? ¿porqué se pierden o se ganan las guerras (métodos y medios)?”⁴ De todas estas preguntas, trataremos de circunscribirnos a la segunda, ¿porqué ocurren las guerras (causas, orígenes y disparadores) fieles al “ethos” de las ciencias sociales, aplicando un mínimo de su metodología y apoyándonos en grandes autores que han reflexionado sobre el tema.

En esta tesina discutiremos lo que han propuesto los grandes filósofos políticos, discutiremos las posturas de los teóricos de las relaciones internacionales y científicos sociales, estudiaremos las opiniones de grandes historiadores, analizaremos los descubrimientos de antropólogos de renombre y utilizaremos, por supuesto, la teoría. ¿Cómo hablar del Estado, del escenario internacional, de la guerra, sin definirlos? ¿Cómo insertar esa definición en un razonamiento sin especificar las redes conceptuales? Dice Schuster “En un artículo que escribimos hace un tiempo señalamos que las ciencias sociales se estaban convirtiendo en tecnologías de la interpretación; porque lo que vemos es que, efectivamente, hasta hace un tiempo, cuando se comenzó a hablar de la sociedad de la información, la clave estaba en la información. Es cierto que sigue siendo clave poseer cierta información, pero, al mismo tiempo, la cuota de información socializada, distribuida públicamente, ha

¹ Duroselle, Jean Baptiste. *Todo imperio perecerá. Teoría sobre las relaciones internacionales*. Fondo de cultura económica. México, 1998. Página 20.

² Duroselle, Jean Baptiste. Op cit, página 21.

³ Freymond, Jacques. *Teoría e historia*. En “Todo imperio perecerá”. de Jean Baptiste Duroselle. Fondo de cultura económica. México, 1998. Página 418.

⁴ Gray, Colin, *The 21st Century Security Environment and the Future of War*. Parameters. Invierno 2008 – 2009.

aumentado considerablemente con respecto a la cuota de información encerrada en los círculos de poder. Siendo esto así, en realidad un elemento clave de la acción hoy en día es poder interpretar la información, no alcanza con tenerla, hay que saber también leerla y justamente esto es lo que se está pidiendo a muchas ciencias sociales: claves de lecturas, matrices de interpretación. Cuando se pide eso aparece de nuevo la preocupación por la teoría, porque para que haya una clave de lectura tiene que haber algún conjunto de líneas directrices, de conceptos reguladores que permitan ordenar la información bajo ciertas categorías.”⁵

La ciencia política es una investigación de los fenómenos políticos, apoyada en el razonamiento lógico y en las teorías que poseen consenso, que utiliza técnicas y herramientas empíricas de las ciencias sociales que han demostrado criterios de validez y confiabilidad. Es, también, una tradición de discurso. En este trabajo se pretende presentar diferentes opiniones en el debate, así como elementos teóricos que gozan del consenso académico, sobre la base de la literatura disponible, tanto de la visión política de las causas, como de la concepción de la misma como un fenómeno cultural. En este informe se presentará una discusión sobre ambas escuelas. En el primer grupo, hemos seleccionado al filósofo de la guerra por excelencia, Carl von Clausewitz, a Kenneth Waltz y su libro “El hombre, el Estado y la guerra”, a Hideki Suganami, Stanley Hoffmann y Samuel Huntington. En el segundo grupo, decidimos incluir a eminentes historiadores contemporáneos como Sir John Keegan, Azar Gat y Martin van Creveld, entre los más renombrados, quienes han basado sus conclusiones en recientes descubrimientos científicos, especialmente la etnografía y la antropología.

Para dar un marco donde asentar la reflexión, iniciaremos dando cuenta de la vigencia de la guerra en el momento actual para, luego, exponer el punto de los autores que consideran a la guerra como un fenómeno político. Luego, sintetizaremos al argumento de quienes sostienen que la guerra constituye un hecho de la cultura. Al mismo tiempo, si bien hablamos de la debilidad relativa del Estado, nadie puede discutir que continúa siendo, y será por mucho tiempo, el ente más importante en la vida de los seres humanos. Más aún, la razón para observar con más detenimiento la relación entre el debilitamiento de las capacidades del Estado y las condiciones para que se reproduzca una guerra, estriba en que el Estado es el eje de la vida social en el mundo de hoy. El argumento de este trabajo es que, dado el período histórico que transitamos, en esta primera década del siglo XXI, a pesar del debilitamiento del Estado Nación como ente organizador de la vida en sociedad, tanto hacia dentro de la sociedad civil, como en el ámbito de las Relaciones Internacionales, las narraciones que se apoyan en las causas políticas de la guerra parecen tener mayor poder explicativo que aquellas sustentadas en los avances de los conocimientos sobre la violencia en las sociedades primitivas.

Destacamos que el informe escrito ha excedido un poco en extensión lo solicitado por la dirección de la Maestría pero, tratándose de autores de gran envergadura, es difícil sintetizar sus exposiciones sin distorsionarlas. Creemos que es preferible exponerse a una larga lectura, donde abundan las citas, a simplificar peligrosamente a autores como Clausewitz o Waltz. Finalmente, se ensayarán algunas conclusiones obtenidas a lo largo de la investigación. Nótese que, siguiendo el consejo de Gray, la misma asume desde el principio un carácter explicativo débil, fundamentalmente por el aspecto inasible del tema, por la poca sustentación de las lecciones de guerras ocurridas en el pasado y las dificultades de la predicción en ciencias sociales. También, trataremos de no apartarnos de los efectos benéficos de la parsimonia científica, aunque como una licencia, utilizaremos en algunas ocasiones, imágenes de películas, a modo de metáforas, considerando al cine como una expresión importante de la sociedad.

El Estado y las causas de la guerra es un tema esencial de los hombres de hoy. La importancia del problema requiere una reflexión profunda, mesurada que permita profundizar la comprensión de un fenómeno enigmático como la guerra. En este trabajo final se busca hacer un aporte al debate, aprovechando la riqueza de autores cuyas enseñanzas gozan de consenso, con el objetivo de presentar ordenadamente algunas ideas que permitan extraer conclusiones válidas. Obviamente, no es posible abarcar todos los ángulos de un tema tan vasto sino presentar, de manera sistemática y confiable, información útil, tanto para el ámbito académico, para el ámbito militar, como para quienes, desde el Estado, deben tomar decisiones de paz y guerra.

Al cierre de la Maestría en Ciencias del Estado de la Universidad del CEMA, como politólogo, pretendo acercar un aporte a un debate crucial en los tiempos que nos toca vivir, utilizando las herramientas teóricas adquiridas en estos años de discusión sobre la evolución del Estado y, al mismo tiempo, aprovechar la experiencia y los conocimientos propios de mi bagaje profesional militar.

⁵ Schuster, Federico. Del naturalismo al escenario post empirista. En “Filosofía y métodos de las ciencias sociales”. Manantial. Buenos Aires, 2002, página 43.

II. El mundo de hoy

El mundo que habitamos atraviesa un periodo de crisis financiera que tiene una fuerte réplica sobre la economía real. Las consecuencias son enormes y todo hace temer que el fenómeno se extienda en el tiempo. Cuando han ocurrido estas crisis en el mundo, se produjeron fuertes tensiones sociales y es sabido que a la última crisis de 1929, sobrevino la Segunda Guerra Mundial. El temor a la guerra ha ensombrecido siempre a los seres humanos que conocen las consecuencias de este fenómeno, que cuando ocurre destruye muy profundamente los lazos sociales. Los analistas recibieron la caída de la Unión Soviética como un hecho positivo, que venía a pacificar el mundo, con el fin de la Guerra Fría entre las dos superpotencias. Que ocurre entonces en esta primera década del siglo XXI con respecto a la guerra, ¿es posible que aparezca? Desarrollaremos la opinión de autores que no sólo temen que pueda ocurrir sino que afirman que vivimos en un estado de guerra, con opiniones cercanas a los autores clásicos de la filosofía política, Hobbes y Rousseau. El primero es Eric Hobsbawm, historiador que goza de gran aceptación en la comunidad académica, quien deplora la desaparición de Unión Soviética, ya que lo considera un fenómeno geopolítico de consecuencias catastróficas para el mundo y cuyas consecuencias son negativas en varios sentidos.

Veamos su opinión sobre lo ocurrido en el siglo pasado: *“El siglo XX ha sido el más sangriento en la historia conocida de la humanidad. La cifra total de muertos provocados directa o indirectamente por las guerras se eleva a unos 187 millones de personas, un número que equivale a más del 10 por 100 de la población mundial de 1913. Si tomamos el año 1914 como punto de partida⁶, el siglo XX ha sido un siglo de guerras casi ininterrumpidas, a excepción de algunos breves periodos sin conflictos armados organizados en todo el planeta. Ha sido un siglo dominado por las guerras entre estados territoriales o alianzas de estados. Podríamos considerar incluso el periodo comprendido entre 1914 y 1945 como una sola <<Guerra de los Treinta Años>>, tan solo interrumpida por una pausa en los años veinte; una pausa que se inició con la retirada final de los japoneses de las regiones más orientales de la Unión Soviética, en 1922, y que concluyó con la invasión de Manchuria en 1931. A este episodio le sucedieron, casi de inmediato, cuarenta años de Guerra Fría, que contribuyeron a forjar la definición que hiciera Hobbes de la guerra: “más que la batalla ni la lucha en sí misma, el espacio de tiempo en el que reina la voluntad de resolver las diferencias por medio de la batalla.”⁷*

Otro historiador británico, Niall Ferguson, postula una tesis abarcativa para explicar la violencia en el siglo XX: las guerras ocurrieron cuando se dieron tres ingredientes, conflicto étnico, inestabilidad económica – financiera y desaparición de algún Imperio: *“Hay tres elementos que me parecen necesarios para explicar la extrema violencia del siglo XX, y en particular, porque una parte importante de ella tuvo lugar en ciertos momentos, especialmente a principios de la década del 40, y en determinados lugares, concretamente en Europa centro-oriental, Manchuria y Corea. Dichos elementos pueden resumirse como: conflicto étnico, inestabilidad económica e imperios decadentes.”*⁸ Paul Johnson, un historiador inglés, católico y liberal, características difíciles de encontrar juntas, atribuye los males del siglo XX a la voluntad demoníaca de poder de algunos líderes, entre los que se destacaron Hitler y Stalin, al auge del relativismo moral, el declive de la responsabilidad personal y el rechazo de los valores judeo-cristianos.⁹

En América Latina el fenómeno de la guerra inter-estatal ha sido más raro. El profesor Escudé sostiene que lo más significativo de esta región, en comparación con Europa, *“es la relativa influencia de la guerra entre nosotros.”*¹⁰ Dice Escudé: *“Desde mucho antes de la unificación alemana de 1871 ha habido paz permanente entre Argentina, Brasil y Chile. Si pudiera decirse lo mismo de Alemania, Francia y Gran Bretaña, la humanidad se habría ahorrado más de noventa millones de vidas. Más aún, ninguna ciudad latinoamericana sido bombardeada por otros países de la región, como lo han sido las europeas y asiáticas”*. Refiriéndose a las turbulencias en Bolivia, el autor lo compara con las actitudes de los países de Europa y Asia y dice que *“nuestra civilización rechaza esa rapiña a la vez que condena de plano la conquista.”* Si bien se firman tratados, estos se cumplen poco y sin embargo, las guerras se evitan con mecanismos *ad hoc*, en esta subcultura de Occidente que puede considerarse *“una civilización por derecho propio”* y *“un actor internacional benigno”*, dice Escudé.¹¹

Sin embargo, en esta parte del globo, Chile y Argentina desplegaron tropas en las fronteras, en apresto por una guerra inminente que, afortunadamente, no ocurrió. En este episodio, ambos países transitaron todos los caminos

⁶ En su Historia del siglo XX, Hobsbawm llamaba al siglo XX, en una periodización original, el siglo “corto”, señalando que se inició en 1914 y terminó en 1989, con la caída de la Unión Soviética.

⁷ Eric Hobsbawm. *Guerra y Paz en el Siglo XXI*. Ed. Crítica. Barcelona, 2007. Página 1y2.

⁸ Ferguson, Niall. *La guerra del mundo*. Debate. Barcelona, 2007.

⁹ Johnson, Paul. *Tiempos modernos*. Vergara. Buenos Aires, 1988.

¹⁰ Escudé, Carlos. *La civilización iberoamericana*. Revista UCEMA. Buenos Aires, 2008. Página 23 y 24.

¹¹ Escudé, Carlos. Revista UCEMA, página 24.

que llevaban al enfrentamiento armado y faltó sólo apretar el gatillo. Luego vino la guerra de Malvinas, en 1982. La Argentina habría de conocer la guerra en su expresión más acabada. En ese breve pero mortal conflicto, quedaron expuestas las características expresadas por los teóricos más representativos. Al respecto, Hobsbawm sostiene: *“Por otro lado, aunque en América Latina ningún ejército haya atravesado las fronteras de otro país en el siglo XX, el continente ha sido el escenario de grandes enfrentamientos civiles: en México a partir de 1911, en Colombia desde 1948 y en diferentes países de Centroamérica durante el periodo estudiado. Nadie se atreve a admitir que el número de guerras internacionales haya ido en descenso de forma constante desde mediados de los años sesenta, cuando las disputas entre estados cedieron su lugar a los problemas internos. La cifra de éstos no dejó de crecer hasta los años noventa, momento en que se estabilizó”*¹². Como analizaremos más adelante, civilización, estado y guerra son conceptos que se entrelazan según los autores. Algunos, como Escudé, encuentran una relación más directa entre la civilización y la guerra. Otros, como Hobsbawm, ven la relación más nítida entre el Estado, la guerra y los imperios. Ferguson, por su parte, valora los beneficios de lo que él llama un “imperio liberal”, en su libro *“Coloso. Auge y decadencia del imperio americano”*, donde considera que EE.UU. es un imperio al que le faltan los rasgos más importantes que permitieron al Imperio Británico en el siglo XIX controlar grandes dominios a lo largo de todo el mundo. En primer lugar, EEUU depende del capital internacional para cerrar su déficit, no dispone del número de diplomáticos y militares suficientes para atender sus asuntos a lo largo de todo el mundo y su pueblo no posee la voluntad de afrontar las responsabilidades internacionales de un imperio. Dice el autor: *“Mi conclusión (para aquellos lectores a los que les gusta una indicación de su destino final) es que el poder global de Estados Unidos hoy, aunque es impresionante para quien lo contemple, reposa sobre cimientos mucho más débiles de lo que se supone. Estados Unidos ha adquirido un imperio pero los estadounidenses carecen de una mentalidad imperial.”*¹³

Hobsbawm, en consonancia con Duroselle, considera a los imperios algo negativo para la humanidad mientras que Ferguson siente nostalgia del Imperio Británico y, aunque considera que las condiciones y las actitudes de los Estados Unidos lo alejan de convertirse en uno con todas las letras, parece recomendar a la superpotencia asumir esa responsabilidad para traer la estabilidad y la paz al mundo. Sobre esto, dice Hobsbawm: *“Como ya sucediera durante todo el siglo XX, vivimos en un periodo marcado por la ausencia total de una autoridad global eficaz y capaz de controlar o de resolver los conflictos armados. La globalización ha avanzado en casi todos los aspectos, en el económico, en el tecnológico, en el cultural e incluso en el lingüístico, menos en uno: política y militarmente, los estados territoriales siguen siendo las únicas autoridades reales. Oficialmente, existen unos doscientos estados, pero en la práctica solo unos cuantos tienen peso, y de todos ellos Estados Unidos es el más poderoso. Sin embargo, ningún estado o imperio ha sido lo suficientemente extenso, rico y poderoso para mantener la hegemonía política, y menos aun para alzarse con la supremacía política y militar. El mundo es demasiado grande, complicado y plural. Y no parece factible que Estados Unidos, ni ninguna otra potencia estatal imaginable, pueda consolidar su dominio, por más que se lo proponga.”*¹⁴ El autor marca el proceso de globalización pero también la imposibilidad de la formación de un imperio, siendo los estados quienes detentan la autoridad política y militar, con sus características y riesgos: *“Siendo los Estados los únicos que ejercen un poder real, existe el riesgo de que las instituciones internacionales se vean despojadas de eficacia o que carezcan de legitimidad universal a la hora de tratar de resolver delitos como los <<crímenes de guerra>>... Pero esto no es por ejemplo de ejercicio del derecho internacional, si no de ejercicio tradicional del poder y de la influencia en el seno de un sistema internacional de estados.”*¹⁵

En nuestro país, en un trabajo reciente, Roberto Russell y Fabián Calle emiten opinión que, a mi juicio, aclara el tema de los imperios y sus periferias y orientan en la lectura: *“Escrita o no en clave de imperio e imperialismo, la literatura especializada en Relaciones Internacionales reconoce que el fenómeno de expansión internacional de un país obedece a una compleja interacción de factores sistémicos, metropolitanos y periféricos. Aunque en menor medida que los dos primeros, el peso de estos últimos factores en la determinación del carácter y evolución del fenómeno de expansión del poder ha sido estudiado en varios trabajos, algunos clásicos y otros recientes (Entre los trabajos clásicos, véase Michael Doyle, *Empires, Ithaca, New York, Cornell University Press, 1986*; John Gallagher (edited by Anil Seal) *The Decline and Fall of British Empire, Cambridge, Cambridge University press, 1982, United Kingdom*; David Fieldhouse, *Economics and Empire, 1830-1914, Ithaca, Cornell University Press, 1973*; y John Gallagher and Ronald Robinson, *The Imperialism of Free Trade, The Economic History Review, Second Series, vol. VI, n 1, 1953*. Entre los recientes, véase a Paul McDonald, *“Peripheral Pulls: Great Power Expansion and Lessons for the American Empire”*; *International Studies Association*, Montreal, 2004, Randall Schweller, *Unanswered Threats: Political Constraints on the balance of Power, Princeton, Princeton university Press, 2006*; y Roberto Russell, *“El orden político internacional en**

¹² Eric Hobsbawm, Op cit, Página 4.

¹³ Ferguson, Niall. *Coloso. Auge y decadencia del imperio americano*. Debate. Barcelona, 2005.

¹⁴ Eric Hobsbawm, Op cit, Página 9y10.

¹⁵ Eric Hobsbawm, Op cit, Página 11.

Irak” en Mónica Hirst, Carlos Pérez Llana, Roberto Russell y Juan Gabriel Tokatlián, Imperio, Estados e Instituciones, Buenos Aires, Altamira-Fundación OSDE, 2003)”. Más adelante agregan: “No es nuestra intención aquí entrar en esta discusión que incluye problemas de definición (si Estados Unidos es o no un Imperio) y, en especial, de explicación (si se comporta o no de manera imperialista) (Sobre ambos problemas véase Roberto Russell, op. Cit. , pp 27-43.) Apelamos a una clave más simple y que creemos más útil a los fines de nuestro trabajo: tratamos a Estados Unidos como un gran poder y América Latina como una periferia dinámica con distintos grados de subordinación a un núcleo dominante. Inscripto en este marco general, el estudio se ocupa de la expansión de los intereses de seguridad de Estados Unidos en América latina desde el fin de la Guerra Fría en respuesta a las turbulencias periféricas.”

El estado

Debemos dar algunas precisiones teóricas con respecto al Estado en la democracia liberal, para marcar el punto de partida de nuestras reflexiones sobre la guerra. El ensayo de José Fernández Vega “Redefiniciones del Estado” provee algunos elementos para entender su evolución, de acuerdo a la discusión política contemporánea.¹⁶ Inicialmente, esta discusión partió de la definición *weberiana*, que recordamos aquí. “*El estado es aquella comunidad humana que en el interior de determinado territorio - el concepto de territorio es esencial a la definición - reclama para sí, con éxito, el monopolio de la coacción física legítima. Porque lo específico de la actualidad es que a las demás asociaciones o personas individuales sólo se les concede el derecho de la coacción física en la medida que el Estado lo permite. Esta se considera, pues, como fuente única del derecho de coacción*”¹⁷. Luego, Fernández Vega refiere la actualización presentada por Ikenberry y Hall, autores cuya interpretación de la relación entre el Estado y el capitalismo como una de las causas de la guerra en Europa, es muy interesante. Según Ikenberry y Hall, “*los científicos sociales están de acuerdo sobre cómo debe definirse el Estado. Una definición compuesta incluiría tres elementos. En primer lugar, el Estado es un conjunto de instituciones estas instituciones son gestionadas por el propio personal del Estado. La institución más importante es la que controla los medios de violencia y coerción. En segundo lugar, estas instituciones están enmarcadas en un territorio geográficamente delimitado, al que generalmente se denomina sociedad. Es crucial el hecho que el Estado mira tanto hacia dentro, a su sociedad nacional, como hacia afuera, hacia a sociedades más grandes entre las que debe abrirse paso su conducta en un área frecuentemente solo puede explicarse por sus actividades en la otra. En tercer lugar, el Estado monopoliza el establecimiento de normas dentro de su territorio. Esto tiende a crear una cultura política común compartida por todos los ciudadanos.*”¹⁸

En la discusión sobre el Estado en la democracia, la política incluye dos ámbitos, el público y el institucional y podría definírsela como una acción del ámbito público que afecta a las esferas de poder, las instituciones. En este sentido, privilegia el orden sobre la anomia (cuando se produce la desarticulación de las reglas sociales) En la anomia no hay instituciones, el poder se hace difuso. La política privilegia también las instituciones, sin ellas no existe sociedad y su función es dar el marco donde ésta realizará sus interacciones. Si hablamos de orden político hay instituciones, porque se requiere un ordenamiento político, sin él no existe sociedad. Discutiremos estos temas repasando la visión de los grandes autores de la filosofía política, como Hobbes y Rousseau, quienes reflexionaron sobre la guerra al interior del Estado y en el escenario internacional.

La idea de la política, en la tradición del discurso de la democracia pluralista, es crear un orden a través de instituciones. El Estado no pertenece a ningún grupo, es el administrador de la cosa pública, debe garantizar el juego de las instituciones. La actividad política es una forma de actividad concentrada alrededor de la búsqueda de ventajas competitivas entre los grupos. También es una forma de actividad dominada por el cambio y la relativa escasez. La posesión de beneficios relativos afectará a la sociedad y si algún grupo desea ventajas, debe competir con otros grupos. Por lo tanto, la actividad política expresará una necesidad de reajuste constante dentro de la sociedad para obtener ventajas relativas o para modificar los objetivos por los que compiten los grupos e individuos. La acción política produce cambios y reajustes, los grupos se reajustan según su posición. Este planteo pluralista es esencial a la democracia liberal, como régimen político deseable en la sociedad contemporánea. Las instituciones son representantes de la democracia del estado. Por lo tanto, entendemos que la política es una acción que busca cambiar las relaciones de poder. En las sociedades cerradas, la tribu por ejemplo, no se puede hablar de política. Está el jefe, el consejo de ancianos el hechicero, la Ley y la Tradición y nadie puede cambiar esa situación, que ha sido dada. Analizaremos esta cuestión en detalle cuando discutamos las causas culturales de la guerra. Estos conceptos pueden aplicarse, salvando las distancias, a los totalitarismos o a los autoritarismos.

En la discusión sobre la guerra, en el ámbito intra-estatal resulta útil recordar la teoría elaborada por Guillermo O'Donnell sobre el estado burocrático autoritario. Si bien ésta no puede encuadrarse dentro del institucionalismo, seguir a O' Donnell permite agregar la dimensión de la dominación en la ciudad democrática. El autor define al Estado como la dimensión política donde se articula la dominación de una sociedad, en un delimitado contexto territorial. Dice O' Donnell: “*Entiendo por Estado el componente específicamente político de la dominación en una sociedad territorialmente delimitada. Por dominación (o poder) entiendo la capacidad, actual y potencial, de imponer regularmente la voluntad sobre otros, incluso pero no necesariamente, contra su resistencia. Lo político en sentido propio o específico lo entiendo, entonces como una parte analítica del fenómeno más general de la dominación: aquella que se halla respaldada por la marcada supremacía en el*

¹⁶ Fernández Vega, Jorge. *Redefiniciones del Estado*. En “*Crisis del estado en intervención internacional*” Mónica Hirst compiladora. EDHASA. Buenos Aires, 2009. Página 155 a 206.

¹⁷ Weber, Max. *Economía y sociedad*, op. cit. “Sociología del Estado”.

¹⁸ Hall, John y Ikenberry, G. John. *El Estado*. Alianza. Madrid, 1993. Páginas 10 y 11.

*control de los medios de coerción física en un territorio excluyentemente delimitado Combinando estos criterios, el concepto de estado resulta equivalente al plano de lo específicamente político, y éste, a su vez, es un aspecto del fenómeno más amplio de la dominación social.”*¹⁹ En América Latina parece haber una relación entre el modelo del estado burocrático autoritario y las condiciones para que estalle una guerra, cuestión que excede a esta investigación pero que da algunas pistas para entender, por ejemplo, la casi guerra entre Argentina y Chile en 1978, la guerra de las Malvinas, la guerra entre Perú y Ecuador y, en cierta medida, el conflicto actual entre Colombia, Venezuela y Ecuador, entre los más destacados.

Otro aspecto que vale la pena delimitar en este trabajo, se refiere a la seguridad. La seguridad es una de las necesidades básicas del hombre, reconocida por todos los que han reflexionado sobre la vida en sociedad, desde los griegos hasta los modernos antropólogos. El hombre puede desenvolver sus potencialidades sólo en la medida en que todas sus necesidades sean cubiertas, como el alimento, el refugio y la protección frente a las amenazas a su vida. Sin esta garantía de que su vida y sus posesiones no corren peligro el hombre no podría dedicarse a trabajar, a crear o a reflexionar, siendo esta verdad tan sencilla, el principio de funcionamiento de todo orden social. El hombre, con su característica distintiva de la racionalidad, ha logrado una gran sofisticación de este principio básico para la conformación de los grupos humanos, perfeccionando las normas y pautas culturales necesarias para tener una existencia apropiada. Lamentablemente, las características de su propia naturaleza humana están impulsadas por deseos y ambiciones por la obtención de bienes, tanto materiales como espirituales, tanto referidos al prestigio como al reconocimiento de sus pares. Ambos impulsos, el de normalizar y adaptar el funcionamiento de los grupos humanos para una convivencia armoniosa y el de satisfacer los propios deseos, aún a costa de otros, constituyen la tensión que subyace a toda vida en sociedad. Hay autores que atribuyen las causas de la guerra a estos impulsos, como veremos mas adelante. Por otro lado, como los bienes son escasos, las disputas se mantienen como una constante en la existencia humana. Los impulsos de la naturaleza humana, en un mundo de escasez y no de abundancia, crean la necesidad de un orden social y político, de cuya conformación nace la función, esencial a la vida humana, de brindarse seguridad. Los etnógrafos y antropólogos han desarrollado estos temas en relación con los pueblos primitivos que poblaron la Tierra. Sin embargo, uno de los puntos de toque de esta tesis es que no se pueden extrapolar evidencias empíricas del comportamiento de aquellos seres humanos a los actuales, que viven en sociedades organizadas en Estados.

¹⁹ O'Donnell, Guillermo. Apuntes para una teoría del Estado. En Oscar Oszlak (comp.) “Teoría de la burocracia estatal. Enfoques críticos”. Paidós. Buenos Aires, 1984, página 200.

Escenario peligroso

Dijimos que otro ámbito de interacción del Estado es el escenario internacional. Durante las últimas décadas, el debate de las Relaciones Internacionales contemporáneas se encontraba marcado por los acontecimientos ocurridos luego de la desaparición de la Unión Soviética, como destacaba Eric Hobsbawm. Con respecto a los orígenes de las guerras, algunas teorías realistas sostenían que grandes las guerras normalmente ocurrieron por disputas por la hegemonía²⁰. El nacimiento de una potencia hegemónica impulsaba a los países más débiles a asociarse para disputarle el poder y de esa manera se desataba la contienda. Los ejemplos clásicos desde la remota antigüedad son la Guerra del Peloponeso, narrada por Tucídides, donde las ciudades griegas lideradas por Esparta se unieron para derrotar al Imperio Ateniense. Otro ejemplo lo constituye la coalición de países que se unieron para vencer a Napoleón, en el siglo XIX. También, la disputa por la hegemonía en Europa que llevó a la Primera Guerra Mundial. Luego, la que llevó a las potencias occidentales a enfrentar a Hitler e impedirle establecer el *Reich de mil años*, sombrío proyecto establecido sobre la base de valores terribles como el establecimiento de una raza superior, que diferían esencialmente de los valores de las democracias occidentales.

La Guerra Fría constituyó un período de aparente estabilidad, al que se llegó por el desarrollo de las armas nucleares, la amenaza de mutua destrucción asegurada por el equilibrio en armas nucleares entre la URSS y los EE.UU. Sin embargo, no puede compartirse el comentario de Kenneth Waltz sobre que íbamos a extrañar la Guerra Fría²¹. Dice Ferguson: “*Batallas remotas como aquellas-se refiere a la guerra de Angola- hacen que nos resulte absurdo recordar tiernamente la Guerra Fría como un período de paz y estabilidad. La realidad es que la segunda mitad del siglo XX no fue mucho mejor que la primera. En conjunto, entre 1945 y 1983 murieron alrededor de 17 a 20 millones de personas en unos 100 grandes conflictos militares. Solo fueron los escenarios de conflicto los que cambiaron... La guerra del Mundo había sido una sucesión de colisiones frontales entre los imperios mundiales, realizadas en cruciales zonas conflictivas de cada extremo del continente euroasiático. La guerra del Tercer Mundo en cambio, se libraba en forma indirecta en nuevos y más remotos escenarios donde los riesgos estratégicos (aunque no los costes humanos) serían menores*”²². De cualquier manera, a punto de ser derrotada la URSS, se pensó que esta potencia se lanzaría a la guerra como último recurso para impedir el triunfo de sus enemigos²³. Desde la década del setenta, autores muy importantes como Joseph Nye y Robert Keohane²⁴ venían trabajando en la elaboración de una teoría que pudiera tender un puente que permitiera alcanzar la estabilidad y evitara la contienda tan temida. Con la caída del Muro de Berlín ocurrió un punto de inflexión en las disputas teóricas sobre la hegemonía porque la Unión Soviética se colapsó sin que se produjera una guerra, como marcaban las enseñanzas de la historia.

Durante la década del 90, la discusión se refería esencialmente a las condiciones imperantes del llamado “*momento unipolar*”²⁵ donde EE.UU. parecía ser la única superpotencia con capacidades militares, económicas y culturales para imponer la estabilidad en el sistema internacional²⁶, sin ser hegemónica en el sentido estricto. Con la crisis económico-financiera mundial, hoy se vive un momento crucial, donde los actores del sistema internacional toman decisiones que tendrán influencia en la vida del planeta en las futuras décadas. En ámbitos académicos se investiga sobre las características de esta época y, fundamentalmente, se interroga sobre el futuro. Existe consenso en que este “*momento*” no durará eternamente, si advertimos que por ejemplo, China, un país que geográficamente ocupa un sub-continente, con 1300 millones de habitantes, que creció económicamente a un 11 % del PBI anual desde hace décadas, posee armas nucleares y fuerzas convencionales de más de un millón de hombres. En 2008, además, alcanzó por primera vez el segundo puesto en presupuesto militar, detrás de los EEUU.²⁷ Esto nos hace preguntar ¿qué ocurrirá en veinte o treinta años? Muchos analistas creen que volverá a establecerse un sistema internacional multipolar, con varias potencias con capacidades extraordinarias: Por un lado, la tríada de EE.UU., Europa y Japón pero por otro lado, otras potencias como la que integran el llamado BRIC, Brasil India y China o también Israel. Entre ellos, Rusia, ha declarado que está dispuesta a utilizar armas nucleares en caso de ser atacada y deplora el avance territorial de la OTAN hacia sus fronteras, que incorporó a

²⁰ Gilpin, Robert. *War and Change in World Politics*. Cambridge University Press. New York, 1983.

²¹ Waltz, Kenneth. *El nuevo orden mundial*. En América Latina Internacional Vol. I, número 2 de otoño-invierno 1994, páginas 149 a 159

²² Ferguson. *La guerra del mundo*, página 707.

²³ Gilpin, Robert. op cit.

²⁴ Keohane, Robert y Nye, Joseph. *Poder e interdependencia*. Edit GEL. Bs As, 1984. Keohane, Robert. *After hegemony: Cooperation and discord in the world political economy*. Princeton University Press. Princeton, 1984. Keohane, Robert y Nye, Joseph. *Power and Interdependence Revisited*. International Organization. Otoño 1987. Keohane, Robert y Nye, Joseph. *Power and Interdependence in the Information Age*. Foreign Affairs, EE.UU. septiembre – octubre de 1998.

²⁵ Krauthammer, Charles. *El momento unipolar*. Wholforth, William. *The Stability of a Unipolar World*. International Security. EE.UU. verano 1999.

²⁶ Krasner, Stanley. *The Accomplishments of International Political Economy*. Smith, S, Booth, K, Zalecki, M International theory: positivism and beyond. Cambridge University Press. 1996, páginas 149 a185.

²⁷ SIPRI Yearbook 2009. Estados Unidos tiene lejos el mayor presupuesto con 607 mil millones, alcanzando el 41.5 % de los gastos mundiales. Le sigue China con 84.9 mil millones y el 5.8 % del total mundial.

varios ex miembros del desaparecido Pacto de Varsovia y se ha establecido en el corazón del Asia Central. También deplora el proyecto del escudo anti misiles a instalarse en Europa, al que se sumó Rumania, y se menciona el reforzamiento de la Flota del Mar Negro. Recordemos que se trata de una antigua superpotencia de dimensiones continentales, que conserva un poder nuclear capaz de destruir a los Estados Unidos y Europa (hace poco rechazó la petición de varios países europeos de retirar sus misiles nucleares tácticos de Kaliningrado y Kola) además de contar con fuerzas militares convencionales muy importantes, en proceso de modernización.²⁸

Aún a pesar de la crisis internacional, muchos autores occidentales creen que es posible hacer funcionar los regímenes internacionales y mantener un equilibrio estable. Pero la percepción que tiene China de los Estados Unidos no es tan optimista. Se puede pensar que consideran a los EE.UU. una “*Amenaza a la seguridad*”, según puede leerse en los documentos de seguridad nacional. En ellos se menciona varias veces a los Estados Unidos de manera negativa. Los estrategas que escriben en la Academia China de Ciencia Militar lo ven como al enemigo número uno, destacando que existen altas posibilidades de ir a la guerra con los EE.UU., especialmente por la cuestión Taiwán. Los dos peligros que destacan los estrategas chinos se refieren a que la potencia occidental es un obstáculo serio para obtener el objetivo de reunificación con el territorio insular y que las flotas norteamericanas pueden controlar el sur del Mar de la China, por donde pasa el mayor volumen del petróleo del Asia. Una interrogación semejante ha desarrollado Christopher Layne sobre las posibles acciones de Japón y Alemania frente a los Estados Unidos.

Estos problemas se internan en un área muy interesante, las luchas por el poder y la seguridad en un mundo anárquico. Brevemente, podemos encontrar dos posturas teóricas. Por un lado, la de aquellos que enfatizan la competencia consciente y directa y consideran la hostilidad entre los estados como una fuente primaria de conflicto. Esta teoría entiende las Relaciones Internacionales como una lucha por el poder o “*power struggle*” (o realismo ofensivo) La otra visión enfatiza el comportamiento conflictivo de los estados, donde la hostilidad no sería un efecto primario ni intencional. Esta línea considera a las Relaciones Internacionales como una lucha por la seguridad o “*security struggle*” (también como realismo defensivo) La interacción de estas dos luchas, por el poder y por la seguridad, crea el “*dilema de la seguridad*”²⁹, concepto central para comprender el problema de la Seguridad Internacional. La distinción entre ambas es muy importante porque, según de cual lucha se trate, produce diferentes explicaciones al problema de la seguridad en un contexto de anarquía³⁰.

El principio ordenador del sistema internacional es la anarquía, donde la primera preocupación de los Estados consiste en sobrevivir, proveyéndose su propia seguridad. La política internacional es, entonces, un ámbito de competencia pero, como dice Kenneth Waltz, un autor que analizaremos en detalle más adelante, “*la competencia produce una tendencia a la igualdad de los competidores, esto es, hacia la imitación de las características del rival que son exitosas*”. En Occidente, los interrogantes giraban sobre cómo debían actuar las potencias con capacidad actual para ordenar el sistema, fundamentalmente los Estados Unidos.³¹ Los autores más importantes coincidían en que el futuro orden multipolar, sus condiciones y esencialmente, la posibilidad de evitar los dos peligros más graves, la guerra o una crisis económica que llevara al colapso de la economía internacional, sería evitada en la medida que el comportamiento de los Estados Unidos y sus aliados fuera el adecuado durante los años que durara el momento unipolar³². En términos variados, los analistas coincidían en que el poder debía ser empleado de manera “benigna”³³, para evitar el impulso a los más débiles a aliarse contra un poder abusivo³⁴.

Existen otras posturas más agresivas sobre el escenario internacional. John Mearsheimer publicó un libro, “*The Tragedy of Great Powers*”³⁵ donde expone una visión diferente del realismo defensivo, oponiéndose abiertamente a las posturas de los *neos realistas* como Waltz. Allí efectúa una interpretación del devenir de las grandes potencias a través de la historia, afirmando que las mismas estuvieron obligadas a avanzar sobre sus posibles competidores antes de que ellos pudieran igualarlos en poder. Su premisa básica: “*Dada la dificultad de determinar cuánto poder basta para hoy y mañana, las grandes potencias son conscientes de que la mejor forma*

²⁸ Clarín. Rusia enarbola su poder nuclear y califica a la OTAN de amenaza. Buenos Aires, 6 de febrero de 2010. Página 42.

²⁹ Jervis, Robert. Cooperation under the Security Dilemma. En Art and Jervis, *International Politics*. Harper y Collins, segunda edición. 1984, páginas 86 a 101.

³⁰ Buzan, Barry. Security, the State, the New Order and Beyond, en Ruggie, J., “On security. *New Directions in World Politics*. Buzan, Barry, Charles Jones y Richard Little. *The logic of anarchy*. University of Columbia EE.UU., 1993.

³¹ Waltz, Kenneth. The Emerging structure of International Politics. *International Security* Vol 18, número 2, otoño 1993. Massachusetts, MIT Press, páginas 44 a 79.

³² Ikenberry, John. The Future of International Leadership. *International Organization*, 1999.

³³ Kupchan, Charles. After Pax Americana, Benign Power, Regional Integration and the Sources of a Stable Multipolarity. *International Security*, EE.UU., otoño 1998.

³⁴ Waltz dice: “En política internacional el poder aplastante repele, conduciendo a los otros estados a buscar un equilibrio en contra del mismo”.

³⁵ Mearsheimer, John. The Tragedy of Great Power Politics. W. W. Norton. Nueva York, 2002.

de consolidar su seguridad es conseguir ahora la hegemonía, eliminando así cualquier posibilidad de desafío por otra gran potencia. Sólo un Estado desorientado dejaría pasar la oportunidad de convertirse en hegemónico en el sistema suponiendo que ya cuenta con suficiente poder para sobrevivir.” Realismo ofensivo se llamó a esta visión, que adscribe al imperialismo, apuntando que las grandes potencias están obligadas por el sistema internacional y la lógica de la anarquía a buscar la hegemonía. Dice el autor: “Por eso mismo sitio en primer lugar, como inclinación general de toda la humanidad, un deseo perpetuo e insaciable de poder tras poder, que sólo cesa con la muerte. Y la causa de ello no es siempre esperar un goce más intenso que el ya obtenido, ni tampoco ser incapaz de contentarse con un poder moderado. En realidad, el hombre no puede asegurarse el poder y los medios para vivir bien con que cuenta en el presente sin la adquisición de más poder.”³⁶ Juan Battaleme presentó de manera muy didáctica esta postura en su libro, “Un mundo ofensivo”, sosteniendo que el mundo vive una etapa de expansión “ofensiva” aplicando el marco teórico a conflictos contemporáneos como el de Kosovo y Chechenia³⁷.

Por otro lado, se sabe que otra de las características de la estructura internacional es la “desigualdad de las tasas de crecimiento”. El nacimiento de nuevos grandes poderes se deriva del hecho de que el poder económico, tecnológico y militar de los estados crece a tasas desiguales y no paralelas³⁸. En términos relativos, algunos estados pugnan por crecer al rango de los mayores y éstos tratan de mantener su *status*. La relación entre la producción económica y la guerra es también un área muy interesante para investigar, que excede el objetivo de este trabajo. Ikenberry y Hall se preguntaron si los Estados europeos fueron empujados por las necesidades de sus capitalistas a una política exterior que desembocó en la guerra, viendo dos teorías en pugna: “El Estado es controlado por los capitalistas, de modos más o menos complicados; en última instancia esta tradición no admite que la conducta del Estado tenga autonomía alguna. La segunda teoría considera que el Estado es el que ostenta el control, como un agente autónomo que trata de incrementar su propio poder económico mediante diversas estrategias geoeconómicas.”³⁹ También Hardt y Negri, a quienes analizaremos más adelante, destacan la relación entre la industria, las instituciones y las acciones militares, reclamando que no se banalice un tema como el del complejo industrial-militar y sus injerencia en el mundo actual⁴⁰. El informe del SIPRI de 2009, por ejemplo remarca que las ventas de armamentos del 2008 fueron lideradas por los EEUU, con 212.4 miles de millones de dólares, le sigue Europa Occidental con 107.6 miles de millones de dólares, seguidos de lejos por Rusia con ventas que alcanzaron los 8.2 miles de millones de dólares. Atrás siguen Israel, con 5 mil millones, Japón con 4,8 miles de millones, India, con 3.7 miles de millones, Corea del Sur con 2.9 miles de millones, Singapur, con 1.1 mil millones, Canadá, con 0.6 mil millones y Australia, con 0.5 mil millones⁴¹. Un film de Luchino Visconti, “La caída de los dioses” expone claramente las vinculaciones de los industriales alemanes y el régimen nazi; puede advertirse cómo la guerra favoreció el crecimiento de sus ganancias y cómo, también, los llevó a la perdición.

Es necesario mencionar que existe un corpus teórico muy importante en las Relaciones Internacionales, la escuela del llamado Internacionalismo Liberal, que ha hecho aportes sustantivos a la comprensión de los fenómenos que preocupan al mundo de hoy.⁴² Esta visión surgió en Occidente y lleva siglos de desarrollo, desde el Tratado de Kant⁴³. La Revolución Norteamericana y la Revolución Francesa le dieron un notable impulso, extendiéndose en gran parte del mundo. La idea de lograr un crecimiento armonioso, compatibilizando la democracia y el capitalismo, así como el ideal de evitar la guerra, se encarnó en el *wilsonianismo* como ideología y acción política. Recordemos sus ideas fundamentales. Parten del presupuesto teñido de optimismo antropológico: el hombre puede aprender de sus errores, sobre la base del sufrimiento en su propia historia y la sociedad puede evolucionar. Para hablar de sociedades liberales, existen dos condiciones, muy relacionadas entre sí: el gobierno debe ser fruto de la elección democrática y encarnar la representación de la sociedad; luego, el poder no debe estar concentrado en un lugar o una persona, debe existir división de poderes que garantice que nadie pueda acumular demasiado poder. Según Russell, el pensamiento heredero de la tradición liberal podría sintetizarse así: “Cree en la necesidad del liderazgo de las democracias occidentales para la construcción de un

³⁶ Mearsheimer, John. Op cit, página 35.

³⁷ Battaleme, Juan. *Un mundo ofensivo. El balance Ofensivo Defensivo y los conflictos de Kosovo, Afganistán, Irak y Chechenia*. Temas UADE. Buenos Aires, 2008. El libro presenta un repaso detallado de los autores del realismo, sus teorías y nuevos insights, desde una escuela que ha vuelto por sus fueros, luego del optimismo de los 90.

³⁸ Layne, Christopher. *The Unipolar Illusion: Why New Great Powers will Rise. International Security*. Cambridge, primavera de 1993. Volumen 17, número 4. Según esta teoría, en términos relativos, mientras unos están ganando, otros están perdiendo, lo que conduce a una redistribución de poder dentro del sistema. El vínculo estrecho entre tasas de crecimiento desiguales y la emergencia de grandes poderes tiene importantes consecuencias para la unipolaridad. La misma tiene una corta duración, ya que el crecimiento desigual reduce la brecha entre el estado hegemónico y aquellos estados con capacidad para emerger como sus competidores.

³⁹ Ikenberry y Hall. *El Estado*, página 97.

⁴⁰ Hardt, Michael y Negri, Antonio. *Multitud Guerra y democracia en la era del imperio*. Debate. Barcelona, 2004. Página 65.

⁴¹ SIPRI Yearbook 2009. *Armaments, Disarmament and International Security*. Resumen, página 13.

⁴² Dougherty, James y Pfalzgraff, Robert. *Teorías en pugna en las relaciones internacionales*. GEL. Buenos Aires, 1993.

⁴³ Kant, Immanuel. *Hacia la paz perpetua*. Un proyecto filosófico. Prometeo. Buenos Aires, 2007.

orden mundial pacífico, basado en la cooperación multilateral y en organizaciones internacionales efectivas. Sostiene que el logro de ese orden requiere el cumplimiento de tres condiciones básicas: la implementación de regímenes democráticos a escala planetaria; la realización de acuerdos entre países para mantener la seguridad colectiva y castigar a los eventuales agresores; y, finalmente, el funcionamiento de una economía liberal, esto es, condiciones que hagan posible el comercio entre las naciones y por lo tanto la especialización global."⁴⁴ Desde estos postulados hasta los desarrollos de "paz inter-democrática", esta escuela de pensamiento constituye una de las columnas esenciales del conocimiento de la disciplina. Entre los autores principales, se menciona a Richard Doyle⁴⁵, quien primero desarrolló el vínculo entre la paz y los regímenes democráticos, así como a Richard Rosencrance⁴⁶, entre otros. Con el fin de la Guerra Fría emergieron nuevas perspectivas de lograr un escenario más pacífico, cooperativo y menos agresivo. Se pensaba que Estados con cierta homogeneidad y valores comunes, enraizados en la tradición liberal, intentarían promover su propia visión del mundo sobre el resto. Se pensaba también, que los conflictos ya no se resolverían por medio de la guerra.

Los internacionalistas liberales sostienen que los países con una legitimación basada en el consenso actúan de la misma forma hacia el exterior. Por otra parte, el Estado no es funcional sólo a su propio interés porque, en un mundo con diversas especializaciones y necesidades, es indispensable cooperar. El compromiso de sostener valores y el tipo de régimen común, llevan a los Estados a buscar una Federación de Estados (que está en constante construcción) a defender sus principios liberales, actuando también, mediante mecanismos de seguridad colectiva contra los disruptores de la paz (los Ejércitos actúan sólo frente a países que no forman parte de lo que Kant denomina Unión Pacífica) y sosteniendo conjuntamente regímenes liberales que faciliten la cooperación y los acuerdos entre ellos. Para los autores liberales, es posible la integración entre democracias que comparten valores, para defenderse mutuamente de aquellas que no pertenecen a la "Unión de Repúblicas". Para esta escuela, el análisis del poder de los Estados componentes no es necesario porque no compiten militarmente entre ellos, existiendo una "especialización" o división internacional del trabajo entre los países miembros. La globalización y la interdependencia compleja van eliminando las fronteras, desvirtuando el concepto *westfaliano* de la soberanía y desdibuja los límites entre Estados que comparten reglas y normas de funcionamiento. El interés nacional es defendido mediante la seguridad cooperativa, en la que todos acuden a ayudar al miembro de la Unión que es atacado. El agresor es normalmente un actor que no pertenece a la misma. La guerra de uno es la guerra de todos, como se ha plasmado en la Carta de la Alianza Atlántica.

Muchos trabajos giraban alrededor de estos problemas, como el tema de los regímenes internacionales⁴⁷, la seguridad cooperativa, la intervención para mantener la paz o defender los derechos humanos de minorías amenazadas, la decisión de conformar alianzas⁴⁸ que permitieran la estabilidad y la paz, etc. Entre ellos, dijimos, la "paz inter - democrática"⁴⁹. Algunos especialistas creen en este concepto como una realidad empíricamente demostrada en los últimos dos siglos: *las democracias no guerrear entre sí*. No es que las democracias no vayan a la guerra, de hecho, éstas se alían, a veces aún con sistemas no democráticos, como durante la Segunda Guerra Mundial con la Unión Soviética, para enfrentar a sus enemigos. También, cuando van a la guerra, las democracias pelean ferozmente por sus objetivos, pero lo que se comprueba, analizando los conflictos de los últimos doscientos años, es que estas guerras no se dan entre democracias liberales. A pesar de compartir las mismas convicciones, muchos autores no comparten esta percepción. Para Lawrence Freedman, por ejemplo, esa comprobación empírica es irrelevante⁵⁰. Por otro lado, los textos de Russett y Doyle exhuman una idea tan alta de los Estados Unidos que parecen arrogantes, en la veta misionera de aquellos *wilsonianos* que, por querer imponer un régimen pacífico, crearon las condiciones para una nueva guerra mundial. En lo que respecta a América Latina, abundan las democracias de baja intensidad o democracias con adjetivos: *híbridas*, *delegativas*⁵¹, etc. que no se ajustan a la definición y características de las *democracias poliárquicas*, según la definición universalmente aceptada de Robert Dahl. En este caso, el concepto de paz inter-democrática no podría

⁴⁴ Russell, Roberto. *Notas sobre el nuevo orden mundial*. FLACSO. Buenos Aires, 1994.

⁴⁵ Doyle, Michael. *Kant, liberal legacies and Foreign Affairs*, en *Philosophy and Public Affairs*. Vol 12, Nro 3 y Vol 12 Nro 4. 1983.

⁴⁶ Rosencrance, Richard. *The rise of the trading state*. Basic Books. New York. 1986. *The virtual state*. Foreign Affairs. Junio de 1996.

⁴⁷ Krashner, Stephen. *International Regimes*. Cornell University Press, 1983. Capítulos de Krashner, Strange, Haas, Ruggie y Young. También, Haggard, Stephen y Beth Simmons. *Theories of International Regimes*. International Organization. 1987.

⁴⁸ Snyder, Glenn. *Alliances, Balance and Stability*. International Organization. Vol 45 número 1, páginas 121 a 142. Del mismo autor: *Alliance theory: a neorealist first cut*. En R Rosthein. *The Evolution of Theory in IR*. También, *The Security Dilemma in Alliance Politics*. World Politics. Julio 1984, páginas 461 a 495.

⁴⁹ Sobre *Paz Inter Democrática* puede consultarse: Russett, Bruce. *Grasping the Democratic Peace. Principles for a Post Cold War World*. Princeton University Press. New Jersey, 1993, capítulos 1 y 2. Sorensen, George. *Democracy and Democratizations*. West view Press, 1993, capítulo 4. Zakaria, Fareed. *The Rise of Liberal Democracy*. Foreign Affairs, vol 76, número 6, noviembre/diciembre 1997, páginas 22-43. Bremer, Stuart. *Are democracies less likely to join wars?* Paper presentado en el Encuentro anual de la Asociación Americana de Ciencia Política. Septiembre de 1992. Rummel, RJ. *Democracies are less warlike than other regimes*. European Journal of International Relations. Vol 1 diciembre de 1995. Páginas 457-479. Mintz Alex y Nehemia Geva. *Why don't democracies fight each other? An Experimental Study*. Journal of Conflict Resolution número 37. 1993 páginas 484 a 503. The Economist. *Democracies and War*. 1995, páginas 17 y 18.

⁵⁰ Freedman, Lawrence. *War*. Foreign Policy. Julio-Agosto 2003. Página 17.

⁵¹ O'Donnell, Guillermo. *Otra Institucionalización*. Agora número 5. Invierno de 1995, páginas 5 a 28.

aplicarse cabalmente⁵². Sin embargo, estas postulaciones destacan la importancia del tipo de régimen político en las Relaciones Internacionales, tema conectado directamente con el motivo de esta investigación. Lo ya mencionado sobre posibles vinculaciones del modelo burocrático autoritario del Estado con las condiciones para que estalle la guerra es un tema que alguien debería explorar.

Sin embargo, el temor a que la anarquía llevara al enfrentamiento entre Estados nos hace elevar la vista hacia los países principales, esperando que se comporten de manera constructiva. Dice Doyle: "*Pocos estados son tan hegemónicamente liberales como los Estados Unidos... cuya legitimidad política se deriva de su concordancia con los principios liberales. He argumentado que estos principios son un firme reaseguro de la más satisfactoria zona de paz actualmente establecida pero también una fuente de conflicto y una política exterior confusa hacia el mundo no-liberal.*"⁵³ Lo que hemos visto en los últimos años, la conquista de Afganistán, la invasión de Irak, la invasión de Georgia por parte de Rusia, que está de vuelta en el tablero, nos impiden ser demasiado optimistas. Lo peor, es que la tan temida crisis económica se produjo finalmente, en 2008 y el mundo todavía se debate para superar sus secuelas de pobreza, desocupación, miseria y hambre. En 2004, Niall Ferguson sostenía que el mundo se dirigía hacia una crisis profunda. Decía Ferguson: "*Tan enorme es la inminente crisis fiscal estadounidense que es tentador hablar del equivalente fiscal de una tormenta perfecta o del terremoto perfecto, si uno prefiere, quizá el incendio forestal perfecto. En este caso, la naturaleza ofrece algo más que un mero adorno literario. Pues la dinámica del exceso fiscal realmente tiene mucho en común con la dinámica de los desastres naturales. Solo podemos saber que, como un terremoto realmente grande, ocurrirá una gran crisis fiscal. Lo que no podemos saber es cuando golpeará, ni el tamaño del impacto. Adoptando el lenguaje de los científicos que estudian los patrones impredecibles de los desastres naturales, estamos condenados a esperar y ver cuando nuestro sistema fiscal entrará "en estado de crisis auto sostenida", en otras palabras, cuando entrará en crisis, pasando con una violencia y velocidad espectaculares de un equilibrio a otro.*"⁵⁴ Otro autor que profetizó la debacle económica de 2008 fue Nassim Nicholas Taleb, un matemático, experto en estadística, que se dedicó muchos años a trabajar en la Bolsa de New York y llamó a la crisis por venir "El cisne negro."⁵⁵ Al final, en el 2008, el Cisne Negro apareció. Entonces, en la búsqueda de mayor amplitud en el diagnóstico del mundo en que vivimos, analicemos visiones alternativas.

⁵² Russett, Bruce with Carol Ember y Melvin Ember. *The Democratic Peace in Nonindustrial Societies*. En "Grasping the Democratic Peace Principles for a Post Cold War World" Op cit, páginas 99 118. Remmers, Karen. *Nuevas perspectivas teóricas sobre la democratización* Agora, número 5, invierno 1996, páginas 239 a 260. A pesar de los supuestos teóricos, los acontecimientos ocurridos luego de la elección de George Bush hijo nos hicieron reflexionar sobre la verdadera calidad de una *poliarquía* como la norteamericana.

⁵³ Doyle, Michael. *Kant, liberal legacies and Foreign Affairs*, en *Philosophy and Public Affairs*.

⁵⁴ Ferguson, Niall. *Coloso. Auge y decadencia del imperio americano*. Debate. Barcelona, 2005, página 374 y 375.

⁵⁵ Taleb, Nassim Nicholas. *¿Existe la suerte?* Paidós. Barcelona, 2004. *El cisne negro. El impacto de lo altamente improbable*. Paidós. Barcelona, 2008.

Visiones alternativas

Otros pensadores como Antonio Negri y Michael Hardt presentaron una visión del mundo actual en una obra muy comentada, "Imperio"⁵⁶, interesante, básicamente por su exposición del concepto de *imperio sin centro* y por la idea de *multitud*. En una secuela de esa obra, manifestaron su opinión de que el mundo se encuentra en guerra: "El mundo está en guerra de nuevo, pero ahora las cosas son diferentes. Tradicionalmente, la guerra se concebía como un conflicto armado entre entidades políticas soberanas, es decir, en la época moderna, entre estados-nación. Pero en la medida en que hoy está declinando la autoridad soberana de los estados-nación, incluso de los hegemónicos, y emerge en un lugar una forma supranacional de soberanía, un Imperio global, las condiciones y la naturaleza de la guerra y de la violencia política necesariamente está cambiando. La guerra se está convirtiendo en un fenómeno general, global e interminable".⁵⁷ Los autores están del lado de quienes piensan que la soberanía de los Estados declina y el Imperio Global emerge como ente detentador de la autoridad. Así la guerra se generaliza y se convierte en guerra civil dentro de las fronteras del Imperio: "En el mundo de hoy existen numerosos conflictos activos, algunos de corta duración y confinados en un lugar determinado, otros duraderos y expansivos. Estos conflictos deberían ser considerados no como ejemplos de guerra sino más bien guerra civil. Pues mientras que la guerra, según la concepción tradicional de derechos internacionales es un conflicto armado entre entidades políticas soberanas, la guerra civil es un conflicto armado entre combatientes soberanos y/o no soberanos dentro de un mismo territorio. Pero ahora esta guerra civil no hay que entenderla dentro de un espacio nacional- ya que ha dejado de ser la unidad efectiva de la soberanía-, sino en el territorio global. El marco de referencia del derecho internacional con respecto a la guerra se ha erosionado. Desde esta respectiva, todos los conflictos armados actuales del mundo, fríos y calientes- en Colombia y Sierra Leona, como en Israel/ Palestina/ India/ Pakistán, Afganistán e Iraq, guerras civiles de Imperio, aunque registren la intervención de algunos estados".⁵⁸

Al igual que Hobsbawn, Negri y Hardt se remiten a las enseñanzas de Hobbes. "En este contexto, la guerra se ha convertido en una situación generalizada: Podrán cesar las hostilidades en algunos momentos y en ciertos lugares, pero la aparición de la violencia letal es una posibilidad constante, siempre dispuesta a estallar en cualquier momento y lugar. <<Así la naturaleza de la guerra reside no en los combates reales, sino en la disposición notoria para ello, siempre y cuando no estemos asegurados de lo contrario>> nos enseña Thomas Hobbes. Esas no son guerras aisladas, sino un estado de guerra general y global que erosiona la distinción entre la guerra y la paz, de manera que podamos imaginar una paz verdadera, sin albergar una esperanza de paz."⁵⁹ Los autores comparten la idea de Hobbes de la necesidad de eliminar el estado de guerra interno y también el concepto de *rousseauiano* de que es imposible eliminar el estado de guerra en el escenario internacional: "Todas las líneas predominantes del pensamiento moderno, liberales o antiliberales, comparten este concepto: puesto que la guerra se limita a los conflictos entre entidades soberanas, la política interna dentro de cada sociedad estará exenta de la guerra, al menos en las circunstancias normales. La guerra era un estado de excepción limitado."⁶⁰ Hobsbawn piensa que el desorden e indeterminación del fenómeno bélico es más profundo y agrega otros cataclismos que llevaron al mundo al caos: "Durante el siglo XX, sin embargo, la relativa claridad del panorama se vio sustituida por el caos. En primer lugar, la frontera entre los conflictos entre estados, es decir, entre guerras civiles y conflictos internacionales, se difuminó un tanto, pues una de las características del siglo XX es que no solo ha sido un siglo de guerras, sino también de revoluciones y del fin de diferentes imperios."⁶¹ Sin saberlo, Negri y Hardt se acercan a los propagandistas del neo-conservadurismo estadounidense, que hablan de la necesidad de retomar éticas paganas y políticas imperialistas para obtener la primacía en este regreso a la antigüedad⁶². Ellos dicen: "Pero lo que ocurre hoy es que, en vez de avanzar hacia la paz en cumplimiento de ese sueño, nos vemos catapultados al pasado y devueltos a la pesadilla de un estado de guerra perpetuo e indeterminado, a la suspensión del imperativo

⁵⁶ Hardt, Michael y Negri, Antonio. Imperio. Paidós. Buenos Aires, 2002. Libro cuestionado, una crítica punzante es la de Atilio Borón.

⁵⁷ Hardt, Michael y Negri, Antonio. Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio. Debate. Barcelona, 2004. página 23.

⁵⁸ Hardt, Michael y Negri, Antonio. op cit página 23 y 24.

⁵⁹ Hardt, Michael y Negri, Antonio. op cit página 25.

⁶⁰ Hardt, Michael y Negri, Antonio. op cit página 27.

⁶¹ Eric Hobsbawn, Op cit, Página 6.

⁶² Kaplan, Robert. El retorno a la antigüedad. Ediciones B. Buenos Aires, 2002. El autor, periodista conocido por sus obras sobre viajes y artículos sobre problemas internacionales, es también consultor del Ejército de los Estados Unidos e integrante del "think tank" New American Foundation. Se trata de un texto sencillo y de fácil lectura, escrito para un público masivo, que refleja la mentalidad de la clase dirigente que integraba la Administración Bush. Expresa el pensamiento que servía de apoyo a la Estrategia de Seguridad Nacional, especialmente en lo referido a la "guerra preventiva". El capítulo referido al comportamiento "imperial" pone de relieve la convicción de muchos pensadores norteamericanos sobre la necesidad de llevar adelante una política de "hegemonía". También, Tropas imperiales. Ediciones B. Buenos Aires, 2007, donde el autor entrevista a militares estadounidenses a lo largo de todo el mundo y refleja la mentalidad militar. En esta veta se puede analizar el texto de Robert Kagan, Poder y debilidad. Taurus. Madrid, 2003, donde el autor explica porque Estados Unidos debe lanzarse solo a resolver los problemas de seguridad internacional, ante la defeción de su antiguo aliado, Europa.

legal internacional, y al ausencia de una distinción clara entre mantenimiento de la paz y actos de guerra.”⁶³ Todos coinciden en que la guerra ha cambiado y alcanzó límites de destrucción y muerte nunca imaginados. Dice Hobsbawn: “Más familiar nos resulta la progresiva desaparición de la línea que esperaba a los combatientes de los no combatientes.... El contraste entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda es sobrecogedor: Solamente el 5 por 100 de las víctimas de la Primera Guerra Mundial eran civiles; en la Segunda ,el porcentaje se elevó hasta 66 por 100.En la actualidad, la proporción de víctimas civiles de cualquier guerra se sitúa entre el 80 y el 90 por 100 del total, y esta cifra ha aumentado desde el fin de la Guerra Fría porque muchas de las operaciones militares que se han llevado a cabo desde entonces no han correspondido a ejércitos de soldados de reemplazo sino a tropas regulares o irregulares, las cuales, en muchos casos, disponían de armamento de última generación y se protegían para evitar bajas.”⁶⁴

Otro de los peligros del estado actual de las cosas consiste en la erosión de la democracia, que fue recuperada con grandes esfuerzos, luego de años de terribles tragedias. Negri y Hardt lo remarcan, poniendo el acento en las dificultades de la vida en sociedad, si el estado de guerra se generaliza. La víctima más sensible a éste estado de cosas es según estos autores, la democracia: *“La posibilidad de la democracia está hoy oscurecida y amenazada por el estado endémico de la guerra mundial. Por lo tanto, tendremos que empezar por ese estado de guerra. Es verdad que la democracia, en todas sus formas nacionales y locales, nunca dejó de ser un proyecto incompleto durante la época moderna. Y ciertamente los proyectos de globalización de los últimos decenios han aportado nuevos desafíos, pero el obstáculo principal a la democracia es, actualmente, el estado de guerra global. O mejor dicho, el sueño moderno de la democracia puede parecer definitivamente perdido en nuestra era de globalización armada... La guerra siempre fue incompatible con la democracia. Tradicionalmente, la democracia quedaba suspendida en el tiempo de guerra, y el poder era temporalmente confiado a una autoridad central fuerte de afrontar la crisis. Hoy que el estado de guerra además de global es de duración indefinida, sin término a la vista, la suspensión de la democracia también es definida si no permanente. La guerra reviste hoy un carácter generalizado, asfixia la vida social y plantea su propio orden político. En estas condiciones la democracia parece del todo irrecuperable, profundamente sepultada bajo los arsenales y los regímenes de seguridad de nuestro estado de guerra global”*.⁶⁵ Destacan también, la importancia de comprender los cambios en el fenómeno de la guerra, motivo de esta investigación, por cuanto la democracia corre peligro: *“Hay que empezar por el estado actual de guerra y de conflicto global, en el que percibimos un obstáculo a la democracia y a la liberación que puede parecer insuperable. Este libro se escribió bajo las nubes de guerra, entre el 11 de septiembre de 2001 y la guerra de Iraq de 2003. Tenemos que investigar cómo ha cambiado la guerra en nuestra era con respecto a la política y a la soberanía, y poner de manifiesto las contradicciones que informan nuestro actual régimen de guerra”*.⁶⁶

⁶³ Hardt, Michael y Negri, Antonio. op cit página 28.

⁶⁴ Eric Hobsbawn, Op cit, Página 4.

⁶⁵ Hardt, Michael y Negri, Antonio. op cit página 13.

⁶⁶ Hardt, Michael y Negri, Antonio. op cit página 20.

Intervenciones humanitarias

En nombre de la democracia, el estado de derecho y la protección de los derechos humanos se libraron guerras hacia el fin del siglo XX, muchas veces con verdaderos motivos para intervenir, otras, como pretexto para ocupar territorios de alto valor estratégico. En 1992, para frenar la matanza en los Balcanes se desplegó UNPROFOR, la misión de las Naciones Unidas en la ex - Yugoslavia, la más importante de la historia de ese organismo. Allí se vio un nuevo tipo de conflicto que emergió cuando terminó la Guerra Fría, con sus complejos matices. Sordos enfrentamientos políticos que estaban tapados por el estalinismo yugoslavo salieron a la luz. Las potencias occidentales debieron actuar para contener la guerra civil. Se desplegó una fuerza de 24.000 militares y cerca de 9.000 empleados civiles. Esta organización peculiar, montada sobre el optimismo de los 90, fracasó rotundamente. Hasta que la OTAN no lanzó sus ataques aéreos sobre las posiciones pro-serbias o, más estrictamente, hasta que la Alianza no desplegó 60.000 hombres en Bosnia, no se pudo frenar el derramamiento de sangre en ese antiguo santuario de la guerra que son los Balcanes. Sobre este tema particular hablaremos más profundamente cuando analicemos el tema del nacionalismo y su activación en los Balcanes.

En 1999, los países de la OTAN decidieron lanzar un ataque aéreo masivo sobre Serbia⁶⁷, al no conseguir el apoyo de las potencias en el Consejo de Seguridad⁶⁸. Se iniciaba un tipo de guerra restringido en el uso de los medios pero no muy diferente de otros conflictos⁶⁹. Como tantas veces en la historia, una Alianza empleaba su poder militar para imponer su voluntad a un estado rebelde. El ataque a Serbia y la liberación de Kosovo se hizo al mismo tiempo que se desarrollaba el programa de *Partnership por Peace (PfP)* en el seno de la OTAN. Este programa permitió la integración de los antiguos miembros del Pacto de Varsovia, quienes recibían financiamiento para llevar adelante la adaptación de sus instrumentos militares y realizar ejercicios para mejorar la interoperabilidad con los miembros originales. Como contrapartida, debían cumplir tres requisitos políticos: control civil de las fuerzas armadas, respeto de los derechos humanos y establecimiento del Estado de Derecho. A caballo de estas iniciativas o mejor dicho, detrás de ellas, se producía la expansión hacia el Este de la Alianza Atlántica, tomando ventaja de la debilidad de Rusia y aprovechando el rencor de los antiguos satélites que veían en esta estrategia el modo de sacudirse el yugo de los odiados rusos. Buscaban también, incorporarse al mercado de las economías más poderosas de Europa.

Georgia, un pequeño país sólo conocido porque había sido la cuna de Josef Stalin, se había incorporado al Programa *PfP* y envió sus representantes a la OTAN en Bruselas y a SHAPE⁷⁰, donde se supervisaba el Programa. Este país hacía enormes esfuerzos para avanzar en las etapas del programa de integración, paulatinamente, con el objetivo de forjarse un destino lejos del control de Rusia, que había puesto sus botas sobre sus espaldas por más de cincuenta años. Afortunadamente para ellos, el Imperio Soviético se había derrumbado sin guerra y el paraguas de Europa les permitía avizorar un futuro más libre. Cuando la Rusia fortalecida del 2008 lanzó sus brigadas sobre el antiguo súbdito rebelde, quienes supuestamente los protegerían tardaron demasiado en reaccionar. La guerra volvió a Europa del Este, rejuvenecida y sin arrugas, como si nunca se hubiera ido.

Durante la década del 90 se discutió la necesidad de adaptar la Organización de las Naciones Unidas para que llegara a ser el instrumento útil y operativo que sirviera para los fines con que fue creada. Avanzada la primera década del siglo XXI, otro tipo de conflicto se conocería, luego de varios fracasos, entre los que se destacan la misión de Somalia y Ruanda. Tanto Boutros Boutros Ghali⁷¹ como el siguiente Secretario General, Koffi Annan⁷², han presentado sus propuestas para mejorar el funcionamiento de la Organización. Hoy, queda en manos de las potencias que la integran tomar la decisión política de llevarlas adelante. El ex-Secretario Boutros Ghali, en su informe “Aumento de la capacidad de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas” del 14 de marzo de 1994, define a las Operaciones Militares de Paz (OMP) como “*una presencia de las Naciones Unidas sobre el terreno (normalmente con personal militar y civil), con el consentimiento de las partes, para hacer*

⁶⁷ Weller, Marc. *The Crisis in Kosovo 1989 – 1999*. Cambridge, England: Documents and Analysis Publishing; 2000. Schwartz, Stephen. *Kosovo: Background to a war*. Anthem Press; London; 2000. Judah, Tim. *Kosovo: War and Revenge*. Yale University Press; 2000. Buckley, William J. *Kosovo: Contending Voices on Balkan Interventions*. Editado por William J. Buckley, Erdmans; 2000.

⁶⁸ Grossi, Rafael Mariano. *Penúltima Alianza: El proceso de expansión de la OTAN y el nuevo mapa de la seguridad internacional*. Nuevohacer, Grupo Editor Latinoamericano; ISEN; Buenos Aires; 1999. *Kosovo Los límites del intervencionismo humanitario*. Nuevohacer Grupo Editor Latinoamericano; ISEN; Buenos Aires; 2000.

⁶⁹ Los pilotos no podían descender a menos de 10.000 pies para lanzar sus bombas. El presidente Clinton, además, declaró públicamente que no se lanzaría una ofensiva terrestre, lo que restringió severamente la libertad de acción del general Wesley Clark, Comandante de la OTAN en Europa (SACEUR).

⁷⁰ SHAPE: Supreme Head Quarter of Allied Powers Europe. (Comando Supremo Aliado en Europa) ubicado en Mons, Bélgica, a setenta kilómetros al sur de Bruselas.

⁷¹ Ghali, Boutros Boutros. *Una agenda para la paz*. United Nations. New York, 1995.

⁷² Annan, Koffi. *Programa para la paz*. Naciones Unidas. New York, 1998. El ex Secretario General toma el texto de su antecesor y aplica muchos de los conceptos a la búsqueda de la paz en África.

cumplir acuerdos de limitación de los conflictos armados (cesación del fuego, separación de las fuerzas, etc.), o supervisar su cumplimiento y lograr la solución de esos conflictos (mediante acuerdos parciales o globales) y/o proteger la entrega de suministros de socorro humanitario.” Asimismo, en su informe “Un programa de Paz” del 17 de julio de 1992, Ghali definió la imposición de la paz como “las medidas adoptadas en virtud del Capítulo VII de la Carta, incluido el uso de la fuerza armada, para mantener o restablecer la paz y la seguridad internacionales, en situaciones en las que el Consejo de Seguridad haya determinado una amenaza para la paz, un quebrantamiento de la paz o un acto de agresión”.

El Capítulo VII de la Carta de la ONU prevé en sus artículos el uso de la fuerza en casos de amenaza a la paz, quebrantamiento de la paz o actos de agresión. Sin embargo, como consecuencia de la Guerra Fría y del derecho de veto de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, nunca se pudo hacer uso de los instrumentos previstos. En la década del 90, teniendo como antecedente la acción internacional llevada a cabo en Corea en 1950, se desarrolló una nueva práctica del uso de las fuerzas armadas. Estas son las “*coaliciones multinacionales y regionales*” que han sido utilizadas en Haití, cuyo ejemplo claro es la MIF, en Irak, Somalia, Ruanda, Bosnia-Herzegovina, Albania, Kosovo y Timor Oriental. Las “*coaliciones regionales*” se han registrado en Liberia, Tayikistán, Georgia, en el conflicto Ecuador/Perú, Bosnia-Herzegovina y Kosovo donde participó la Argentina, Sierra Leona y República Centroafricana. Las coaliciones multinacionales y regionales tienen muchas características comunes a las OMP, sin embargo, se diferencian en que el empleo de la fuerza se realiza bajo comando nacional de un país líder, hace uso de la fuerza de manera ofensiva, su financiamiento no es obligatorio y, por lo general, responde a los miembros que la integran.

Las operaciones de paz son operaciones militares, que la mayoría de las veces son percibidas de manera agresiva por los habitantes del territorio donde se despliegan. Pero, definitivamente, no son un tipo de acción bélica encubierta y tienen su propia caracterización.⁷³ En este tema se suelen hacer diferenciaciones, a mi juicio, equivocadas, entre operaciones de Capítulo VI y operaciones de Capítulo VII. La confusión parece partir del Informe Brahimi, un trabajo muy valioso que recomienda operaciones de paz de “segunda generación” para solucionar los problemas detectados en las operaciones tradicionales. Entonces, a partir de ese informe, en los mandatos del Consejo de Seguridad, se enuncia que la misma estará bajo el Capítulo VII, lo que puede dar lugar a malas interpretaciones. Por definición, las operaciones de mantenimiento de paz descartan el uso ofensivo de la fuerza y si esto se vulnera, pasan a ser una operación bélica de otro tipo. Los mandatos que nombran el Capítulo VII permiten el uso de la fuerza en legítima defensa y agregan la posibilidad del empleo de la fuerza para la protección de civiles, de agencias humanitarias o de grupos étnicos vulnerables. Según mi opinión, las operaciones de mantenimiento de la paz no deben interpretarse como una intervención militar de la comunidad internacional para imponer criterios políticos o para imponer la voluntad de las potencias sino que buscan frenar una situación de emergencia donde hay riesgos para sectores vulnerables, frenar genocidios o matanzas, permitiendo la estabilidad del territorio en peligro para paliar el sufrimiento de la población local mediante la ayuda humanitaria. Es cierto, sin embargo que ya no se repiten las tradicionales operaciones de mantenimiento de la paz que consistían, básicamente, en interponer tropas de infantería ligera entre dos bandos en conflicto⁷⁴. Hoy se enfrentan situaciones más complejas, en conflictos dentro de las fronteras de un mismo estado, donde actúa una miríada de agencias internacionales, de apoyo a la organización de elecciones, de reforma política, de salud, de ayuda humanitaria, etc., que trabajan protegidas y auxiliadas por las fuerzas militares.

Hechas estas salvedades, debe reconocerse que las operaciones de paz actuales son cada vez más peligrosas, tal vez porque el mundo es más peligroso. Las Naciones Unidas se esfuerzan para mantener los términos definidos en los mandatos que se expiden para cada caso pero los hombres sobre el terreno experimentan situaciones que no se diferencian de operaciones de combate. En estas misiones se puede observar que los soldados experimentan la llamada “guerra entre la gente” que predica Sir Rupert Smith, un antiguo Segundo Comandante de SHAPE⁷⁵. Este general británico retirado que comandó una brigada en la primera Campaña del Golfo, plantea que la guerra, tal como se la conocía, no existe más. Declarando su adscripción al pensamiento de Thomas Khun, sostiene Smith que el paradigma ha cambiado: se refiere a la guerra de masas, propia de las sociedades industriales, que empezó con Napoleón y llegó a su culminación en la Segunda a Guerra Mundial. En la misma vena de William Lind, Martin van Creveld y David Petraeus, que analizaremos más adelante, Smith dice que el nuevo paradigma es “*la guerra entre la gente*”, donde el objetivo estratégico consiste en ganar los corazones y la

⁷³ Findlay, Trevor. *The Use of Force in UN Peace Operations*. SIPRI Publications X. Estocolmo, febrero de 2003. Este libro examina el uso de la fuerza por parte de los *peacekeepers* desde las primeras misiones hasta el 2003, exponiendo el debate sobre el tema, destacando sobre las consecuencias de la abstención en el uso del poder militar, casos de Bosnia, donde se resalta el fracaso de los Cascos Azules holandeses que no pudieron impedir la matanza de Srebrenica y especialmente el caso de Ruanda, donde los infructuosos avisos del mencionado general Dallaire no consiguieron movilizar a los Estados Unidos ni al Consejo de Seguridad para evitar el genocidio.

⁷⁴ El ejemplo clásico de estas operaciones es UNFICYP, en Chipre, un ambiente operacional menos peligroso, donde habitualmente las tropas realizan patrullas sin armamento.

⁷⁵ Smith, Rupert. *The Utility of Force. The Art of War in the Modern World*. Allen Lane. Londres, 2005.

mentes. La batalla se libra para ganar la voluntad de las personas, más que para destruir fuerzas oponentes. Es una novedosa forma de interpretar acontecimientos que se repiten de lo antiguo.⁷⁶ Hoy como siempre, los Estados nacionales continúan enfrentándose entre ellos por asuntos materiales o morales, los conflictos intra-estatales se multiplican, persiste el peligro de una guerra nuclear y las amenazas del terrorismo, el narcotráfico y el crimen organizado desafían peligrosamente a la vida en sociedad. Los soldados son llamados a responder a estas amenazas, aún en Operaciones Militares de Paz, según el país de que se trate; lo que no cambia es la exigencia del combate.

⁷⁶ Gray, Colin. The 21st Century Security Environment and the Future of War. Gray se pregunta: “Or, to tread on riskier ground, when general Sir Rupert Smith writes about “war amongst the people” as comprising the conceptual key to twenty-first century warfare, is this a critically important insight or is it a case of conceptual overreach?” Página 14.

III. Causas de la guerra

Estos hechos alimentan las interrogaciones: ¿qué es la guerra? ¿Por qué el ser humano se dedica a la actividad de luchar, a matarse y lastimarse mutuamente? ¿Qué características definen a la guerra? La misión de un soldado, su razón de ser, es prepararse para la guerra. Esto es así en todos los ejércitos del mundo y, obviamente, es el *leit motiv* de la educación de los oficiales, por lo que la pregunta sobre la naturaleza de la guerra es crucial. Dispara, además, varias líneas para investigar. En primer lugar, surge la pregunta sobre las causas de los enfrentamientos armados. ¿Es la guerra una consecuencia de la política, como explicó el profeta Clausewitz en su Biblia “De la guerra”? ¿Es una cuestión cultural, o pertenece a los genes de la especie humana, como sostienen otros autores, apoyándose en los nuevos conocimientos que aportan la antropología y la etnografía? Esta segunda perspectiva gana adeptos en las sociedades post modernas y ejerce influencias cada vez mayores.⁷⁷

Es sabido que desde la Caída del Muro de Berlín, se anunciaron cambios en la esencia de la guerra. Escuchemos a Ferguson: “*Nos gusta pensar en las revoluciones de 1989 como en la gran escena final del siglo XX, el momento que marco el triunfo de Occidente y un final feliz ideológico, con el desmoronamiento del comunismo en la Europa del este y luego, dos años después, la desintegración de la propia Unión Soviética, mucha gente llegó a la conclusión de que el modelo de democracia capitalista occidental había ganado la partida. Algunos anhelaban un nuevo orden mundial; otros hablaban del final de la historia. Parecía como si todos los problemas del siglo se hubiesen resuelto por fin... Pero los acontecimientos producidos en los Balcanes no tardarían en burlarse de aquel final feliz histórico, ya que parecía que los pueblos de Yugoslavia estaban decididos a dar la espalda a aquel nuevo e idílico orden mundial del capitalismo liberal.*” El fin de la historia, el fin de la guerra, la era de la cooperación, la paz inter-democrática, se cuentan entre los conceptos ya mencionados. La llamada revolución de los asuntos militares permitió aumentar el optimismo sobre las capacidades de combate. Al respecto, podemos mencionar que hacia fines de los 80, un historiador inglés, Paul Kennedy, publicó un libro que tuvo gran repercusión, “Auge y caída de las grandes potencias”, donde sostenía que las grandes potencias declinaban por sobre-extensión de sus compromisos estratégicos, los cuales no podían ser sostenidos por los recursos económicos. Hacia el final del libro, se tomó libertades amplias como historiador y realizó un ejercicio de predicción, tratando de dar algunas pautas de lo que ocurriría en el futuro. Sobre la base de sus observaciones sostuvo, entonces, que los Estados Unidos se encontraban en declinación de su poder. Lo que ocurrió realmente fue que la Unión Soviética desapareció y Estados Unidos quedó como la única superpotencia. Transcurridos los años, ante la pregunta de porqué había errado en su predicción, Kennedy dijo que en aquel momento no había tenido en cuenta algo que permitió la expansión del poder norteamericano, la “revolución de asuntos militares”.

Este es un aspecto que no debe pasarse por alto y se refiere a cómo influyen sobre la guerra los cambios tecnológicos y científicos. El desarrollo de los armamentos y tecnologías en Europa es explicado así por el autor: “*El primer capítulo describe el escenario de todo cuanto sigue mediante el examen del mundo alrededor de 1500 y el análisis de las fuerzas y debilidades de cada uno de los centros de poder de la época: la China de la dinastía Ming; el Imperio Otomano y su retoño musulmán en la India, el Imperio Mongol; Moscovia; el Japón Tokugawa y el puñado de estados de Europa Occidental - central. A comienzos del siglo XVI no era en absoluto evidente que la región mencionada en último término estuviera destinada a elevarse por encima del resto. Pero esos Imperios orientales, por imponentes y organizados que parecieran en relación a Europa, padecían las consecuencias de tener una autoridad centralizada que insistía en la uniformidad de creencias y prácticas, no sólo en lo relacionado entre la religión oficial del Estado, sino también en lo relativo a aspectos tales como las actividades comerciales y el desarrollo de armamento. En Europa la falta de una autoridad suprema semejante y las belicosas rivalidades entre sus varios reinos y ciudades - Estado estimuló una investigación constante de adelantos militares, que se relacionó de manera fructífera con los avances tecnológicos y comerciales más nuevos que también se producían en este entorno competitivo y emprendedor. Como tenían menos obstáculos para el cambio, las sociedades europeas entraron en una constante espiral ascendente de crecimiento económico y eficacia militar que, con el tiempo, las pondría a la cabeza de otras regiones del Globo.*”⁷⁸

Durante la última década del siglo XX, los avances militares alcanzaron una magnitud suficiente para ser denominada como una revolución. Vale la pena reflexionar sobre las implicancias de estos avances en el campo de batalla, especialmente en lo referido al manejo de la información, de las comunicaciones, las armas

⁷⁷ Noro, Lauro Silvio. *El ciudadano militar*. Revista DEF, Buenos Aires, junio 2009. Un ejemplo de estas postulaciones puede observarse en el reportaje a Sabina Frederik, doctora en Antropología y funcionaria a cargo de la educación militar del Ministerio de Defensa. Es sabido que la Antropología es la ciencia que estudia al hombre en cuanto un “otro cultural”, en su acepción más común. La entrevistada llevó adelante un estudio de campo extendido sobre las actividades de las Fuerzas Armadas argentinas, utilizando métodos rigurosos de entrevista a un variado universo de oficiales, suboficiales y soldados, así como la observación participante de las actividades de los grupos estudiados. Con su equipo recorrió varias unidades de las tres Fuerzas, participando de todas las actividades cotidianas, tanto en los cuarteles como en las ejercitaciones en el terreno. Sus conclusiones parciales son sumamente interesantes.

⁷⁸ Kennedy, Paul. *Auge y caída de las grandes potencias*. Plaza y Janés. Barcelona, 1989. Págs. 14 y 15.

inteligentes, etc. Factor poco medurado por Clausewitz, hay autores que han exagerado esta influencia hasta el punto de considerarla determinante. Dicen dos autores estadounidenses, en un libro que refleja la euforia de los 90: *“Just as the gun shaped European power and culture, it appears to us that precision-guided munitions will shape American power and culture. Just as Europe expanded war and its power to global oceans, the United States is expanding war and its power into space and to the planets. Just as Europeans power redefined relations among nations, so American power is redefining those relations. Just as Europe shaped the world for half a millennium, so too the United States will shape the world for at least that length of time. For better or worse, America has seized hold of the future of war, and with it – for a time – the future of humanity.”*⁷⁹ Un profesor de la Escuela de Guerra Aérea de los Estados Unidos, el coronel Richard Szafranski escribía en 1995 que, debido a que habían desaparecido las amenazas y solo quedaban peligros, los sistemas de armas que habían vencido en la Guerra del Golfo serían entregados a la Reserva Nacional, las fuerzas terrestres serían más pequeñas y se dedicarían a tareas de *peacekeeping* con las Naciones Unidas, la Marina pasaría al centro de la escena y la Fuerza Aérea debía volverse hacia el espacio o correr el riesgo de extinción.⁸⁰

Es cierto que los Estados Unidos descansan sobre su poderío tecnológico y han invertido cifras incommensurables para asegurarse la supremacía en el futuro. Pero la tecnología de la información no ha clarificado la “niebla” de la guerra, como dice Lawrence Freedman. Así como hay un flujo más importante de información, también hay nuevos incentivos para cortar o confundir ese flujo. Además, demasiada información en Internet, en los medios, etc., dificulta a los líderes políticos y militares la elección de la información confiable y como colocarla en contexto. Información no es inteligencia y ésta no es sabiduría, concluye el historiador.⁸¹ A pesar de todo, la Revolución de Asuntos Militares no impidió el ataque a las Torres Gemelas ni garantizó el éxito en las operaciones militares de Irak y Afganistán. Hardt y Negri sostienen que hay dos visiones sobre el valor de la tecnología en la guerra: *“Sin embargo, no todas las autoridades militares de Estados Unidos están persuadidas de esa noción de la Revolución de Asuntos Militares (RMA). A los <<tecnólogos>> que pregonaban la teoría de RMA se les oponen los que podríamos llamar <<tradicionalistas>> sobre todo en la cuestión del riesgo que han de correr los soldados estadounidenses. Los tradicionalistas sostienen que la RMA no es una revolución en realidad, y que pese a las nuevas capacidades que la proporciona, las antiguas virtudes de combate siguen siendo fundamentales para la conducción de la guerra. En cambio, los tecnólogos aseveran que la RMA ha puesto fin a la guerra tal como la conocíamos, el combate cuerpo a cuerpo y, por lo tanto, el peligro de morir. Para los tecnólogos, el combate directo cuerpo a cuerpo va a ser muy poco frecuente; la guerra será aséptica y tecnificada, y el número de cadáveres tenderá a cero, al menos entre las fuerzas armadas estadounidenses. Los bombardeos de precisión logrados por las nuevas tecnologías de los misiles, de la información y de las comunicaciones, argumentan, harán posible que la mayoría de los soldados estadounidenses mantengan una distancia de seguridad, reduciendo al mínimo las bajas no interaccionadas entre la población enemiga. Y además, esa es la única manera practicable de hacer la guerra hoy día, prosiguen los tecnólogos, porque después de Vietnam la opinión pública estadounidense no tolera una guerra con bajas masivas de soldados de su país. En cuanto a los tradicionalistas, no es que sean partidarios de que mueran los soldados de su país, pero opinan que el precepto de que no muera ningún soldado restringe en exceso al abanico de actividades militares. Creen que se debe persuadir a la opinión pública para que asuma la posibilidad de las bajas estadounidenses”*.⁸² Sin embargo, la realidad de los últimos conflictos indica que, a pesar de las ventajas tecnológicas, los países han debido revalorizar el peso del “*manpower*”, por sobre otras variables, si quieren tener éxito en la guerra. En Irak, Afganistán, Chechenia y Osetia del Sur, por ejemplo, las potencias militares deben colocar “las botas sobre el terreno” si desean alcanzar sus objetivos.

Existieron también debates sobre el empleo de los instrumentos militares, partiendo de una distinción entre *capacidades militares* y *capacidades de combate* de una fuerza armada. Las primeras incluyen la gestión de crisis, las operaciones militares de paz, con sus diferentes versiones avaladas por el capítulo VI o el capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas o las llamadas Misiones Petersberg⁸³, etc. Las capacidades de combate se refieren a la capacidad de una fuerza militar de destruir o neutralizar una fuerza enemiga, de negar el acceso a determinado territorio, mediante el empleo de la violencia, por un lapso de tiempo. Al respecto, las *capacidades militares* pueden hacer apta a una fuerza para determinadas operaciones pero son las *capacidades de combate* las

⁷⁹ Friedman, George and Meredith. *The Future of War*. St Martin Griffin. New York, 1996.

⁸⁰ Szafranski, Richard. *When waves Collides: Future Conflict*. JFQ. Primavera, 1995. Páginas 77 a 84. Es interesante revisar los artículos de los profesores militares estadounidenses porque suelen reflejar el pensamiento medio de los soldados de ese país.

⁸¹ Freedman, Lawrence. Op cit, página 20.

⁸² Hardt, Michael y Negri, Antonio. op cit página 67.

⁸³ Estas misiones fueron enunciadas mediante la declaración de Petersberg, en 1992, y fueron incluidas en la Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD) y se incluyeron en el Tratado de la Unión Europea (artículo 17). Implican la capacidad de las unidades militares de los Estados miembros de la UE y de la OTAN de llevar adelante misiones humanitarias o de rescate, misiones de mantenimiento de la paz; misiones en las que intervengan fuerzas de combate para la gestión de crisis, incluidas las misiones de restablecimiento de la paz.

que mejor expresan la posibilidad de combatir y vencer en una guerra. Este debate se inició, básicamente, cuando la Unión Europea decidió darse una política de defensa común. Cuando ocurrió el colapso de la URSS, Waltz dijo que le sobran los dedos de una mano para contar los años que faltaban para que desapareciera la OTAN. Eso no ocurrió, básicamente porque Estados Unidos no lo permitió, según refiere Mearsheimer y Europa, una de las mayores potencias económicas, sin su correlato en el poder militar, quedó atrapada en el dilema de tener una política de defensa pero carecer de una estrategia definida. El documento de Estrategia y Seguridad de Europa de 2003 vino a cerrar esta brecha y Javier Solana declaró solemnemente que *“la UE es, guste o no guste, una potencia de envergadura mundial, por lo que debe estar dispuesta a compartir responsabilidades de la seguridad del mundo”*. Sin embargo, la OTAN está a cargo de los Balcanes, donde las *capacidades militares* alcanzan pero están también en Afganistán, y es allí donde aparecen las carencias en *capacidades de combate*. En Francia se produjo un debate público cuando sus tropas enfrentaron una emboscada talibana y perdieron trece hombres en furiosos combates, al igual que en España y Alemania, que por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial sacó tropas de su territorio, para lo cual debió modificar su constitución.

Sin embargo, en el campo de los estudios militares también se ensayaron nuevas concepciones de lo militar. Dice Richard Lock-Pullan en su revisión antes citada: *“Especially pertinent is David Keen’s essay which shows that war and peace are not so distinguished as much thinking traditionally says – this makes the civil military divide harder to sustain in the professional debate. Mats Berdal’s piece shows that the military experience in Bosnia and Somalia questions the current assumption that coercion is separate from war – there still needs to be a distinction between consent and enforcement. This part of the wider debate that the very nature of the roles the military undertakes needs to be reconceived its understanding of them, rather than see them as bolt-on tasks.”*⁸⁴ Si bien alguien puede categorizar la decisión del gobierno norteamericano de actuar en Somalia como una política exterior coercitiva (no es mi opinión, ya que estoy convencido de las buenas intenciones de Clinton de proteger a los desamparados de Somalia que sufrían la hambruna) para los soldados que trajinaban las calles de Mogadiscio, lo que ocurría era que estaban entrando en guerra. Para ellos no existía ninguna duda. Del mismo modo, un integrante de una misión de paz se regirá por reglas de empeñamiento muy restringidas en el uso de sus armas, se esforzará por pensar que no está en guerra pero sabe que transita una dimensión que se le parece mucho.

Las visiones novedosas, impulsadas a veces por el optimismo del fin del enfrentamiento entre las superpotencias, no tardaron en enfrentar la realidad de los hechos. La guerra no se fue, tal vez mutó pero los cambios fueron en la dirección de la vieja *modernidad*, más que hacia una *post-modernidad*⁸⁵. Un argumento de este trabajo es, básicamente, que la naturaleza de la guerra no ha cambiado: aún puede definírsela como un modo de acción para causar suficiente daño a quien se opone a sus objetivos, de manera que el castigo resulte demasiado doloroso como para seguir oponiéndose. Resulta, entonces, útil repasar la teoría clásica de la guerra en Occidente, a partir de un autor que estableció un hito en la tradición de discurso occidental, Carl von Clausewitz, quien escribió una obra clave, al que todos los autores vuelven siempre o del que nunca se han ido.

⁸⁴ Lock-Pullan, Richard. *“And the Wall Came Tumbling Down”*: The current Debate on the Changing Nature of the Military Professional. *Defence Studies*, Vol. 1, No 3 (Autumn 2001) pp. 122-132. El autor presenta una revisión de textos del campo de los estudios militares referidos al debate sobre un posible cambio de naturaleza de la profesión militar, llamados *post-modernas* por algunos autores de la época. El autor analiza los trabajos de Sam Sarkesian y Robert O’Connor. *The US Military Profession into the Twenty-First Century: War, Peace and Politics*. London and Portland. Frank Cass, 1999. También, Hew Strachan (Ed) *The British Army: Manpower and Society into the Twenty-First Century*. London and Portland. Frank Cass, 2000. Luego, Stuart Cohen (Ed) *Democratic Societies and the Armed Forces: Israel in Comparative Context*. London and Portland. Frank Cass, 2000. Finalmente, Adekeye Adebajo and Chandra Sriram (Eds) *Managing Armed Conflicts in the 21st Century*. London and Portland. Frank Cass, 2000.

⁸⁵ Lock-Pullan, Richard. Op cit, página 130.

Carl von Clausewitz

En este punto, básicamente, efectuaremos un repaso de manera esquemática de la visión de las causas de la guerra expuesta por Carl von Clausewitz hace doscientos años. En su juventud, impactado por los triunfos de Napoleón, la derrota de Prusia por el Emperador y observando cómo su mundo de la infancia, el mundo del Iluminismo y el *Ancien Régime* se desmoronaba, el autor describió la guerra absoluta, cuyo objetivo era conducir a las tropas a una batalla decisiva con el enemigo y aniquilarlo. En el libro IV prescribe el autor que “*el objetivo de la guerra es la aniquilación de todas las fuerzas vivas del enemigo; que la aniquilación de las fuerzas armadas solo se consigue mediante batallas; que sólo campañas en gran escala llevan a grandes éxitos; que la batalla decisiva es la solución sangrienta; que la sangre es el precio y la matanza es la característica.*” Concepto ideal platónico o tipo ideal weberiano, aquel concepto de guerra estaba teñido por las sangrientas campañas que inundaron a Europa, bajo el impulso de un conductor como Bonaparte (como lo menciona el prusiano) que no tenía límites ni en lo político ni en el empleo del poder militar. Luego de años de cómo director de la Escuela de Guerra, años en los que reflexionó y escribió su obra, Clausewitz definió la guerra como un acto de fuerza de naturaleza política: un “*acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad*” y como “*la continuación de la política por otros medios*”. Tratándose de un autor como éste, tan vasto y profundo, debemos mencionar el peligro de que trae aparejada la interpretación. Como recomienda Raymond Aron, un exégeta superior de su obra, refiriéndose a la definición de la guerra: “*No se pueden resolver estas dificultades sino mediante el estudio comparado de los libros VI (donde aparece, en el capítulo 30, la dualidad de las especies de guerra) VIII y I, con la síntesis final del único capítulo concluido (I, 1) como guía y juez en caso de incertidumbre.*”⁸⁶

Beatrice Hauser dice que hay dos Clausewitz, el joven, idealista alemán clásico, y el que revisó su obra antes de morir, el realista.⁸⁷ Esta intérprete advierte que lo que la mayoría de sus lectores tomaron fue la veta idealista de juventud, la que inspiró frases como “*Hay un solo medio en la guerra, la batalla. ...El combate es la única actividad en la guerra. ...La solución sangrienta de la crisis, el esfuerzo para destruir las fuerzas enemigas es el hijo primogénito de la guerra. ...Solamente grandes batallas generales pueden producir grandes resultados en la guerra. ...No escuchemos a los generales que conquistan sin baños de sangre...*” El Capitán Liddell Hart acusó a Clausewitz de ser el inspirador de la matanza en la Primera Guerra Mundial. El trauma de las bajas en la contienda lo llevó a denunciar las graves distorsiones del pensamiento militar que ocasionaron la tragedia. Fundamentalmente, acusó a Clausewitz y sus discípulos de generar una concepción suicida de la guerra. Lo llamó “*el Madhi de las masas y de la mutua matanza*”, considerándolo un filósofo de la guerra muy sofisticado, sólo entendido por personas cultas y altamente instruidas. Muchos de sus seguidores no comprendieron su obra y tergiversaron sus postulados. Liddell Hart describe esos malentendidos que llevaron a buscar la destrucción en el campo de batalla de las fuerzas enemigas: “*Introducir en la filosofía de la guerra un principio de moderación sería un absurdo. La guerra es un acto de violencia llevado a sus extremos límites*”, cita Liddell Hart al prusiano, agregando que “*el principio de Clausewitz sobre la fuerza sin límite y sin cálculo de su costo es adecuado únicamente para una multitud enloquecida por el odio. Es la negación del oficio del estadista y de la estrategia inteligente, que trata de servir los fines de la política*”⁸⁸. El autor inglés dice que los generales de fin de siglo XIX resultaron *intoxicados con el vino tinto de Clausewitz*, remarcando que sus enseñanzas llevaron a alemanes y franceses, y a toda Europa, a buscar la batalla decisiva, buscando “*la aniquilación de las fuerzas armadas del enemigo*”. Según Liddell Hart, esta aplicación de las ideas clausewitzianas, muchas de ellas alejadas de su enseñanza, que evidenciaban un desconocimiento de su sistema de pensamiento, llevó a los militares europeos a la “*esclavización de la razón*”.

Pero no condenemos todavía al general prusiano. Peter Paret sostiene que Clausewitz “*set himself two primary goals: one is to penetrate by means of logical analysis to the essence of absolute war, “ideal” war in the language of the philosophy of the time ; the other, to understand war in various forms it actually takes, as a social and political phenomenon, and its strategic, operational, and tactical aspects.*”⁸⁹ El Tratado “está dividido en ocho libros. En el primero expone las características de la guerra y los elementos esenciales a todo conflicto bélico, el peligro, los factores psicológicos y las dificultades que tiene el conductor para llevar adelante sus objetivos, que el autor define como la “*fricción*” de la guerra. El autor discute sobre el riesgo del campo de batalla y el soldado, con la maestría inigualable del que ha vivido esas experiencias. Describe el campo de batalla que un bisoño puede observar en su primera vez, los disparos de fusilería, los cañonazos, el espectáculo de los heridos y mutilados, la muerte del amigo. Su prosa se aleja de la épica, aunque alcanza vuelo poético, no

⁸⁶ Aron, Raymond. *Pensar la guerra. Clausewitz*. Instituto de Publicaciones Navales. Buenos Aires, 1987. Tomo I, capítulo III, página 81.

⁸⁷ Hauser, Beatrice. *Reading Clausewitz*. Pimlico. Gran Bretaña, 2002.

⁸⁸ Liddell Hart, Basil. *El espectro de Napoleón*. Eudeba, Buenos Aires, 1969.

⁸⁹ Paret, Peter. *Clausewitz*. En “*Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*”. Princeton University Press. New Jersey, 1986. Página 198.

de la belleza sino del horror del campo de batalla. Concluye el capítulo diciendo que la guerra no es para hombres comunes: “*El peligro en la guerra corresponde a la fricción de la misma; una idea fiel de ella es precisa para concebir la guerra con toda exactitud; ésta es la razón de la ligera descripción que precede*”⁹⁰ Aún hoy, los soldados deben prepararse para sobrevivir al horror y ganar. Quienes conocieron el vacío que se produce cuando las cancillerías dejan de emitir comunicados, los diplomáticos regresan a sus países y sólo se oye el tronar de la artillería en el campo de batalla, difícilmente confundan las características de la guerra.

¿Cuáles son esas características? Como remarcó Paret, alrededor del tema giran campos gravitatorios. Por encima de todo, la política. La política es el ámbito donde se adoptan las decisiones de paz y guerra. Dice Clausewitz que “*la guerra es la continuación de la política por otros medios*”, sentencia reconocida como un axioma entre los estudiosos del tema. La política prescribe los intereses nacionales, fija los objetivos por los cuales es posible que se llegue a esa instancia y decide cuándo se va a la guerra. Para la clase política, corresponde la tarea de prepararse para navegar en esas aguas turbulentas, conocer y comprender la lógica de la guerra y hacerse responsables por las decisiones que tomen.

Luego, está el campo de la estrategia. La estrategia es un saber práctico, basado en la experiencia, que permite al conductor político seguir el camino correcto para alcanzar los objetivos fijados por la política. La estrategia no es ciencia, aunque se apoya en sus herramientas y tampoco es una arte. Se la puede considerar una *praxeología*, como la definió Raymond Aron, en última instancia, es una apuesta realizada en un contexto de incertidumbre, donde nadie puede asegurar el éxito. Otros autores han presentado perspectivas diferentes, entre los que se destaca Liddell Hart. Su aporte no es menor por cuanto difundió una visión restrictiva de la estrategia, preocupado por evitar una nueva conflagración mundial; de hecho Azar Gat lo considera el creador de la estrategia de las democracias liberales⁹¹. A continuación, la estrategia operacional; lo que los norteamericanos llaman el “Arte Operacional”. La estrategia operacional es el arte de combinar los recursos militares disponibles en el teatro de guerra para alcanzar los objetivos. Jomini es el autor por excelencia de este arte operativo.

Finalmente, está la táctica. Clausewitz dice que “*la guerra tiene su propia gramática pero no una propia lógica*”. La gramática es el combate, las reglas y principios que deben seguirse para triunfar en la batalla. La táctica es el dominio del combate. Allí se da la batalla, que para Clausewitz es el único medio para ganar la guerra. Como quedó demostrado en la guerra de las Malvinas, ninguna táctica, ningún brillante general, ni el coraje de los combatientes puede remediar los errores de la política y la estrategia. Es decir, si la lógica de guerra pertenece a la política, es allí donde deben buscarse las causas del fenómeno bélico. La táctica no determina el porqué ni el cómo de la guerra, es el ámbito donde reinan el fuego, el acero y la sangre. Para los soldados, corresponde comprender la lógica y dominar la gramática violenta de la guerra. Dice el autor: “*Además de esta imprescindible necesidad del metodismo debemos reconocer una ventaja positiva del mismo. Con la práctica de sus formas siempre repetidas se adquirirá seguridad, precisión, y habilidad en la dirección de las tropas, porque disminuirá el natural razonamiento y se aligerará el funcionamiento de la máquina. El método se usa con más frecuencia; es tanto más imprescindible cuanto más desciende la categoría en la función guerrera; disminuye su uso si la categoría asciende y desaparece en el puesto más alto.*”⁹² Por eso será más propio de la Táctica que de la Estrategia”.

En el libro II, presenta las limitaciones y posibilidades de la teoría. El libro III desmenuza los elementos que llama los elementos operativos, aquellos que todo oficial de estado mayor analiza frente a una situación, tiempo, espacio, fuerzas en presencia y también los aspectos de la moral, en el sentido militar, la fuerza anímica para sobrellevar las penurias del combate. En el libro IV, analiza el combate, sus aspectos físicos y psicológicos. En el libro V, las fuerzas militares; en el libro VI, la defensa; en el libro VII, el ataque y en el libro VIII, otro aspecto esencial de los oficiales de estado mayor, el planeamiento. Asimismo, retoma los temas del libro I, la guerra absoluta, la guerra real y remarca el carácter político de la guerra, las interacciones entre la política y la estrategia. Aquí, esboza las funciones del político y del estratega en la guerra, conceptos que tienen vigencia hasta nuestros días y son aún debatidos en los centros académicos militares.

En la descripción de la guerra remito a la obra de José Fernández Díaz, tal el vez el experto más importante sobre Clausewitz en Argentina. El autor refleja rigurosamente las ideas del general prusiano, a quien considera un filósofo político y, como también hizo Aron, empieza por definir “el duelo”: “*Dos voluntades enemigas se enfrentan en una situación que Clausewitz denomina “duelo”. El duelo no pretende mostrar la guerra tal como ella es, sino poner en manifiesto alguno de sus elementos mediante una ficción teórica encarnada en una figura individualista y física. En efecto, aquí solo se trata de imaginar la guerra como un conflicto entre dos*

⁹⁰ Clausewitz, Carl von. Op cit, Libro 1, capítulo 4, “Sobre el peligro en la guerra”.

⁹¹ Gat, Azar. A History of the Military Thought. Oxford University Press. Gran Bretaña, 2002.

⁹² Clausewitz, Carl von. Op cit página 205.

individuos, cada uno de los cuales buscan modificar la conducta de la otra a la medida de la propia voluntad. El medio (omito las locuciones en alemán) para lograr ese objetivo (...) es el uso de una violencia material (...) todavía no condensa políticamente como poder y, por tanto, aun gobernada por leyes físicas. El duelo es ante todo una confrontación de voluntades aisladas sometida al esquema físico-natural de fuerza-resistencia. Por el momento se lo debe suponer como teniendo lugar por fuera de cualquier determinación social o política. Solo se trataría, en principio, de lograr “desarmar” al enemigo.....o de quitarle cualquier posibilidad de resistencia.”⁹³

Fernández Vega sostiene que la imagen del duelo puede incluirse en la especie de los tipos ideales weberianos: *“Otra interpretación plantea la posibilidad de asociar el constructor de duelo con el procedimiento de elaboración de tipos ideales propuesto por Max Weber. Luego de construir la figura del duelo como una suerte de “tipo ideal” de la guerra, pero sin traducción práctica directa, Clausewitz se ocupa de explicar por qué semejante traducción se vuelve irreal. El duelo representa una guerra absoluta que, en la realidad, es imposible que sea el caso.”⁹⁴ Agrega: “El duelo, empero, no es una representación romántica sino un constructor abstracto que revela la ineluctable violencia de la guerra, y es asimismo una crítica paródica del racionalismo unilateral de los estrategas iluministas. La figura del duelo hace patente el combate (...) y representa la ley suprema de lo bélico. Esto significa que si uno de los oponentes está dispuesto a ir al fundamento (...) de la guerra (i.e. el combate) el otro no puede negarse. El combate es ante todo una actividad mutuamente consentida y voluntaria de los contrincantes (...)”⁹⁵*

Una característica de la guerra es la incertidumbre, donde el azar juega un papel importante. En realidad, para Clausewitz, la guerra es una trinidad compuesta por la violencia, el azar y la política. Cada elemento tiene su portador, la violencia se atribuye al pueblo, el azar afecta al ejército y la política pertenece al ámbito del Estado. Dice Paret: *“The second major dialectical relationship that runs through the eight books of On War is encompassed in the assertion that real war is a composite of three elements. Its dominant tendencies, Clausewitz declared, “always make a remarkable trinity” composed of violence and passion; uncertainty, chance and probability; and political purpose and effect (Clausewitz, On War, bk. I, ch I, p 89)”⁹⁶ La guerra es, también, esfuerzo físico y sufrimiento que exige virtudes morales y bajo esta categoría, Fernández Vega incluye *“el valor individual, la capacidad psicológica de resistencia al peligro, las virtudes militares de un ejército profesional, el entusiasmo guerrero de un pueblo en la defensa y de todos los otros factores que apuntalan la voluntad de lucha. Esta última es el verdadero objeto de la disputa bélica e imprime movimiento a las fuerzas físicas que en la guerra despliegan su violencia (De la guerra, I, III, pp359)”⁹⁷**

Si bien el legado del general prusiano es amplio, en el tema que nos ocupa, sus reflexiones son iluminadoras. La aparición de la fórmula en las últimas revisiones de su obra constituye lo que Clausewitz llama *el principio rector*: *“La guerra es la continuación de la política por otros medios”*, podría sintetizar el espíritu del Tratado. Es también, el centro neurálgico de nuestra tesis. La guerra *“es un verdadero camaleón porque se opera en ella una delicada mutación entre esencia y apariencia impuesta por las condiciones en que se desarrolla y los fines políticos que necesariamente persigue. Las guerras cambian su carácter según las épocas, cada periodo histórico tiene las suyas (Cfr., más adelante en VK, III, VIII, 6B, p 993. Lenin subraya con entusiasmo con entusiasmo la idea)”⁹⁸ Cuando un Estado decide utilizar los recursos de la violencia para obtener sus objetivos, hay detrás una situación que obliga a tomar decisiones políticas, hay un desborde de las normas de convivencia entre Estados que lleva a los actores a pensar que sólo la fuerza puede dirimir el conflicto. El Estado actúa y la política que adopta es la “inteligencia del Estado personificado”, en términos *clausewitzianos*.*

Por otro lado, dice el prusiano que la guerra sigue siendo *“un acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad”⁹⁹*. Dice Fernández Vega: *“Clausewitz y antes de él, como se tuvo ocasión de referir, Montesquieu y Rousseau lograron comprender que toda la tragedia de la guerra no es más que un epifenómeno, sin duda espantoso, pero indiscutiblemente funcional a un fin de otro alcance, a saber, la conquista de la voluntad ajena. Por más que determinadas operaciones militares se propongan casi únicamente causar el mayor dolor y perjuicio posibles al adversario, ello cae enteramente bajo el dominio de la táctica. La guerra, estratégicamente considerada, se propone modificar relaciones sociales. En general se vale para ello de*

⁹³ Fernández Vega, José. *Las guerras de la política*. Edhasa Buenos Aires.2005. página 142 y 143.

⁹⁴ Fernández Vega, José. Op Cit. Página 147.

⁹⁵ Fernández Vega, José. Op Cit. Página 149

⁹⁶ Paret, Peter. Op cit página 201.

⁹⁷ Fernández Vega, José. Op cit, página 155.

⁹⁸ Fernández Vega, José. Op cit, página 177.

⁹⁹ Clausewitz, Carl von. *De la guerra*. Círculo Militar. Buenos Aires, 1968. Tomo I, libro 1, capítulo 1, página 28.

instrumentos violentos; y otras veces de medios más simbólicos que físicos, como demostraciones de fuerza o pura presión militar.”¹⁰⁰

La primera visión que destacamos es el carácter social de la guerra, fenómeno que ocurre en sociedades organizadas en Estados. Como sostiene Fernández Vega: “*Como Rousseau, Clausewitz no cree que la guerra sea un asunto individual; en otro lugar de Vom Kriege se afirma que ella es un hecho social que pertenece al campo de la vida social, como el comercio.*”¹⁰¹ Hay otras opiniones. Una de las postulaciones de John Keegan, que analizaremos en detalle más adelante, es que Clausewitz es producto de una sociedad feudal donde mucha gente encontraba en el servicio militar las fuentes de abastecimiento primario, comida, alojamiento y educación. En el caso de los oficiales, generalmente provenientes de la nobleza, hasta el momento en que el Emperador necesitó aumentar sus efectivos de manera dramática, la vida giraba alrededor del regimiento. Keegan describe detalladamente esta institución donde Clausewitz se introdujo a los doce años, luego de una petición de su padre para que reconocieran un dudoso título nobiliario. En el regimiento, el soldado prusiano recibía una disciplina rigurosa, una contención y un lugar en un mundo de pobreza y escasez¹⁰². Al avanzar en su carrera, el capitán Clausewitz recibe una educación básica a todos los oficiales que pasaban por la Escuela de Guerra y la fortuna lo vincula con Scharnhorst, el director de la *Kriegsschule*, que fue su mentor y maestro. Es, luego, nombrado instructor militar del Príncipe Heredero, experiencia que lo marca de por vida ya que su austera moral se ve afectada por la conducta disoluta del joven, a quien acompaña a París, le desagrada profundamente. Luego, hace una carrera normal, con algunas aventuras y asciende a general a los 38 años. Debido a su adscripción a los Reformadores, que se habían opuesto a la decisión del Emperador de negociar con Napoleón y su paso por el ejército ruso, donde se alistó como coronel para luchar contra Francia, cuando la amenaza francesa desapareció de Europa, fue nombrado Director de la Escuela de Guerra e irradiado de las operaciones. Dedicó muchos años a reflexionar y escribir una obra donde el Tratado, como se conoce a “De la guerra”, ocupa una cuarta parte, como dice Aron, considerando sus artículos, opúsculos y correspondencia. Sobre esta base, consideramos que aun si la cosmovisión de nuestro autor fuera fijada por el universo del regimiento y la formación académica de su época, trascendió ampliamente a su tiempo. A partir de su dirección de la Escuela de Guerra, esta institución se convierte en la piedra angular de la educación militar en Europa. Fernández Vega lo considera un filósofo político y Raymond Aron aplaude el hecho de que se lo estudie en su ámbito natural, la universidad.

Del constructo del duelo surge la importancia de la estrategia y también la discusión sobre el conductor militar. Para Clausewitz, el jefe militar, el *genio* debe ser un hombre dotado intelectualmente, con capacidad para razonar de manera creativa en el arte de la estrategia. Debe poseer, además, virtudes de carácter, fortaleza psicológica y coraje. Paret advierte: “*The use of genius in this context would make little sense unless we recognize that for Clausewitz the term applies not only to the exceptional individual, but also to abilities and feelings on which the behavior of ordinary men is based: “We cannot restrict our discussion to genius proper, as a superlative degree of talent... What we must do is to survey all those gifts of mind and temperament that in combination bear on military activity. These, taken together, constitute the essence of military genius (Ibid., bk I, ch 3, p 100)*”¹⁰³ En la actualidad, en los Estados Unidos se ha producido una vuelta a estas concepciones de la guerra, luego del fracaso de los tecnócratas en la década del 90 y del acento puesto en las organizaciones, los conceptos de calidad total y otros aportes del *management* empresarial. También se ha perdido la confianza ciega en el poder de la información, aquella “red informática” que debía proveer a todos los integrantes, información en tiempo real, de toda fuente, para tomar las decisiones correctas.¹⁰⁴

Luego de las experiencias de las recientes invasiones de Irak y Afganistán, hay un regreso a Clausewitz. Al volver al combate cuerpo a cuerpo y casa por casa, estas expectativas sobre el poder de la tecnología en el campo de combate perdieron la importancia de la década anterior. La educación militar estadounidense volvió sobre sus pasos, concentrándose más en la formación del comandante. No se trata aquí de defender la decisión de invadir

¹⁰⁰ Fernández Vega, José. Op Cit. Página 143 y 144.

¹⁰¹ Fernández Vega, José. Op Cit. Página 147 y 148.

¹⁰² En Gran Bretaña, el regimiento continúa siendo el marco de referencia de los oficiales. Ellos ingresan a uno y pertenecen a él toda la vida; el regimiento lo “presta” para cubrir otros destinos a lo largo de su carrera pero siempre será su hogar militar. Tal vez sea una prueba más de que Gran Bretaña aún posee una estructura de clases teñida por lo feudal.

¹⁰³ Paret, Peter. Op cit página 203.

¹⁰⁴ The Economist. *Defence Technology*. London, 10 al 16 de junio de 1995. En este artículo de la venerable revista se describían los adelantos tecnológicos que posibilitaron el triunfo en la primera campaña de Irak, sosteniendo que los avances más importantes en materia de tecnología tenían una vinculación directa con el desarrollo de los armamentos y con la concepción de la guerra del futuro. Al respecto, el factor clave de la victoria en Tormenta del Desierto fue la información, ventaja que obtuvieron los aliados, gracias a la red de comunicaciones, los satélites, las aeronaves de reconocimiento, etc. Decían también que los principales saltos tecnológicos en materia militar a través de la historia, habían llevado a superar la concepción estratégica de Clausewitz, desde el punto de vista del manejo de la ecuación entre fines y medios. Su concepción de la violencia desatada en la guerra ya no era necesaria porque era suficiente con imposibilitar al adversario de emplear sus medios, como se vio en Irak, donde un ejército de 800.000 hombres fue desarticulado antes de lanzarse la ofensiva final, mediante ataques aéreos y misilísticos.

esos países, criticada severamente en otros párrafos de esta tesis, sino de diferenciar los niveles de responsabilidad entre la conducción política y la conducción militar. Peter Paret remarca esta pauta en Clausewitz: *“The morality of going to war, Clausewitz thought, was a question of political ethics, not one that concerned the theory of war. War is social act, and the decision to resort to it lies beyond war itself. That remains true even if the decision is influenced or wholly determined by the military leadership; for in that case the soldiers share in, assume political authority. They step outside the war... That is also true of the ethics of behavior in war. Codes of ethics, their observance or transgression, may influence the soldier. They are part of the values of society, which according to Clausewitz always affect war. But in themselves, he thought they have little substance” Attached to force are certain self-imposed, imperceptible limitations, hardly worth mentioning, known as international law and custom... moral force has no existence but are expressed in the state and the law (Clausewitz, On War, by I, ch 1, p 75.”*¹⁰⁵

Asimismo, si el progreso de la ciencia permite inferir cambios en el combate, la historia reciente nos confirma que existen continuidades, ya mencionadas por Heródoto y Tucídides. Estas realidades producen interrogantes que merecen una reflexión sistemática. Dice Fernández Vega: *“El genio o jefe militar es un líder. Su función consiste en mover grandes masas humanas disciplinadamente...En el capítulo siguiente se podrá analizar el lugar que ocupa el jefe militar en el conjunto de la teoría de la guerra y su relación con la política. Dicha relación como se verá, es de carácter subordinado: el jefe debe prolongar en el campo de batalla una política que el mismo no elabora.”*¹⁰⁶ Analizaremos este problema en detalle cuando veamos la doctrina de Huntington.

Por ahora, quedémonos con la importancia de la fórmula y su vigencia actual. Dice el historiador Lawrence Freedman, el elegido por el gobierno inglés para escribir la historia oficial británica de la guerra de las Malvinas, preguntándose sobre la vigencia de la fórmula: *“Yes. After more than 170 years, the thesis of Prussian military theorist Karl von Clausewitz still applies. War is violence with purpose. What have changed are whose purpose is being served and their nature. Clausewitz was most interested in great power struggling for dominance, drawing upon the whole resources on their states, and throwing vast armies against each other. Today, with the United States as the dominant superpower, the also-rans in the international hierarchy know there is a little point to gain ascendancy through arms races and alliances formation. And in post colonial world characterized by economic interdependence, there are fewer reasons to pursue the old mercantilist agenda of conquering and occupying productive territory, protecting trade routes, and gaining influence by planting the national flag on foreign shores. Traditional power struggles still prevail in some regions of the world, such as Africa, where rival factions vie for dominance, countries remain marginalized from the global economy, and violence is endemic. By and large, these regions produce civil wars –the most common type of modern warfare. Although there is no novelty in conflicts caused by groups seeking secession or insurrection, global communications have internationalized civil wars by drawing attention to humanitarian distress. As such, when major states intervene abroad, they normally claim to do so in the name of universal values than selfish national interest.”*¹⁰⁷

También Hardt y Negri lo remarcan y hacen salvedades pertinentes al momento actual: *“la separación de la guerra y la política fue un objeto fundamental de pensamiento político y de la praxis política aun para los llamados << Teóricos realistas >>, que subrayan la importancia central de la guerra en los asuntos internacionales. Por ejemplo, el famoso postulado de Clausewitz, << La guerra es la continuación de la política por otros medios >>, podría sugerir que la política y la guerra son inseparables, pero en realidad, y en el contexto de la obra de Clausewitz, de esa noción se basa, en primer lugar, en la idea de que, en principio, la guerra y la política están separadas y son diferentes. Clausewitz trata de entender por qué esas esferas separadas entran en relación coaxialmente. En segundo lugar y más importante <<política >>, para él, no tiene nada que ver con las relaciones políticas dentro de una sociedad, sino que refiere a los conflictos políticos entre los estados nacionales. En opinión de Clausewitz, la guerra es un instrumento del arsenal que puede ser utilizado en el terreno de la política internacional”.*¹⁰⁸ Su opinión de que los Estados pierden capacidad para ejercer soberanía los hace pensar que la guerra entre Estados desaparece. Lamentablemente, la evidencia los desmiente. Irak, Afganistán, India Pakistán, Georgia, Taiwán, son algunos de los casos que los contradicen. Dicen los autores: *“La estrategia moderna de confirmar la guerra a conflictos entre estados es cada vez menos viable, dada la emergencia de innumerables guerras civiles globales en los conflictos armados desde el África central hasta América Latina, y desde Indonesia hasta Iraq y Afganistán. En un sentido más general, tal estrategia también se ha visto socavada por el hecho de que la soberanía de los estados- nación ha declinado, formándose en su lugar, a un nivel supranacional, una nueva soberanía, un imperio global. Bajo esa nueva luz*

¹⁰⁵ Paret, Peter. Op cit, página 210

¹⁰⁶ Fernández Vega, José. Op Cit. Página 167.

¹⁰⁷ Freedman, Lawrence. *War*. Foreign Policy. Julio-Agosto 2003. Página 16.

¹⁰⁸ Hardt, Michael y Negri, Antonio. op cit página 26 y 27.

tendremos que reconsiderar la relación entre la guerra y la política. Podría parecer que esa situación representa la culminación del sueño de la modernidad liberal- la noción kantiana de la paz perpetua que inspiraron la Sociedad de las Naciones y la Organización de las Naciones Unidas-en la medida en que el fin de las guerras entre estados soberanos, sería el fin de la posibilidad bélica en general, y el reinado universal de la política.” Considerar a Irak y Afganistán guerras civiles globales, intra-Imperio, cierra en su teoría pero no se verifica en la realidad. Irak era un Estado soberano que fue invadido y conquistado militarmente, en un sistema internacional que funcionaba a la manera waltziana. Colin Gray, sostiene sobre este tipo de teorías universales de la historia: “Some commentators and observers of international affairs – including the author- claim to have a unified theory of strategy, a unified theory of war, and cunningly connected meta-narrative for the twenty-first century, indeed for all history. They exult in being reductionists (in the good sense of the term) to be able to say with confidence, Strategy is really all about...This point of view endorses the Thucydidean triptych which holds that the primary motives behind diplomatic and belligerent behaviors are fear, honor and interest. That triad of genius is worth a library of modern scholarship and social scientific rigor on the causes of war”¹⁰⁹ Discutiremos este tema cuando analicemos las tesis del padre del realismo estructural.¹¹⁰

Quienes toman decisiones de paz y guerra pueden encontrar justificación para las atrocidades más grandes en la obra de Clausewitz. Leemos allí: “La decisión por medio de las armas es, en toda operación de guerra, grande o pequeña, lo que el pago al contado es al comercio”. Pero la concepción clausewitziana va más allá. En su obra también leemos: “Es más bien a las cabezas frías que a las cabezas ardientes a las que en tiempos de guerra debiéramos preferir el bienestar de nuestros hermanos e hijos”; y leemos también: “Las fuerzas físicas son la empuñadura de madera, las fuerzas morales, en cambio, son la hoja resplandeciente de la espada”. Clausewitz aclara que esa moral se apoya en los valores esenciales de la Europa civilizada. Desde Clausewitz en adelante, no hay dudas de que existe un campo del saber propio de los militares, que tiene características particulares y que se aprende de manera teórica y práctica. El militar debe estar preparado para ir al combate en cualquier momento y le debe al Estado una entrega ilimitada, que puede incluir el sacrificio máximo de dar la vida en cumplimiento de su misión. Debe poseer un saber que exige toda una vida de especialización que recae como responsabilidad sobre los oficiales que conducen las Fuerzas Armadas y no puede ser transferida. Una escena de “Los sueños” de Akira Kurosawa lo expresa admirablemente: un teniente se encuentra parado en la entrada de una cueva, de la que emerge, en perfecto orden cerrado, una compañía de soldados. Uno de ellos le pide permiso para regresar al mundo de la vida, a lo que el teniente responde que no es posible, que todos están muertos y que ya no pertenecen a este mundo. Sin romper la formación, otro soldado reitera el pedido. El oficial japonés les recuerda las condiciones en las cuales murieron, a causa de una orden impartida por él mismo, de atacar una posición enemiga. Uno de los soldados abandona la formación y se le acerca. Con voz trémula, le pide al oficial que observe el horizonte. Hay en la profundidad de la imagen una luz que se destaca por su brillo. – ¿La ve, señor? Esa luz pertenece a mi casa. Allí esta mi madre, que me espera. ¿No puedo volver? ruega en un sollozo el pobre infeliz. Abrumado por las lagrimas, el oficial repite con ternura que no, que todos están muertos, que murieron como consecuencia de una orden suya y que debían volver al reino de los muertos. El soldado vuelve a ocupar su puesto, la compañía da media vuelta y marcialmente, como llegaron, se van. Esta escena conmovedora, remarca, según mi opinión, la tremenda responsabilidad de los oficiales. Ellos son, en algún momento, dueños de la vida y la muerte de sus subordinados en la guerra. Por lo tanto, tienen la obligación de prepararse para ese duro trance. Esta responsabilidad no puede transferirse y no puede ser usurpada por nadie. Los militares deben conocer su arte y perfeccionarse en su saber. Su saber es conducir tropas en la batalla, por lo que ningún militar puede engañarse con respecto a las características de la guerra.

¹⁰⁹ Gray, Colin. *The 21st Century Security Environment and the Future of War*. Parameters. Invierno 2008 – 2009.

¹¹⁰ Hardt, Michael y Negri, Antonio. op cit página 27.

El hombre el Estado y la guerra

Un autor muy importante de las Relaciones Internacionales, Kenneth Waltz, publicó un libro donde expresó los resultados de la investigación realizada para su tesis de doctorado, “El hombre, el Estado y la guerra”, donde presentó tres niveles de análisis para comprender las causas de la guerra. Su aproximación al problema se constituyó en una herramienta teórica que no se puede soslayar, tanto por su vigencia metodológica, como por su originalidad, nunca disminuida por el paso del tiempo. Waltz sostuvo que *“la información sin elaborar es inútil hasta que no se desarrolle una teoría para explicarla.”*¹¹¹ En este aspecto, resulta interesante remarcar la importancia de la teoría en las investigaciones de ciencias sociales, como dijimos en la introducción, las teorías como claves de interpretación, redes de conceptos que ayuden a interpretar los hechos. A pesar del enojo de Duroselle, las críticas a Waltz apuntan a que su teoría es demasiado abstracta y que alcanza un nivel de simplificación que lo aleja de la realidad. También, se dice que sus predicciones sobre la imposibilidad de que el momento unipolar funcionara, fallaron. Aún así, es común oír hablar a muchos autores de los niveles de análisis, de imágenes, del sistema, de la estructura, etc., sin necesidad de explicar de qué se trata. Waltz está metido en el lenguaje cotidiano de los especialistas de manera profunda.

Waltz inicia su libro definiendo las preguntas que guiarían su investigación, apoyándose en un historiador muy importante: *“R. G. Collingwood sugirió en una ocasión que la mejor forma de entender los escritos de los filósofos era buscando las preguntas que intentaban responder. Aquí se sugiere que la mejor forma de examinar los problemas de la teoría política internacional es planteando una pregunta central y buscando las respuestas posibles que pueden dársele. Uno puede buscar en filosofía política respuestas a la pregunta: ¿donde se encuentran las principales causas de la guerra? Las respuestas son confusas tanto en su variedad como en sus cualidades contradictorias. Para hacer manejable esta variedad, las respuestas pueden ordenarse de acuerdo con los siguientes tres tipos: dentro de hombre, dentro de la estructura de los Estados separados y dentro del sistema de Estados. La base de este ordenamiento, así como su relevancia para los asuntos internacionales, ha sido sugerida en las páginas precedentes. Me referiré subsecuentemente a estas tres estimaciones de causalidad como a las imágenes de las relaciones internacionales. Las numeraré de acuerdo con el orden en que fueron mencionadas y cada imagen será definida según donde uno ubica el nexo de las causas importantes.”*¹¹²

Recordemos brevemente algunas pautas del *realismo estructural* o *neo-realismo* como se conoce a la escuela de Waltz¹¹³. En este marco teórico, los Estados compiten entre sí en la estructura internacional, luchando por sobrevivir, sufriendo el constreñimiento de la anarquía, contando únicamente con sus propias capacidades, es decir, dependiendo de la autoayuda. La meta de los actores es el incremento de poder, medido fundamentalmente en términos de recursos militares. Con esto se busca mantener la seguridad de los Estados para garantizar como mínimo su supervivencia. Entre los instrumentos de la política estatal, la fuerza militar será la más eficaz, sin desmerecer a los instrumentos de otra índole como los económicos. Los cambios potenciales en el equilibrio de poder y las amenazas a la seguridad establecerán la agenda de alta política e influirán fuertemente en otras agendas. La vinculación temática reducirá las diferencias en los resultados entre las distintas áreas de cuestiones. Se trata de un mecanismo perverso, ya que lo único que logra es que se continúe con la jerarquía internacional existente. El rol desempeñado por los organismos internacionales se verá disminuido, dado el poder del Estado y la importancia de la fuerza militar.

Entonces, la tesis principal es que, en el constreñimiento de la anarquía internacional, el equilibrio del sistema de Estados se produce básicamente por esta condición y no por la bondad de los hombres. La anarquía obliga a los Estados a controlarse y esto lleva al sistema al equilibrio. Para comprender las causas de la guerra no hay que mirar la primera imagen ni la segunda, hay que mirar el sistema internacional. Los análisis de tercera imagen son los que proporcionan explicaciones convincentes sobre los orígenes de la guerra. Dice el autor: *“La tendencia al equilibrio de los Estados tiene sus raíces en su anarquía. Lo mismo ocurre con otras prácticas y asuntos estatales. En la actualidad, la guerra puede estallar por el temor de que un equilibrio satisfactorio se convierta en un desequilibrio contra otro país en el futuro. Lo que ahora se conoce como “la sombra del futuro”, la cual es asumida con frecuencia como un factor que promueve la cooperación entre los Estados, se presenta en este libro como una causa importante de la guerra y la primera guerra mundial es utilizada como un ejemplo contundente. Además, se muestra que el conflicto se origina no tanto en la naturaleza humana o estatal sino en la naturaleza de la actividad social. El conflicto es el resultado de la competencia y de los esfuerzos para*

¹¹¹ Citado en Corbacho, Alejandro. Op cit, página 6.

¹¹² Waltz, Kenneth. *El hombre, el Estado y la guerra*. CIDE. México. 2007, página 13.

¹¹³ Waltz, Kenneth N. *Teoría de la Política Internacional*. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires; 1988. Waltz, Kenneth. *The Emerging Structure of International Politics*. International Security Vol. 18, número 2, otoño 1993. Massachusetts, MIT Press. Waltz, Kenneth. *El nuevo orden mundial*. América Latina Internacional; Vol. 1; N° 2; Otoño-Invierno 1994. Waltz, Kenneth. *Globalization and American Power*. The National Interest; spring 2000.

cooperar. En un sistema de autoayuda, en el que debe esperarse el conflicto, los Estados tienen que preocuparse de contar con los medios que requieren para sobrevivir y protegerse."¹¹⁴

El análisis de la primera imagen lleva a Waltz a estudiar a varios autores. Para este nivel de análisis, las causas de la guerra se encuentran en el comportamiento humano. Sostiene que existen dos percepciones de la realidad, la optimista, que cree que la realidad es buena y la pesimista, que cree que la realidad es imperfecta. A partir de estas posibilidades, repasa la opinión de varios pensadores, como Aristófanes, San Agustín, Spinoza, el teólogo Niebuhr, el psicólogo William James, hasta llegar a Morgenthau: *"Morgenthau reconoce que, dada la competencia por recursos escasos por el poder entre los competidores, y que, consecuentemente, la lucha por el poder puede ser explicada sin hacer referencia a la maldad que nace en el hombre. La lucha por el poder surge simplemente porque los hombres quieren cosas, no porque exista alguna maldad en sus deseos. Así como Morgenthau identifica una de las dos raíces del conflicto, pero aun cuando lo discute parece inclinarse, inconscientemente, hacia la "otra raíz del conflicto, la maldad concomitante": "el animus dominandi", el deseo de poder. Esto lo ilustra una afirmación como la siguiente: "la prueba del éxito político es el grado en el que uno es capaz de mantener, de incrementar o demostrar su poder sobre otros" (Morgenthau 1946, pp.19, 196.)*"¹¹⁵

La conclusión de la primera imagen es pesimista. Dice Waltz: *"La maldad del hombre, o su comportamiento impropio, conduce a la guerra, o si la bondad individual puede ser universalizada, significaría la paz: esta es una síntesis de la primera imagen.*"¹¹⁶ Sus consideraciones sobre optimistas y pesimistas no dejan lugar a dudas: *"Los optimistas de la primera imagen demuestran una inocencia en política que daña sus esfuerzos por construir un mundo nuevo y mejor. Su falta de éxito está directamente relacionada con una percepción del hombre que es simple y complaciente, pero equivocada. Los pesimistas de la primera imagen han desmantelado con maestría los castillos en el aire de lo optimistas, pero han tenido menos éxito en construir la útil pero necesariamente poco inspiradora morada que debe reemplazarlos.*"¹¹⁷ Como implicancias de esta evaluación de la primera imagen, repasa el pensamiento de antropólogos de fama, como el antropólogo cultural Lawrence Frank quien sostenía que el conocimiento mutuo de los pueblos llevaba a la paz. El conocimiento de las diferentes culturas permitiría aumentar la tolerancia y ésta evitaría la guerra. En la misma dirección, Margaret Mead sostuvo que la guerra era una invención cultural y Waltz resume sus argumentos así: *"... la guerra es simplemente una institución social, no un producto necesario de la naturaleza del hombre. Esto se prueba por el hecho de que en algunas sociedades la guerra es desconocida. Dado que las instituciones son invenciones sociales, si nosotros queremos deshacernos de una institución, debemos inventar otra que tome su lugar (Mead, 1942, pp. 182-183, 211-214, 242.)"*¹¹⁸ Esta famosa antropóloga sostenía que los hombres hacen lo que aprenden en la sociedad en la que nacen y son criados. Si se puede mejorar esa crianza y cambiar la cultura de violencia, la guerra se podría erradicar. Waltz la cita: *"La guerra tal como los duelos y el juicio por el combate, "es solo una invención conocida por la mayoría de las sociedades humanas por la que permiten que sus hombres jóvenes acumulen prestigio o venguen su honor". (Mead, 1940, pp. 402-405). Pero ¿Cómo podemos imaginar la invención social que hará a las guerras tan obsoletas como los duelos? Margaret Mead proporciona la respuesta: "si deseamos construir un mundo que usara todos los diversos dones de los hombres, debemos ir a escuelas de otras culturas, analizarlas y racionalizar nuestro aprendizaje. Debemos encontrar modelos y tendencias que, orquestados juntos en una escala mundial, harán al mundo tan diferente del anterior como el mundo de las maquinas lo fue de las industrias artesanales de la edad media."*¹¹⁹ La autora concluye que es posible la creación de una nueva sociedad, mediante el aporte de la antropología cultural, que posibilitaría a los pueblos conocerse y avanzar hacia sociedades pacíficas. El método es la educación pero las posibilidades de lograr cambios rápidos son remotas. Waltz trae los argumentos de otra famosa científica social, Ruth Benedict, sobre las posibilidades de educar a los pueblos para la paz: *"Ruth Benedict ha formulado el mismo cálculo de manera menos positiva todavía." Aun dándose el alcance de mayor libertad para sus instituciones", escribe "los hombres nunca son lo suficientemente inventivos para hacer más que cambios menores. Desde el punto de vista de un observador externo, las invocaciones más radicales en cualquier cultura no llegan más que a una revisión menor" (Benedict, 1946, pp. 76, 226, 229 y 251). Y, por extraño que parezca, la conclusión fue anticipada por Mead misma. "Los grandes cambios de largo alcance en cultura, escribió en un libro publicado originalmente en 1928, "son el trabajo del tiempo, un trabajo en que cada individuo juega una parte inconsciente y de poco impacto" (Mead, 1949, p. 154.)"*¹²⁰ Si bien creen que es posible educar para la paz, consideran que los cambios tardarían mucho tiempo y esfuerzo. No creen que los conocimientos empíricos

¹¹⁴ Waltz, Kenneth. Op Cit. Página XVIII.

¹¹⁵ Waltz, Kenneth. Op Cit. Página 38.

¹¹⁶ Waltz, Kenneth. Op Cit. Página 43.

¹¹⁷ Waltz, Kenneth. Op Cit. Página 43.

¹¹⁸ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 57.

¹¹⁹ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 57.

¹²⁰ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 59.

puedan cambiar a las sociedades: “Lewin, Benedict y Mead en su juventud más conservadora, previenen contra la expectativa de que la información obtenida de manera científica puede usarse para producir grandes cambios sociales.”¹²¹ Ninguno de los autores que Waltz analiza luego coinciden en las posibilidades de mejorar la educación cultural de los pueblos para hacerlos más pacíficos. Muchos de ellos son demasiado optimistas, otros se parecen a los filósofos de la Ilustración, lo que fortalece su postura de que es el sistema internacional el que genera la guerra. Dice Waltz: “Algunos científicos de la conducta, debe uno admitirlo, han puesto en claro que lo que ellos pueden hacer para lograr una solución definitiva al problema de la guerra depende del establecimiento de las condiciones políticas adecuadas, y que los que ellos pueden hacer mientras tanto es ayudar a sus propios gobiernos a mantener la paz-o ganar guerras-en un mundo complicado. Los límites de los logros posibles son acotados hasta el punto en que el significado de la estructura de la política internacional se entiende de manera más completa.”¹²²

Waltz analiza luego la segunda imagen. La guerra propende a unir a los pueblos internamente ya que un enemigo común galvaniza a la sociedad que olvida, al menos transitoriamente, sus rivalidades internas. Dice el autor: “La conclusión es obvia: para entender la guerra y la paz, el análisis político debe usarse para complementar y ordenar los resultados que arrojan la psicología y la sociología. ¿Que tipo de análisis político se necesita? Para explicaciones posibles de la ocurrencia y no ocurrencia de la guerra puede mirar a la política internacional (dado que la guerra ocurre entre Estados) o no puede mirar a los Estados mismos (dado que es en nombre del Estado que, de hecho, se pelea). El primer enfoque es propuesto en el capítulo VI; de acuerdo con la segunda imagen, la organización interna de los Estados es clave para entender la guerra y la paz.”¹²³

Luego analiza el pensamiento de los filósofos liberales, para quienes las cuestiones internas determinan el comportamiento externo. Es fundamental organizar la vida dentro del estado para salir del estado de naturaleza y vivir sin temor por la propia vida. Waltz recuerda a Hobbes: “De acuerdo con Hobbes, la auto-preservación es el interés primario del hombre; porque la enemistad y la desconfianza surgen de la competencia: porque algunos hombres son egoístas, llenos de orgullo y ansiosos de revancha, todos en un Estado de naturaleza temen por su seguridad, y cada quien está dispuesto a herir al otro antes de que el mismo sea herido. Al resultarles imposible la vida en un estado de naturaleza, los hombres voltean al Estado para encontrar colectivamente la seguridad que ellos son incapaces de hallar de manera individual. El Estado civil es el remedio para las condiciones abrumadoras del estado de naturaleza y, puesto que para Hobbes no hay sociedad, nada más que individuos recalcitrantes en un lado y el gobierno en el otro, el Estado debe ser poderoso. La libertad fue definida por Hobbes como la ausencia de límites, pero los hombres deben sacrificar algunas libertades para disfrutar cualquiera de ellas y al mismo tiempo satisfacer el impulso que cobra tanta importancia, el impulso para sobrevivir.”¹²⁴ Hay aquí tres variables, dice el autor, el individuo, la sociedad y el Estado y según se ponga el acento, surgirá la visión de los pensadores contractualistas. El pensamiento liberal, que busca favorecer la libertad del individuo, restringirá las funciones del Estado. El temor y la inseguridad llevarán a los ciudadanos a entregar sus derechos para recibir seguridad, como dice Hobbes. En este balance, los Estados serán mejores o peores y esta condición favorecerá la guerra, según el análisis de la segunda imagen: “La paz y la guerra son los productos, respectivamente, de los buenos y malos Estados. Si esto fuera verdad, ¿qué puede hacerse para cambiar a los Estados de su condición actual a la condición prescrita? Esta cuestión llevó a las primeras críticas de las teorías liberales de las relaciones internacionales. Una segunda crítica, igualmente fundamental, se desprende del cuestionamiento de la proposición original. Los malos Estados pueden hacer la guerra. La verdad de la afirmación puede establecerse simplemente etiquetando como “malo” a cualquier Estado que lo sea. Pero ¿traería la paz la existencia de numerosos Estados del tipo definido como bueno? Mientras que la primera crítica se concentra en qué tan práctica es la prescripción, la segunda se refiere a la validez del análisis que lleva la misma.”¹²⁵ Las ideas de Woodrow Wilson ilustran esta argumentación, dice Waltz: “La paz mundial surgiría basada en la fuerza –palabras de Wilson, “la gran fuerza organizada de la humanidad”- pero ésta no sería como la fuerza desplegada en la política de balance de poder del pasado. El ideal de Wilson no es un balance de poder, sino “una comunidad de poder” (Wilson, 1945, p. 131). Y una vez alcanzada la comunidad democrática internacional, la nueva fuerza de la opinión pública reemplazaría la vieja fuerza de los ejércitos o las flotas guerreras. “Lo que buscamos”, dijo Wilson una vez, es el reino de la ley, basado sobre el consentimiento de los gobernadores y sostenido por la opinión organizada de la humanidad” (Wilson, 1945, p. 54) la autodeterminación nacional producirá la democracia, y las democracias son pacíficas por definición.”¹²⁶

¹²¹ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 59.

¹²² Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 86.

¹²³ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 88.

¹²⁴ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 92 y 93.

¹²⁵ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 123.

¹²⁶ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 127.

Pero Waltz no está de acuerdo con esto. Para él la segunda imagen no proporciona una respuesta a la pregunta sobre las causas de la guerra: *“Los Estados malos llevan a la guerra. Como se dijo anteriormente, en gran medida y, en sentido importante, esto es verdad. Lo opuesto a esta afirmación es una proposición extremadamente dudosa. La dificultad, endémica al a segunda imagen de las relaciones internacionales, es del mismo tipo que la dificultad encontrada en la primera imagen. Ahí la afirmación de que los hombres hacen las sociedades, incluyendo la sociedad internacional fue criticada, no solo por estar equivocada, sino por estar incompleta.”*¹²⁷

Para Waltz, la representación más perfecta de un análisis de la segunda imagen sobre las causas de la guerra, la da la teoría marxista. *“Marx y los marxistas representan el más completo desarrollo de la segunda imagen. A primera vista, parecería que la perspectiva socialista de la guerra y la paz no es más que esto: que los Estados capitalistas causan la guerra; que revolucionar a los Estados, destruir el capitalismo e instaurar el socialismo traerá la paz. Además, puede parecer que el comportamiento de los distintos partidos socialistas durante la Primera Guerra Mundial no su incapacidad de prevenir la guerra-sino su error de no oponerse a la guerra-es, de una forma u otra, una denuncia de los partidos socialistas y de las teorías en las que ostensiblemente estaban basados.”*¹²⁸ El aporte de Lenin sobre el imperialismo permitió a la teoría ajustarse a la nueva realidad internacional. Para nuestro autor: *“La redistribución de énfasis de Lenin dentro de la teoría marxista le permite regresar a la tesis marxista original sobre la guerra: El proletario no puede tener interés en la guerra fomentada por el capitalismo, excepto para usarlas a fin de promover la revolución comunista.”*¹²⁹ Y la pregunta sobre el origen del imperialismo: *“Entonces ¿Por qué adoptan los países una política imperialista? Hobson encuentra la respuesta en el interés egoísta de grupos minoritarios. Para la nación como un todo, el imperialismo es una forma de locura especialmente cara; para la minoría de intereses financieros e industriales es una fuente de grandes ganancias. De acuerdo con esa explicación, el imperialismo en la frase que Hobson toma prestada de James Mill, no es nada más que “un amplio sistema de escape externo para las clases altas” (Hobson, 1938, p. 21)”*¹³⁰

A pesar de estas afirmaciones, el efecto de la globalización y la pérdida relativa de influencia del Estado sobre los asuntos de la sociedad y del sistema interestatal, tal vez sea más apropiado focalizar el estudio de la guerra en las cuestiones internas del Estado. Un Estado debilitado, que no sea capaz de mantener el monopolio de la fuerza o no brinde seguridad a sus ciudadanos es proclive a caer en guerra, como evidencian los hechos del África. Parece haber una vinculación entre el nivel de estabilidad económico social y de seguridad interna con las condiciones para que estalle una guerra, como bien indicó Hobsbawm.

Finalmente, Waltz llega a la tercera imagen, texto que llevará dentro el germen de su teoría de las relaciones internacionales. Los Estados existen en un contexto donde no hay leyes que regulen o castiguen su conducta y harán las cosas que necesiten para obtener sus objetivos. Cuando los intereses choquen con los de otro Estado, éstos pueden llegar a la guerra para obtenerlos. Esto ha sido así desde la guerra del Peloponeso, dice el autor. Autoayuda en medio de la anarquía. El estado evalúa la situación y hace cálculos, de su propio poder, del poder de los otros y ve si hay posibilidades de obtener el éxito. Los Estados pueden usar la fuerza y eso hace que todos estén listos para defenderse. La anarquía obliga a los Estados a prepararse para la guerra. Las causas de la guerra deben buscarse en este sistema interestatal, sumido en la anarquía.

Waltz vuelve a Rousseau, un pesimista de las relaciones internacionales: *“En resumen, la proposición de que la irracionalidad es la causa de todos los problemas del mundo, en el sentido que un mundo de hombres perfectamente racionales no conocería los desacuerdos y los conflictos, es, como lo implica Rousseau, tan verdadero como irrelevante. Puesto que el mundo no puede ser definido en términos de perfección, el verdadero problema de alcanzar una aproximación a la armonía en la actividad cooperativa y competitiva siempre está con nosotros y, al estar la posibilidad de perfección, es un problema que no puede resolverse simplemente cambiando a los hombres.”*¹³¹ Aquí rescata un concepto que consideramos muy importante, la responsabilidad de quienes toman decisiones de paz y guerra frente al soldado que no tiene posibilidades de elegir su futuro: *“Pero la guerra se lleva adelante aunque el soldado en el frente preferiría estar en cualquier otro lugar haciendo cualquier otra cosa que disparando al enemigo. Los individuos participan en la guerra porque son miembros de Estados. Esta es la posición de Rousseau, quien argumenta que “si la guerra solamente es posible entre tales seres morales (Estados), entonces los beligerantes no tienen pleito con los enemigos individuales”. Un Estado hace la guerra a otro Estado. El objeto de la guerra es destruir o alterar al estado opositor. Y si el Estado*

¹²⁷ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 131.

¹²⁸ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 135.

¹²⁹ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 151.

¹³⁰ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 156.

¹³¹ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 183.

opositor “*podiera ser borrado de un solo golpe, en ese instante terminaría la guerra*” (Rousseau, 1917, p.123; cf. 1950, libro I, cap. IV, pp.9-10; Montesquieu, 1949, libro X, cap. III)¹³² Waltz se apoya en el ginebrino para declarar donde está el origen de la guerra: “*Entonces ¿que explica las guerras entre los Estados? La respuesta de Rousseau, en realidad, es que la guerra se da porque no hay nada para prevenirla. Entre los Estados, como entre los hombres, no hay un ajuste automático de interés. En ausencia de una autoridad constante de que el conflicto se arregle por la fuerza.*”¹³³

Luego, cita largamente a Tucídides, a quien considera el creador de esta tercera imagen de análisis de las causas de la guerra. Vale la pena repetirlo: “*La construcción lógica de la tercera imagen, intentada en el capítulo VI, gana en coherencia de la historia. Aunque pueden tomarse ejemplos de muchos lugares y épocas, nos limitaremos con una mirada rápida a los tres que se acaban de mencionar. En su “Historia de la guerra del Peloponeso”, Tucídides argumenta muchas de las consideraciones políticas que lleva a y se derivan de nuestra construcción. Él opina que “entre los vecinos el antagonismo es siempre una condición de independencia” (Tucidides, 1900, libro IV, p. 92; cf. Rousseau, 1917, pp., 122). La opinión toma cuerpo en las afirmaciones que él pone en boca de varios participantes de la política y las guerras del período. Una breve muestra, omitiendo los nombres de lo que hablan, indica que implícita en sus escritos históricos, está una perspectiva de política internacional estrechamente relacionada con la de Rousseau y con la tercera imagen. Los siguientes son resúmenes y extractos de algunos de los discursos que él registra: “por nuestros intereses vamos a la guerra y, cuando nuestros intereses parecen requerirlos, optamos por la paz. Pues todos sabemos “que dentro de la discusión de los asuntos humanos la cuestión de la justicia sólo es incluida cuando hay un poder igual para garantizarla” (Tucidides, 1900, libro V, párrafo 89). Puesto que los Estados no comparten las mismas leyes, no pueden considerar lo que es justo- su objeto no puede ser recompensar al que actúa de acuerdo con derecho y castigar al culpable-. Respecto a un país que nos ha dañado “la cuestión para nosotros, correctamente considerada, no es ¿Cuáles son sus crímenes?, si no ¿qué es lo que está en juego para nuestro interés?” (Tucidides, 1900, libro III, p.44). Es una tontería hacer alianzas a menos que su raíz sea el interés de todos los miembros. En efecto “el temor mutuo es la única base sólida de alianza” (Tucidides, 1900, libro III, p.11; cf. Libro I, pp.32-35; libro V, p. 106). Dado que cada Estado actúa sobre la base e su propia interpretación de sus requerimientos para la seguridad y el bienestar, un Estado tiene que predecir las intenciones de los otros Estados. Así, “seguir en paz cuando deberías ir a la guerra puede ser con frecuencia, muy peligroso” (Tucidides, 1900, libro I, p.124. “pues la humanidad no espera ataque de un poder superior, lo anticipa” (Tucidides, 1900, libro VI, p.18; cf. Rousseau, 1917, pp. 78-79; Montesquieu, 1949, libro X, cap. II). La política de un Estado en resumen, está determinada por sus metas y por su relación con otros Estados”.*¹³⁴

Waltz recomienda a los Estados prepararse para luchar por su vida, aun cuando las condiciones en los que se debe desenvolver sean peligrosas: “*La política de balance de poder es riesgoso; Clausewitz una vez sonó una alarma que es relevante aquí: “Si el asesinato sanguinario es un obstáculo horrible, entonces debería ser solo una razón para tratar a la guerra con más respeto, pero no para hacer la espada que portamos menos filosa de acuerdo con los grados de sentimientos de humanidad hasta que, una vez más, alguien se aparece con una espada que es filosa y cercena los brazos de nuestro cuerpo* (Clausewitz, 1950, p.210)¹³⁵

La anarquía en el escenario internacional es parecida al estado de naturaleza de los contractualistas. Es un estado de riesgo constante de lucha, donde la continuidad del Estado siempre está en peligro: “*El estado de naturaleza entre los hombres es una imposibilidad monstruosa. La anarquía engendra la guerra entre ellos; el gobierno establece las condiciones para la paz. El estado de la naturaleza que continúa prevaleciendo entre los Estados produce comportamientos monstruosos, pero hasta ahora no ha hecho imposible la vida misma. Los análisis históricos de Spinoza, Rousseau y Kant ponen al descubierto la lógica de la sociedad civil y, al mismo tiempo, aclaran porque la lógica no lleva a los hombres más allá del establecimiento de Estados separados, hacia la creación de un Estado mundial. Y sin embargo en la esfera internacional como en la interna, si la anarquía es la causa, la conclusión obvia es que el gobierno es la cura; y esto es cierto a pesar de que la enfermedad, en el primer caso, no es fatal.*”¹³⁶

En “El hombre el estado y la guerra”, las causas del conflicto bélico son muy claras y residen en el sistema anárquico internacional, aun a pesar de que a veces la historia ofrezca explicaciones sugestivas. Waltz dice: “*Es verdad que las causas inmediatas de muchas guerras son triviales. Sólo nos concentramos en ellas, la incapacidad para llegar a un arreglo sin la fuerza parece ser la máxima de las locuras. Pero con frecuencia no*

¹³² Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 193.

¹³³ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 202.

¹³⁴ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 226 y 227.

¹³⁵ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 237 y 238.

¹³⁶ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 245.

es cierto que las causas inmediatas ofrezcan una explicación suficiente de las guerras que han ocurrido. Y si sencillamente no son disputas particulares las que producen la guerra, pues, como ha escrito Winston Churchill, "los asuntos pequeños son solo el sintoma de la enfermedad peligrosa, y son importantes sólo por esa razón. Detrás de ellos están los intereses, las pasiones y el destino del las poderosas carreras de los hombres; y los antagonismos viejos se expresan en nimiedades" (Churchill, 1923, Vol. I, p. 52).¹³⁷

El mensaje de Waltz en este libro es atemorizante. En sus desarrollos posteriores ofrecerá alivio cuando hable de las virtudes equilibrantes del sistema de Estados: *"la competencia produce una tendencia hacia la igualdad de los competidores, esto es, hacia la imitación de las características del rival que son exitosas"*. Estas limitaciones son producto del temor de los actores estatales, ya que un fracaso en el sistema anárquico internacional puede significar su desaparición. Se espera, entonces, que en aspectos cruciales, las grandes potencias actúen de manera parecida. También arroja luz acerca de la vinculación entre las restricciones del sistema estructural y la estructura estatal doméstica. La emergencia de grandes poderes refleja el ajuste de los Estados a las restricciones estructurales del sistema internacional. Veamos ahora otro autor, Hideki Suganami, que proporciona acertados *insights* sobre como estudiar las causas de la guerra.

¹³⁷ Waltz, Kenneth. Op Cit. Pagina 253.

Hideki Suganami

Una base interesante para investigar las causas de la guerra es la de Hideki Suganami, presentada en un artículo donde resume lo expresado en su libro sobre el tema.¹³⁸ Nuevamente, se busca responder a la pregunta clásica, que constituye el problema de esta investigación, ¿qué causa la guerra? Para Suganami: “*This question has interested many kinds of people. It is not too much of an exaggeration to say that International Relations as an academic subject, was created to investigate it... what causes war remains one of the central preoccupations of many scholars in the field.*”¹³⁹ Este texto fue uno de los intentos más serios de superar las enseñanzas de “El hombre, el Estado y la guerra”, apuntando hacia las técnicas, las teorías empleadas, las herramientas de auxilio a la investigación sobre las causas de la guerra, efectuadas por un académico que dedicó parte de su vida a investigar y enseñar el tema, por lo que su análisis interesa a esta investigación. El autor dice que preguntarse sobre las causas de la guerra puede ser irrelevante si no se define primero qué es la guerra. Aclara, entonces, que se referirá exclusivamente a la guerra interestatal, aquella que involucra a mil o más muertos en batalla¹⁴⁰ y se decide por este tipo de definición es porque existe un razonable cuerpo de la literatura al respecto, tratándose de una definición que no genera controversias, que posee adecuada complejidad como para que se la estudie. Se pregunta, a continuación, cuales son las condiciones que deben estar presentes para que ocurra una guerra. En esta dirección, dice, hay especialistas en Estados Unidos que se dedican a estudiar estadísticamente que clase de circunstancias llevan a la guerra. Otra posibilidad, remarca el autor, consiste en focalizar el interrogante en aquello que causó una determinada guerra en particular, estudiando las condiciones especiales del conflicto seleccionado. Sin embargo, la respuesta será también particular y no puede tomarse como conclusión general. Hay más especialistas que generalizan sobre el fenómeno de la guerra, luego de estudiar varios casos particulares pero Suganami no busca repasar autores ni dar una lista de causas de la guerra, sino presentar una discusión teórica sobre las mismas. Pretende, además, mostrar didácticamente como razonar correctamente para develarlas.

Dice Suganami que, al respecto, existen *prerrequisitos*, *correlatos* y *orígenes* en toda guerra. Los prerrequisitos son condiciones que, en su ausencia, la guerra es imposible. Menciona el ejemplo típico de la anarquía internacional, al que varios autores de las Relaciones Internacionales atribuyen la causa de la guerra, como Kenneth Waltz y Stanley Hoffmann, que veremos más adelante. Suganami cree, sin embargo, que no hay buenas razones para creer en que la anarquía internacional sea un prerrequisito para la guerra. Otro prerrequisito podría residir en el mundo y sus habitantes y se pregunta cuáles son los temas de los hombres o los Estados que, sin ellos, la guerra es imposible. El cree que hay dos: la habilidad de los hombres para formar sociedades cohesivas y la convicción de los Estados de que su función, en determinadas circunstancias, es recurrir al uso de las armas para que sus ciudadanos vayan a la guerra. Suganami declara que el conflicto violento entre individuos no es la guerra. La guerra exige al menos dos grupos sociales y sólo es posible entre humanos porque éstos pueden formar grupos cohesionados. En esta línea de pensamiento, los enfrentamientos violentos entre grupos de cazadores recolectores, por ejemplo, no pueden considerarse una guerra puesto que, conceptualmente, no constituyen grupos “sociales”. Hablaremos de esto más adelante cuando discutamos el marco teórico de Pierre Clastres. Suganami dice que una guerra “*presupone al menos dos sociedades donde las tendencias anti-sociales y el egoísmo son controlados, disciplinados y castigados en un grado considerable.*”¹⁴¹ Dice también que la guerra “*es posible no entre cualquier grupo social cohesionado sino solo entre entidades preparadas para pelear, en particular entre Estados.*”¹⁴² Vemos la notable ambigüedad de este concepto porque la guerra es un fenómeno anti-social, pero al mismo tiempo es también un hecho social. Esta paradoja, explicada de manera brillante por el autor, está presente en casi toda la literatura consultada. Los Estados son las únicas organizaciones sociales preparadas para ir a la guerra, la guerra no es un fenómeno natural, es una institución social, “*requiere la conciencia de las partes de que es una respuesta apropiada, dadas las circunstancias.*”¹⁴³

A partir de allí, el autor se pregunta si es posible eliminar la guerra conociendo los prerrequisitos. Los seres humanos no pueden dejar de vivir en sociedad pero puede haber cambios en la idea de las relaciones entre Estados. Estos se consideran capaces de ir a la guerra y es difícil que los Estados dejen de considerarse “*entidades que pelean guerras.*” Pero también es cierto han cambiado algunas circunstancias que desembocan en la guerra, como por ejemplo, las disputas territoriales. También se verifica que, en comunidades de seguridad, como Escandinavia o la Unión Europea, la guerra se hace más difícil. Aun a pesar de esto, la guerra entre algunos Estados es posible. Deja de ser pensable cuando éstos dejan de verse como obstáculos y se consideran socios. Cómo se logra esto es considerado una intriga para nuestro autor. Otra manera de averiguar las causas de

¹³⁸ Suganami, Hideki. *On Causes of War. A Foundation for a Future Study*. En “*Issues on International Studies*”. Ed Trevor Salmon. Routledge. New York.2000. Página 76 a 99. El libro es Suganami, Hideki. *On causes of War*. Clarendon Press. Oxford, 1996.

¹³⁹ Suganami, Hideki. Op cit página 76.

¹⁴⁰ De acuerdo con el Correlates of War Project.

¹⁴¹ Suganami, Hideki. Op cit. Página 81

¹⁴² Suganami, Hideki. Op cit. Página 81

¹⁴³ Suganami, Hideki. Op cit. Página 82.

la guerra, según Suganami, es establecer correlatos estadísticos. Al respecto analiza dos ejemplos. El primero, una investigación de Michael Wallace.¹⁴⁴ La tesis de Wallace es que “*la carrera armamentística está fuertemente asociada con la escalada de confrontaciones militares hacia la guerra*”; apoyada en el estudio estadístico de datos de conflictos tomados entre 1816 y 1965. La conclusión de Wallace es que un rápido crecimiento competitivo en el campo militar es al menos un temprano indicador de posibles escaladas militares que llevan a la guerra. Frente a esta investigación, Suganami se pregunta, en primer lugar, si los datos son realmente fiables. Si esto es así, si se puede esperar una correlación estadística similar en el futuro, es decir, si se pueden extrapolar los resultados, de manera que la carrera armamentista constituya un aviso temprano de que puede ocurrir una guerra.

Esto nos lleva al problema de la predicción en las ciencias sociales, un aspecto importante que no debe soslayarse. Al respecto, nos parece atinado el análisis de Alejandro Corbacho, quien sostiene que es imposible predecir y que a lo sumo se puede intentar una extrapolación controlada de algunas variables conocidas, ejercicio también cargado de múltiples dificultades. En el campo de las Relaciones Internacionales, el autor analizó el tema desde el punto de vista de esta disciplina, desde la estrategia y desde el campo de los negocios, llegando a conclusiones similares sobre la dificultad de predecir el futuro, exponiendo las posturas de varios autores.¹⁴⁵ Sostiene Corbacho que es necesario contar con el conocimiento de un experto sobre la teoría, alguien que mantuvo una larga relación con el objeto de estudio, que conoce la historia y tiene el sentido común desarrollado sobre sus temas. A pesar de todo, si bien es cierto que el experto tiene ventajas por sus conocimientos, opina sobre la base de los libros leídos pero no tiene en cuenta los libros no leídos y tampoco ha vivido experiencias en todos los ámbitos. Aún el experto más reconocido debe ser modesto porque, como enseñó Popper, nuestro conocimiento siempre es incompleto, son siempre conjeturas.

Retomando el método estadístico, Suganami menciona otra investigación, realizada por Paul Diehl, cuyos datos no coinciden con los de Wallace.¹⁴⁶ De la comparación entre ambos, Suganami destaca tres problemas en el método de establecer correlatividades, la precisión de los datos, la posibilidad de predicción y la utilidad de los resultados. La exposición de ambos trabajos permite advertir las complicaciones del empleo de la estadística. Suganami refiere que el cientista social puede interesarse en prevenir la guerra, aunque “*es difícil que los gobiernos puedan predecir y controlar las Relaciones Internacionales en el futuro*”.¹⁴⁷ Otros analistas “*creen que se puede lograr una pintura general del mundo, demasiado imprecisa en términos matemáticos pero suficientemente útil para ser tenido en cuenta*”.¹⁴⁸ Al respecto, Duroselle descreo de los modelos matemáticos en las investigaciones históricas. Dice un discípulo suyo: “*Con demasiada frecuencia se hace notar, en ensayos teóricos de politólogos, una contradicción entre la pretensión de exactitud y el margen de error del que todo científico debe ser consciente, entre el recurso cuantitativo en la evaluación de fenómenos que no son cuantificables y en la tendencia a marginar el análisis cualitativo como no científico. Lo que censura J. B. Duroselle es el matematicismo*”.¹⁴⁹ Agrega: “*No mencioné aquí más que algunos de los grandes clásicos para ilustrar con claridad que no es la ciencia política lo que está en entredicho sino mas bien el uso que se hace de ella en numerosos ensayos de conceptualización y en el recurso reductor a la cuantificación; en ensayos cuyos autores evidentemente no se han ocupado de situar las relaciones internacionales en el espacio y en el tiempo, en la realidad viva de las sociedades observadas.*”¹⁵⁰

Algunos historiadores, como Víctor Hanson, utilizan estudios comparativos de guerras pasadas para obtener lecciones. Su opinión sobre el renacer de la historia de la guerra luego del atentado del 11 de septiembre, será analizada en otro lugar, cuando se mencione a los intelectuales del neo-conservadurismo, propagandistas de las políticas de George Bush, Hijo. A ésta postura se oponen quienes dicen que las guerras son únicas, entre los que nos contamos, como espero que quede claro en este trabajo. En efecto, no es posible sacar conclusiones terminantes sobre la causa de una guerra en particular pero sí de la guerra en general, sostiene Suganami. Él menciona a pensadores del realismo, empezando por Raymond Aron, quien apoya sus conclusiones en una vasta erudición sobre la historia¹⁵¹. Sin embargo, dice Suganami, existen también historiadores que afirman que las guerras se estudian solo para satisfacer la curiosidad de los lectores, dando a entender que el conocimiento en

¹⁴⁴ Wallace, Michael. *Arm races and Escalation: some new Evidence*. Journal of Conflict Resolution. Vol 23 (1979) Pag 3 a 16.

¹⁴⁵ Corbacho, Alejandro. *Mirar al futuro a través del experto. Limitaciones y potencialidades de los pronósticos en las relaciones internacionales*. UCEMA. Documento de trabajo nro. 367, diciembre 2007.

¹⁴⁶ Diehl, Paul. *Arm race and Escalation. A close look*. Journal of Peace Research. Vol 20

¹⁴⁷ Suganami, Hideki Op cit Pág. 87.

¹⁴⁸ Suganami, Hideki Op cit Pág. 87.

¹⁴⁹ Freymond, Jacques. *Teoría e historia*. En “Todo imperio perecerá”. de Jean Baptiste Duroselle. Fondo de cultura económica. México, 1998. Página 417.

¹⁵⁰ Freymond, Jacques. Op cit, página 419.

¹⁵¹ Raymond Aron es un autor que merecía un análisis detallado pero la extensión nos limita. Quede expresado que en el siglo XX pocos pensadores aportaron más en cuestiones de guerra y paz.

esta área es inalcanzable y solo nos queda el solaz intelectual.¹⁵² Sobre estas tres aproximaciones al fenómeno bélico, el autor es ecléctico, dice que el primer grupo no puede aportar conocimiento al tema de la guerra porque ninguna guerra es igual a otra. Sobre el segundo grupo, el de aquellos que se aproximan al fenómeno con una carga erudita importante, tampoco puede aportar mucho porque las lecciones de la historia ya están en su cabeza de antemano. Sobre el tercer grupo, los que estudian para divertir al lector, dice que no hay solo diferencias entre las guerras, también existen similitudes, que pueden ayudar a entender más. Recuerdo aquí la opinión de Duroselle, para quien en la historia no existen *fenómenos*, solo *acontecimientos* y me quedo con la postura de Suganami.

Éste sostiene que, al discutir el tema de los orígenes de la guerra, se deben investigar las causas de guerras particulares, si bien es cierto que para algunos puede resultar un ejercicio irrelevante. *“What caused this particular war? In the abstract; what we should do now is to investigate causes of particular wars. Not only do I have no space to do that here, but I think that considering the question in abstract is an important, much neglected exercise. We ought to make clear the question is asking when, with respect to any particular war it says, what caused it? We ought to consider what sort of answer is normally treated as a plausible or acceptable one. Not only is necessary to know what the question is asking before we attempt to answer it, but it is interesting to know what shape standard answers take in response to questions of this sort. ... My own view is that the range of answers is in fact limited in outline.”*¹⁵³ Lo que le interesa remarcar especialmente es el razonamiento lícito sobre las explicaciones causales. Suganami dice que los analistas hacen dos tipos de declaraciones: la primera, determinista, apoyada en una ley, y sostiene que si se da determinada situación, terminará en una guerra. O la otra versión, que afirma que las condiciones potenciales de una guerra existían desde antes. Ambos están equivocados, según Suganami: cuando estudiamos un hecho histórico, no hay leyes y las situaciones potenciales son irrelevantes porque estamos hablando sobre algo que ya ocurrió.¹⁵⁴

Hacia el final, Suganami ofrece un análisis de las narraciones históricas sobre los orígenes de la guerra (los Oficiales de Estado mayor estamos familiarizados con esta forma de analizar una guerra) Sostiene el autor que hay cuatro ingredientes que se repiten: el primero, la descripción de los antecedentes del conflicto; luego, las coincidencias relevantes para, a continuación, intentar la elucidación de los procesos. Finalmente, dice Suganami, en estas narraciones los autores identifican los movimientos esenciales de los gobiernos. Para lograr un relato coherente, se juntan estos ingredientes y se marca un punto de vista: qué o quién fue responsable de la irrupción de la guerra.¹⁵⁵ En síntesis, el autor propone tres preguntas para futuros estudios: *“What are the conditions which must be present for war occurs?; Under what circumstances have war occurred more frequently? and what caused this particular war?”* A la primera pregunta, responde que la Guerra es posible por una creencia de los seres humanos sobre las funciones propias de sus sociedades. Esto permite suponer como hacer mas pacifico el mundo, si la gente aprende a tratarse entre ellos, no como un obstáculo a remover sino un socio en el dialogo. Como se logra esto, es una de las grandes intrigas de las Relaciones Internacionales. A la tercera pregunta, sobre las causas de una guerra en particular, cree que una de las principales funciones de la investigación histórica de las guerras es destacar que los gobiernos y los pueblos son los responsables de que ocurran las guerras. Por supuesto, el contexto en que estos gobiernos y pueblos se mueven debe ser mejorado. A la segunda pregunta, sobre las circunstancias más comunes en las que estalló la guerra, sostiene que es mejor investigar las dos preguntas anteriores, que preocuparse por dar avisos tempranos de guerra.

¹⁵² Suganami, Hideki Op cit Pág. 88.

¹⁵³ Suganami, Hideki. Op cit. Página89.

¹⁵⁴ Suganami, Hideki op cit Pág. 89.

¹⁵⁵ Suganami, Hideki Op cit Pág. 91 a 96.

El soldado y el Estado

Analizaremos aquí una teoría que, si bien no responde directamente al interrogante básico de este trabajo, es esencial para comprender el *corpus* teórico de la conducción de la guerra. Se trata de la teoría clásica de las relaciones cívico- militares, que constituye doctrina inamovible en los Estados Unidos¹⁵⁶ y constituye la base de una sub-disciplina de la ciencia política de suma importancia para la vida de las democracias liberales. En 1957, Samuel Huntington, publica su libro “El soldado y el estado”¹⁵⁷ basándose en su tesis doctoral en Harvard, donde discute los problemas de las relaciones cívico militares luego de la Segunda Guerra Mundial. El texto, de tinte *clauswitziano*, fue escrito en un contexto muy especial y su publicación le dio la oportunidad de incorporarse a la elite de intelectuales del *realismo*, que los gobiernos de Washington tuvieron siempre en cuenta. Intelectuales orgánicos o productos de su época, estos escritores marcaron un rumbo en el país del Norte y sus enseñanzas fueron consideradas esenciales para la política exterior.¹⁵⁸

Con la llegada al poder del general Eisenhower y la muerte de José Stalin, sumado a la carrera de armamentos nucleares entre las dos superpotencias, las estrategias de la contención cambian, pasando del balance del poder al balance de terror. En un ambiente de fuerte temor por estos avances en las armas nucleares y misilísticas, sus teorías permiten mantener el centro de atención del Estado en las Fuerzas Militares, que se habían desmovilizado rápidamente al terminar la contienda. Las relaciones cívico-militares, dice Huntington, tienen su centro en las relaciones del cuerpo de oficiales y el estado, en medio de una sociedad eminentemente liberal que no tolera la militarización de la vida que se había producido durante la guerra. La vida puede continuar en la medida que haya hombres que sean separados de la sociedad civil y se preparen para conducir las tropas que se movilizan en caso de necesidad. Como son esos hombres que tienen las armas en medio de una sociedad desarmada y como es el vínculo con el Estado, es la pregunta que discute el autor. Para contestar estas preguntas, debe partirse de dos supuestos metodológicos. El primero, que hay tres variables interdependientes: la ubicación del estamento militar en el gobierno, la influencia de los militares en la política y las ideologías de militares y civiles. El segundo supuesto, establece la naturaleza y finalidad de las fuerzas militares, describe diferentes tipos de control civil, “subjetivo” -de una clase social o por formas constitucionales- y el “control civil objetivo”, el estado óptimo de las relaciones cívico militares.

¿Cómo se conduce a los militares en una sociedad democrática? Mediante el “control civil objetivo” de las fuerzas armadas que ejercen las autoridades constitucionales. Cuando no se ejerce, se produce el incremento de la “autonomía” militar, el manejo corporativo de las instituciones armadas y el desprecio por la Constitución. Huntington compara el modo de conducirse de los militares bajo distintas ópticas ideológicas, el liberalismo, el marxismo y el conservadurismo y llega a la conclusión de que, a pesar de que las fuerzas armadas deben mantener una cosmovisión conservadora, bajo el control civil objetivo no presentan peligros a una sociedad liberal. Este modelo ha dado sobradas evidencias de funcionar correctamente y ha demostrado también que en la guerra, las organizaciones militares aisladas de la política cumplen con su misión. También está demostrado que estas organizaciones pelean con denuedo, sin necesidad de motivaciones ideológicas. Dice Huntington que los oficiales motivados por ideales puramente militares, el “buen soldado” o el “mejor regimiento”, tendrán mejores resultados que aquellos motivados por la ideología o meramente por metas personales¹⁵⁹. Por otro lado, separa perfectamente las esferas política y estratégica: “*El criterio de la eficiencia militar es limitado, concreto, y relativamente objetivo; el criterio de la sabiduría política es indefinido, ambiguo y altamente subjetivo.*”¹⁶⁰ En la actualidad, hay países que desean integrar a los militares con los civiles, en la categoría de ciudadanos soldados. Según Huntington, este modelo se aplicaba en los países del socialismo real, donde el gobierno ejercía un control directo de las fuerzas armadas mediante los comisarios políticos. Hoy, funciona en Alemania y España, entre

¹⁵⁶ Hay un reglamento, el *US Army's Field Manual FM 100 – 1, “The Army”* donde se expone una síntesis de esta doctrina, adoptándola como norma para los militares de ese país y se actualiza periódicamente.

¹⁵⁷ Huntington, Samuel. *The soldier and the State: The Theory and Politics of Civil Military Relations*. Harvard University Press, Cambridge, 1959. El Círculo Militar editó una traducción en 1964. Como actualización de este trabajo puede verse un trabajo del mismo con el general Goodpaster donde analizan el fenómeno durante la década del 70, en Huntington, Samuel, Goodpaster, Andrew. *The soldier and the state in the 70's* en “Civil Military Relations”. American Enterprise Institute for Public Policy Research. Washington, 1977 páginas 5-54. Finalmente, Huntington, Samuel. *Reforming Civil Military Relations*. *Journal of Democracy* 6:4 Octubre 1995, páginas 9 a 17.

¹⁵⁸ Otra obra de Huntington de la década del 60, “El orden político en las sociedades en cambio”, ejerció mucha influencia. Allí, sostenía que las sociedades en transición a la democracia se veían afectadas por tensiones múltiples, que no podían ser resueltas de una sola vez. Debía, entonces, responderse “selectivamente” a las demandas. Obviamente, recibió críticas de todos los rincones de América Latina. En la década del 70, participó con Jean Crozier y Jui Watanabe en un trabajo encargado por la “Trilateral Comisión”. Los autores partían de una concepción sistémica de política y se donde se sostenía que la crisis económica era producto de una “sobrecarga de demandas” hacia el Estado. En consonancia con los economistas de moda, sus recomendaciones fueron polémicas: reencauzar las demandas hacia ámbitos municipales o privados, privatización y descentralización de las funciones estatales. Finalmente, “El choque de civilizaciones”, publicado en *Foreign Affairs*, convertido luego en libro, provocó gran revuelo.

¹⁵⁹ Huntington, Samuel. Op cit. página 74.

¹⁶⁰ Huntington, Samuel. Op cit. página 76.

otros, donde los militares comparten las mismas pautas jurídicas, no existen códigos militares separados, éstos pueden agremiarse y rigen las mismas leyes civiles para todos. Las autoridades civiles ejercen el “control subjetivo” de las fuerzas armadas y no se reconoce un profesionalismo militar autónomo.

La política es una función del estadista y el soldado debe estar subordinado a la autoridad legítimamente constituida en la sociedad democrática. Dijimos que Huntington parte de la fórmula *clauswitziana*: la guerra es la continuación de la política por otros medios. Esta fórmula, entrega el mando del Estado al gobierno y reserva el saber militar para los soldados. La política es la inteligencia del Estado en acción y la fuerza es el instrumento. El Estado es el responsable de la vida y seguridad de la sociedad y el administrador de sus recursos. Los soldados no participan de la administración y se limitan a obedecer las órdenes del Estado para proteger a los ciudadanos. El modo óptimo de que los militares cumplan con su deber es el profesionalismo. Un cuerpo de elegidos y seleccionados se separan de la vida normal y se encierran a trabajar para perfeccionar su maestría en arte y ciencia militar. Deben ejercitar su cuerpo y educar su moral en valores trascendentes, como el honor, el coraje, el patriotismo, hasta alcanzar un grado de disciplina y entrega ilimitados, el de dar hasta la propia vida en bien de su nación.

Estas características, dice el autor, los emparentan con los monjes que se retiran a un monasterio a dedicarse a crecer espiritualmente para mejor servir a Dios. El profesionalismo constituye un novedoso esquema que presenta al militar como un médico o ingeniero, que debe adquirir conocimientos y deberá aplicarlos cuando sea requerido. Los militares deben destacarse por sus conocimientos específicos, el sentido de la responsabilidad que los lleva a trabajar sin esperar demasiadas recompensas materiales, un sentido corporativo y un fuerte compromiso con la comunidad. ¿Cuál es ese conocimiento específico? el manejo racional de la violencia. También el planeamiento, la organización, pero lo que distingue a un oficial es la aplicación de la violencia en la guerra. Aquí Huntington se pregunta si alguien desearía ser intervenido quirúrgicamente por alguien que no fuera médico. La respuesta es obvia y se aplica a que el que conduce un combate debe estar preparado psíquica y espiritualmente, así como poseer el conocimiento para manejar las variables de la guerra. En estas pautas Huntington deposita el éxito en la Segunda Guerra Mundial: “*Hasta aquí, en lo que respecta a las decisiones mayores en política y estrategia, los militares dirigieron la guerra.*”¹⁶¹

Eliot Cohen discutirá esta afirmación y presentará sus tesis de que la guerra debe ser conducida enteramente por las autoridades políticas, pero lo cierto es que, en el debate de los 80, cuando se votó la ley Goldwater- Nichols de reorganización de la Secretaría de Guerra, la postura de Huntington mantuvo plena vigencia. Como admite Cohen, esa ley que incrementó el poder del Estado Mayor Conjunto y rebajó el poder de los estados mayores de las fuerzas armadas y aún avanzó sobre la Secretaría de Defensa. Los legisladores incorporaron explícitamente la esencia de la teoría *huntingtoniana* y su lectura de la historia americana. El Estado Mayor Conjunto pasó a proveer un asesoramiento más centralizado y autónomo a los líderes civiles, especialmente al Presidente de la Nación.¹⁶² El argumento de Cohen es que este esquema de Huntington funciona en épocas de paz pero sufre turbulencias durante la guerra, como expuso al describir los exitosos casos de liderazgo en la guerra de Abraham Lincoln, Winston Churchill y Judah Ben Gurion. En esas guerras, la separación nítida del cuerpo de oficiales y las autoridades no se evidenció. Analizaremos el estado de la cuestión en el siguiente punto.

¿Cómo se define la mentalidad de un militar? “*La ética militar enfatiza la permanencia de la irracionalidad, la debilidad y el mal de los asuntos humanos. Pone acento en la supremacía de la sociedad sobre el individuo y en la importancia del orden, la jerarquía y la división de funciones. ... Acepta el Estado nación como la forma más elevada de organización política y reconoce la continua posibilidad de guerra entre Estados nación. Exalta la obediencia como la más alta virtud de los militares. ... Es pesimista, colectivista, inclinado hacia la historia, nacionalista, militarista, pacifista e instrumental con respecto a su profesión. Es, en breve, realista y conservador.*”¹⁶³ En lo demás, es un ciudadano normal, cumple la ley y vive en sociedad como cualquiera. Sin embargo, cuando compara las características de los habitantes de West Point, la Academia del Ejército de EEUU y los habitantes del barrio donde se encuentra la Academia, resulta poco menos que risueño, por las diferencias que observa. La tensión entre las pautas liberales de la sociedad civil y el cuerpo militar se presenta como un conflicto en ciernes, debido a la militarización ocurrida durante la guerra entre los usos de la sociedad civil y las necesidades o imperativos “funcionales” de los militares. El profesionalismo diluiría esta tensión; los militares debían dedicarse a sus quehaceres, sin interferir en las cuestiones de administración, en manos de los civiles.

Campos gravitatorios confusos

¹⁶¹ Huntington, op cit. Página 315.

¹⁶² Cohen, Eliot. *Supreme Command. Soldiers, Statesmen and Leadership in Wartime.* The Free Press. New York. 2002. Página 229.

¹⁶³ Huntington, Samuel. Op cit. página 68.

Dijimos que Eliot Cohen ha discutido el tema en “Supreme Command”, aplicando la teoría del control civil objetivo a la conducción de la guerra. La postura de Cohen es funcional a la mentalidad neo-conservadora y su libro parece escrito para sustentar el *decisionismo* de Bush, sobre la base de las lecciones aprendidas en la guerra de la conducción de grandes líderes como Lincoln, Churchill o Ben Gurion.¹⁶⁴ Su interrogante básico es quién conduce la guerra y su respuesta es, el estadista. En crudo, no existen dudas sobre esto pero la teoría de Huntington es más compleja. Los estadistas deben oír las recomendaciones de los profesionales militares. Para Huntington, éstos deben formar una clase de ciudadanos alejados de la sociedad civil, educados y entrenados bajo valores muy parecidos a los que predicaba Clausewitz, como el honor, el servicio a la nación, el coraje, la austeridad y la obediencia a sus superiores. Estos valores los colocan fuera de toda duda sobre su patriotismo. Los oficiales de estado mayor de la *Kriegsschule*, como bien describe Huntington, trabajaban en silencio, sin brillo y humildemente pero debían tener el carácter para hacer conocer su opinión honestamente, aun cuando su mensaje pudiera no gustar a las autoridades civiles. Esto es discutido por el historiador Allen Guttman, quien considera a los líderes militares estadounidenses alejados del prototipo “aristocrático” que propone Huntington. Como ejemplo, menciona el caso del general Stonewall Jackson quien, ante un comentario de un subalterno sobre el dolor que le causó matar a valientes, comentó “No, mátenlos a todos No deseo que sean valientes.”¹⁶⁵

Luego, Cohen describe la refutación de Morris Janowitz, quien pensaba que los militares debían evolucionar hacia fuerzas *constabularias*, parecidas a grandes fuerzas policiales o Guardias Nacionales. “*He draws a distinction between heroic leaders, who embody traditionalism and glory, and military managers, who are concerned with the scientific and rational conduct of war*”. Janowitz propone “*what he calls a constabulary concept of officership –one dedicated to the limited use of force in carefully defined circumstances*.”¹⁶⁶ En 1977, Charles Moskos, por su parte, sostuvo que los militares habían iniciado una lenta transformación de una institución “legitimada en términos de valores y normas” a otra “legitimada en términos de mercado, prevaleciendo las recompensas monetarias, por competencias equivalentes.”¹⁶⁷ De nuevo, la crítica de Cohen apunta a que ni Guttman, ni Janowitz, ni Moskos, discuten las relaciones cívico-militares en un período de guerra. Recuerda el autor la disidencia de Samuel Finer, que decía que Huntington había subestimado la importancia del control civil de las fuerzas armadas por cuanto la experiencia indicaba que los militares están siempre tentados de tomar el poder, como fue el caso del general MacArthur y de algunos generales rebeldes al mando inglés durante la Primera Guerra Mundial.¹⁶⁸ Lo cierto es que MacArthur fue destituido inmediatamente por Harry Truman y, a pesar de que a su regreso fue recibido como un héroe, nadie lo defendió. Es decir, un ejemplo claro de que la teoría de Huntington funcionó, aun en períodos de alta tensión.

Finalmente, Cohen recuerda a los nihilistas estratégicos, cuyas opiniones discutiremos cuando analicemos la obra de Sir John Keegan. A pesar de esas opiniones divergentes, la vida militar continúa de la misma manera en los Estados Unidos, como lo reconoce Cohen. Cita al periodista Tom Ricks “*It is almost a Japanese version of America –relatively harmonious, extremely hierarchical, and nearby always placing the group above the individual.*” Continúa Cohen: “*With its distinctive way of life on self-contained bases, perhaps anachronistic commitment to service, discipline and honor continue to pervade an institution that, for example, will still penalize a senior officer for adultery – a sin usually overlooked by the civilian society.*”¹⁶⁹ Los comentarios de Cohen son interesantes y al final del día, apoyan la teoría de Huntington como un pilar esencial de la normativa jurídica de su país. Vemos también, que en periodos de guerra, el tema vuelve a debatirse.

En efecto, el debate de estos temas, en un país que posee gran experiencia en guerras, ha ascendido nuevamente a la agenda pública. Ya en la guerra de Kosovo, el general Wesley Clark puso de manifiesto que su acción se vio seriamente dificultada por las autoridades de Washington, que condicionaron su estrategia¹⁷⁰. Con lo ocurrido en Irak, se agudizó el debate. Sin vulnerar la regla de oro constitucional que fija el control de las autoridades civiles sobre las fuerzas militares, frente al pantano de Irak, los analistas se preguntaron por donde pasaba el límite de la responsabilidad en asuntos de guerra. Durante el proceso de planeamiento de la operación, el Jefe del Estado

¹⁶⁴ Cohen, Eliot. *Supreme Command. Soldiers, Statesmen and Leadership in Wartime*. The Free Press. New York. 2002. Los textos de Robert Kagan y Victor Hanson van en la misma dirección, como *The Utility of War*. The Quarterly Journal of Military History, donde dice “*While we hope reason and negotiation can insure peace, only wars have proven to create or preserve it.*”

¹⁶⁵ Cohen, Eliot. Op cit. página 230.

¹⁶⁶ Cohen, Eliot. Op cit, página 231.

¹⁶⁷ Cohen, Eliot. Op cit, página 231.

¹⁶⁸ Cohen, Eliot. Op cit, página 233.

¹⁶⁹ Cohen, Eliot. Op cit. Página 240.

¹⁷⁰ Clark, Wesley. *Winning Modern Wars*. Public Affairs, New York, 2003. Como dijimos antes, a poco de iniciarse el conflicto, el presidente Clinton anuncio públicamente que no habría una invasión terrestre a Kosovo y hacia el final, como ocurrió con el general Westmoreland en Vietnam, Clark, procónsul en Europa, debía consultar al Secretario de Defensa, William Perry sobre los blancos de los bombardeos. Al fin del conflicto, Perry lo retiró de su puesto antes del plazo reglamentario. En este libro, Clark presenta su postura, tenuemente crítica. Anteriormente, hubo sólo dos casos de conflictos graves de este tipo, el del general Mc Clellan en la guerra de Secesión y el del general Mc Arthur, en la guerra de Corea. En ambos casos, el presidente los retiró del servicio.

Mayor del Ejército, general Eric Shinseki, manifestó frente al Senado que era necesario emplear 380.000 hombres para obtener el éxito. El Secretario Rumsfeld maltrató e irradió del servicio activo a Shinseki y ordenó que se emplearan 150.000 hombres solamente. De manera personal, influyó en el planeamiento de detalle de la operación militar propiamente dicha. Rumsfeld se entrometió especialmente en la Fase 3 de la operación, referida a la post - invasión, que fue la que falló.

Hoy se pueden observar las consecuencias de aquellas decisiones e influencias y se discute hasta donde los militares deben aceptar que los funcionarios del poder político se involucren en aspectos específicamente militares. Como dijimos, en los Estados Unidos la responsabilidad primaria del cumplimiento de la misión de las Fuerzas Armadas recae en las autoridades del gobierno, siendo el máximo responsable el Comandante en Jefe, que es el Presidente. Los jefes militares, profesionales de las armas de la Nación, comparten esta responsabilidad y tienen la obligación de hacer conocer, en tiempo y forma, la realidad a las autoridades. De lo contrario, como ocurre hoy, pueden ser sindicados como co-responsables por el fracaso de la operación de Irak, siendo acusados de no hacer conocer acabadamente la realidad desde el punto de vista profesional.¹⁷¹.

Por las noticias de Afganistán, aparentemente las cosas han cambiado. Cuentan que el teniente general Stanley McChrystal, comandante de las fuerzas militares en Afganistán presentó un informe confidencial de 66 páginas al Congreso, donde dejó claro que si no se cumplían sus recomendaciones, los Estados Unidos se arriesgaban a una derrota. Este general, que corría seis millas por día para ir al trabajo, es conocido por su vida de asceta y se acerca a los ideales del cuerpo profesional militar de Huntington y su comparación con el monasterio. Abstemio, duerme pocas horas, se entrena diariamente en el gimnasio y come una sola vez al día.¹⁷² Ha conformado un cuerpo de oficiales de *elite* de alrededor de 400 hombres que lo asesoran y van a rotar entre su país y Afganistán por tres años; de esa manera, siempre recibirá asistencia de gente que conoce el terreno y asume un fuerte compromiso con el éxito de la misión. Este sistema es novedoso y solo se aplicaba en las Fuerzas Especiales, de donde lo extrajo McChrystal. Además de sus capacidades militares, hizo pasantías en Harvard y en el Council on Foreign Relations en Nueva York. Como segundo, eligió a un general de tres estrellas, el teniente general David Rodríguez, que es su amigo desde hace treinta años, cuando eran capitanes jefes de compañía de Rangers.¹⁷³ Anteriormente, se desempeñaba como Jefe del Comando Conjunto de Operaciones Especiales, cuyos éxitos más importantes fueron la captura de Saddam Hussein y la muerte de Al Zarfawi, en Irak, donde condujo personalmente muchas operaciones.¹⁷⁴ En la actualidad, ordenó un ataque masivo al santuario talibán de Marja, empleando 15.000 hombres de la OTAN, aplicando una variación de la nueva doctrina contrainsurgente de Petraeus, su jefe. Para cuando termine el combate, McChrystal tiene listo un gobierno civil para instalar en Marja, con especialistas en administración y más de 1900 policías para mantener el orden. “No tendremos otra Fallujah” dijo el comandante, recordando la batalla en Irak en noviembre de 2004 que dejó la ciudad totalmente destruida. El jefe de los Marines en el teatro, Brigadier Larry Nicholson, afirmó que la población no era el enemigo, sino el premio “Es por la población que estamos aquí”. McChrystal espera establecer un escenario donde se organice el gobierno, la única manera de ganar la guerra. Como asesores, tiene a destacados académicos como Anthony Cordesman, Stephen Biddle, Andrew Exum, Jeremy Shapiro, de la Brookings Institution, Terry Kelly, de la Rand y el general retirado del SAS Graeme Lamb.¹⁷⁵ Continuaremos con esta reflexión cuando hablemos de Martin van Creveld. Ahora vayamos en pos de una palabra muy valorada en el estudio de las causas de la guerra, Stanley Hoffmann.

¹⁷¹ Desch, Michael. *Bush and the Generals*. Foreign Affairs, mayo/junio 2007. Comentarios posteriores en Myers, Richard y Khon, Richard; Owens, Mackubin Thomas; Corp, Lawrence y Desch, Michael. *Salute and Disobey*. Foreign Affairs, septiembre/octubre 2007.

¹⁷² The New York Times. *No food for Thought: The way of the Warrior*. James Dao. 17 de mayo de 2009.

¹⁷³ The New York Times. *US Commander in Afghanistan is given More Leeway*. Thom Shanker y Eric Schmitt. 11 de junio de 2009.

¹⁷⁴ Newsweek. *The Hidden General*. Michael Hirsch y John Barry. 26 de junio de 2006.

¹⁷⁵ The New York Times. Stanley McChrystal. 17 de febrero de 2010.

Stanley Hoffmann

Un autor importante de las Relaciones Internacionales que reflexionó sobre el tema que nos ocupa es Stanley Hoffmann. En su libro “Jano y Minerva”, presentó textos escritos a lo largo de veinticinco años donde “*la concepción central en estos ensayos es la que Hobbes y Rousseau desarrollaron y que todas las constancias de la historia sugieren. La política internacional es un “estado de guerra”, una competición de unidades en estado de naturaleza que no conocen otras restricciones que aquellas impuestas por las cambiantes necesidades del juego y las superficiales conveniencias de los jugadores. Obviamente, existen oasis de verdadera paz, y periodos en los cuales la competición es menos feroz, pero, como he tratado de sugerir, el “estado de guerra” es el aspecto dominante en las relaciones internacionales.*”¹⁷⁶ Este párrafo expresa el pensamiento de este autor realista, que hace de la moderación la virtud esencial para un mundo peligroso. Distinto del extremismo neo-conservador de la era Bush, cuyos resultados están a la vista, especialmente la impronta que Rumsfeld impuso a los problemas de guerra y paz, Hoffmann discute las postulaciones de Hobbes y Rousseau, como la mayoría de los analistas interesados en estos problemas, de manera similar a lo ya expuesto por Hobsbawm, Negri y Hardt. Las ideas de Rousseau sobre la guerra y la paz, dispersas en varios escritos, son potentes en un mundo donde, como dice Hoffmann, “*la misma institución, el Estado, celebrada como la fuente de orden, la libertad y la moralidad para los ciudadanos, también ha resultado ser una fuente de caos internacional y por consiguiente, de peligro físico y agonía moral.*”¹⁷⁷

Para Rousseau, como para Hobbes, la creación de la sociedad civil no permite la violencia entre individuos (intra específica, dirían los etnógrafos) pero así como es posible lograrlo al interior de los Estados, no resulta factible establecerlo en el escenario internacional. Allí, dice Hoffmann, “*junto con Hobbes, reconoce que el criterio que distinga la política mundial de la política de una sociedad civil es la posibilidad siempre presente de la violencia que él, igual que Hobbes, llama “estado de guerra, se esté o no de hecho, desarrollando la guerra*”¹⁷⁸ Más adelante, dice que para Rousseau, la guerra no es una necesidad o un impulso humano, pues el hombre no es social por naturaleza: “*uno mata con un fin de ganar; ningún hombre es tan feroz que trate de ganar con el fin de matar. “La guerra es una institución social, de ahí la insistencia de Rousseau sobre la idea de que las guerras son por naturaleza, contiendas entre estados (es decir cuerpos artificiales) pero no entre individuos y por consiguiente, debían ser librados como tales.*”¹⁷⁹ Opinión muy distinta a la de Azar Gat, autor que discutiremos más adelante, quien analiza las conductas caníbales como un antecedente del origen de la guerra. Rousseau sostiene que “*solo la violencia organizada entre grupos consolidados merece ser llamada guerra. La guerra es una condición permanente que requiere relaciones constantes*”. Además, “*la raíz de la guerra entre estados es la desigualdad entre naciones y la desigualdad entre los hombres tiene límites más nítidos que la desigualdad de los Estados.*”¹⁸⁰

La intensidad de la guerra es también una característica diferencial, dice Rousseau en el discurso sobre la desigualdad: “*Hay más asesinatos en un día de batalla que los que hubo por siglos en el estado de naturaleza*”. Hoffmann marca una diferencia entre ambos autores contractualistas afirmando que para Hobbes el conflicto internacional puede mitigarse porque las “razones de estado” pueden transformarse en intereses comunes. Rousseau no acepta esta lógica realista y expone argumentos que ocuparán un lugar clave en la teoría política internacional. Se puede mitigar el conflicto mediante acuerdos, regulando el comercio internacional, aplicando el derecho internacional, en el cual no confía plenamente, pero considera un aspecto importante a fomentar. Rousseau sostiene que el comercio engendra la paz y que existe la posibilidad de auto-control de los Estados para evitar la guerra. Estas premisas están en la base del internacionalismo liberal de nuestros días, a pesar de remarcar que el estado de guerra es la característica del escenario internacional y que las restricciones basadas en intereses comunes son ficticias. Esta descripción *rousseauiana* es según Hoffmann, “*un cuadro aterrador de la política mundial*”¹⁸¹

Ahora bien, para salir de esta jungla no se sugiere el establecimiento de un Estado mundial. Todo lo ideal que resulta la sociedad del contrato social, es de peligrosa en el ámbito internacional. La solución del problema de la guerra no será el nacionalismo, a pesar de que los jacobinos y el propio de Gaulle así lo creyeron, sino un mundo de pequeñas repúblicas compuestas por ciudadanos virtuosos que combinen el amor propio con la compasión. Buenos Estados alejan el fantasma de la guerra, diría Rousseau; los constructivistas de hoy dirían, mejoremos las sociedades y mejorará el escenario internacional. Rousseau sostiene también que se puede mitigar al conflicto

¹⁷⁶ Hoffmann, Stanley. *Jano y Minerva*. Gel. Buenos Aires, 1987, Página 9.

¹⁷⁷ Hoffmann Stanley. *Rousseau sobre la guerra y la paz*. En “Jano y Minerva”, Página 38.

¹⁷⁸ Hoffmann, Stanley, Op cit Página 41.

¹⁷⁹ Hoffmann, Stanley, Op cit Página 42.

¹⁸⁰ Hoffmann, Stanley, Op cit Página 43.

¹⁸¹ Hoffmann, Stanley, Op cit Página 47.

mediante la observancia de los “*principios verdaderos de la ley de la guerra*”, que parte de la base de que la guerra es un enfrentamiento entre Estados, no entre hombres. El segundo modo de suavizar el conflicto es crear “*confederaciones*” para que los pequeños estados sean “*cuertos en medio de locos.*”¹⁸² “*El mundo ideal de pequeños estados autosuficientes y auto-centrados, gobernados por la voluntad general, es una solución al problema de la paz sólo porque es una evasión de la política, el ideal de Rousseau es utópico.*”¹⁸³ dice Hoffmann. Para nuestro autor, Rousseau no estaba dando una solución sino una advertencia sobre la imposibilidad de un gobierno mundial.¹⁸⁴

Más adelante, en el último ensayo del libro, el autor debate las contribuciones que el científico social puede hacer al tema de la guerra. Dice “*quien quiera que estudie las causas de la guerra tal como fueron vistas por los pensadores políticos o reveladas por la historia, y el lugar que ocupa la guerra en los sistemas internacionales y en la política exterior llega a conclusiones contradictorias, ninguna de las cuales es reconfortable. Por un lado, los pensamientos o acciones de los hombres demuestran que la guerra es (o ha sido) un fuego que casi cualquier cosa(o cualquier combinación de cosas) puede encender y alimentar. Incontables factores biológicos, psicológicos, materiales y políticos pueden dar forma a sus contornos. En todas las sociedades, los conflictos estallan debido a la escasez, a menudo material y siempre psicológica. Pero la contienda entre grupos que se perciben intensamente diferentes entre sí y cuya lealtad es hacia sí mismos, prepara el terreno para la violencia y la guerra está ahí para servir como un método de acción disponible y como una válvula de escape para la pasión, como un instrumento del cálculo de ganancias, importadas de los sueños y delirios de los grandes, los temores y la fe de la mayoría.*”¹⁸⁵

El autor destaca la escasez como un elemento crucial, que influencia fuertemente el comportamiento social. También, recuerda las inequidades y la fragmentación del mundo, explicaciones que muchas veces no son suficientes. A veces las guerras estallan por un error de la diplomacia, otras por la fuerza de los hechos políticos que, encadenados, colocan a los estados en una situación imposible de manejar, como la Primera Guerra Mundial. O la falta de reflejos frente a lo nuevo, que impulsó a líderes cansados de la guerra anterior a intentar apaciguar a Hitler, sin saber que eso llevaba a la Segunda Guerra Mundial. Hoffmann habla de tres cuestiones importantes para estudiar la guerra. La primera, la cuestión de la libertad versus la necesidad. Se pregunta: “*¿qué margen de opción, que impacto sobre los acontecimientos tienen los hombres en la historia? ¿Son meramente peones de las fuerzas compulsivas comparables a las leyes de la física –necesitá-o son la manifestación fortuita de la fortuna?*”¹⁸⁶

Aquí, naturalmente, surge el rechazo hacia lo que Popper llamaba el historicismo, esa fe en la determinación, en los procesos históricos que el austriaco deploraba en Hegel y Marx. Surge también el *dictum* de Maquiavelo: el Príncipe debe tener “*virtú e fortuna*”. Los acontecimientos suceden y los Estados deben responder pero de ninguna manera está determinado en qué dirección avanzará o retrocederá la historia. Las guerras ocurren a veces por accidente, pero nada convierte a un proceso en irreversible. No hay leyes en la historia. Justamente, la segunda cuestión enunciada por nuestro autor es la ausencia de un patrón o dirección de la historia: “*¿pueden encontrarse en el registro histórico de las guerras la que los franceses llaman un sens, una dirección o patrón y un significado, una manera de hacer inteligible una forma particularmente frecuente, destructiva y catastrófica del comportamiento humano, no simplemente explicando sus causas, sino también encontrando en su desenvolvimiento y efectos una lógica, una fuerza convincente o compulsiva que la salva de ser meramente todo sonido y furia?*”¹⁸⁷ Decimos entonces que, si bien resulta difícil encontrar un sentido a las guerras ya ocurridas, es posible encontrar semejanzas entre las narraciones. Lo que el historiador o el analista aprenden de allí, como en la literatura (Hoffmann describe como Tolstoi reflexiona sobre estos interrogantes en *Guerra y Paz*) no le servirá para prevenir una guerra pero le dará una mayor comprensión de los acontecimientos bélicos.

La tercera cuestión que plantea Hoffmann se refiere a la contribución del científico social a la discusión sobre la guerra: “*¿son sus herramientas útiles para manejar temas mayormente filosóficos? El trabajo cotidiano de los científicos sociales (el estudio empírico de los acontecimientos sociales) no puede sino provocar tales preguntas a menos que la ciencia social quede reducida a una mera compilación de pequeñas investigaciones, a un mero olfato al ras de la tierra, sin una mirada siquiera al cielo.*”¹⁸⁸ Con respecto a la primera cuestión, la dirección y significado, el autor sostiene que no existe un orden y “*la búsqueda de un sens conduce a un callejón sin salida*”. El significado de los hechos humanos es ambiguo, como en la tragedia. No se puede juzgar separadamente a los

¹⁸² Hoffmann, Stanley, Op cit Página 53.

¹⁸³ Hoffmann, Stanley, Op cit Página 53.

¹⁸⁴ Hoffmann, Stanley, Op cit Página 58.

¹⁸⁵ Hoffmann, Stanley. *El sonido y la furia. El científico social versus la guerra en la historia.* Op cit. Página 417/418.

¹⁸⁶ Hoffmann, Stanley, Op cit Página 418.

¹⁸⁷ Hoffmann, Stanley, Op cit Página 418.

¹⁸⁸ Hoffmann, Stanley, op cit Página 418.

actores. En tanto individuos, no actuaron como “peones del destino”, lo hicieron movidos por sus intereses, quizás engañados o ignorantes. La historia es un cementerio de hombres y el sentido de las acciones de cada muerto no puede conocerse. Hoffmann cita a Philip Rieff: “*la guerra no es solo la repentina válvula de escape de impulsos bárbaros, reprimidos por la sociedad y el Estado en tiempos ordinarios sino el resultado de la identificación del hombre con una sociedad y un Estado; lo que es denunciado como una regresión o represión por el psicólogo (que mira desde afuera) es experimentado por el ciudadano como el precio a pagar por las ganancias morales y psicológicas que él debe a la sociedad por la preservación de una comunidad, sólo en la cual se siente capaz de realizarse a sí mismo*”¹⁸⁹ Reflexión escrita durante la guerra fría, puede aplicarse hoy a los soldados que pelean las guerras siguiendo las órdenes de sus autoridades nacionales.

Hoffmann advierte también sobre la posición de los pacifistas al estilo Brecht, con cuyo discurso es fácil simpatizar, condenando al soldado por hacer la guerra. Condena que a veces oculta el cinismo: “*Los pacifistas (y los brechtianos) son lúcidos porque están fuera*”, dice nuestro autor. Quienes están dentro de la tragedia de la guerra pueden ser peones del destino o rehenes de un destino ciego y sanguinario, pero no pueden guiarse por las pautas morales del que observa desde afuera. El significado de sus actos es ambiguo, en un mundo donde la tragedia de la guerra no cesa y el soldado es siempre el peón de la historia. Más aún, en la guerra de hoy, como describe Hoffmann, “*donde prevalece el asesinar sin riesgo, el matar en el anonimato y la negación de la humanidad del enemigo, los sacrificios de conciencia exigidos por la lealtad nacional han alcanzado un nuevo pico... Si a la guerra total le sucediera la guerra nuclear en gran escala, la tragedia se vería acompañada no meramente por la ambigüedad sino por el absurdo puro y simple*”¹⁹⁰

El autor reflexiona sobre el papel de las sociedades y la guerra, comparándola con fenómenos impactantes, como las revoluciones, que cambian historia de los pueblos. Aquí también destaca la ambigüedad de la tragedia. En cuanto al comportamiento de los Estados, reflexionando sobre las características de la naturaleza del escenario internacional, dice: “*para el científico social, parece haber un significado claro. Estudia las contiendas de las unidades en un estado de naturaleza, pero en un estado de naturaleza profundamente diferente, en un aspecto, al de los filósofos. En este último, la violencia estaba, o bien ausente (Rousseau), o más usualmente, era el resultado de la ausencia de la sociedad civil (Hobbes, Locke, Montesquieu, Kant) es decir, la violencia era social. En el estado de naturaleza internacional (igual que en la sociedad de facto de Rousseau) la violencia es la consecuencia directa de la sociedad civil.*”¹⁹¹

El autor menciona la paradoja descrita antes por Suganami, la violencia es *asocial* porque marca la inexistencia de una sociedad mundial pero es *social* por ser un instrumento al alcance de los Estados. Para Hoffmann, la definición de la guerra tiene sentido en la competencia interestatal y posee una lógica que Clausewitz reconocía, “*la de un choque de ambiciones en políticas antagónicas. De este modo, la guerra deriva su significado a la vez de la naturaleza de la sociedad política que la impone: los tipos de visiones perseguidos por los estadistas, los tipos de objetivos fijados por ellos de acuerdo con sus visiones, los tipos de cursos de acción (o políticas) elegidos con el fin de alcanzar los objetivos, los elementos de poder disponibles y de la naturaleza del sistema internacional.*”¹⁹²

Es sabido que quienes toman decisiones de guerra y paz son jugadores parcialmente ciegos, no conocen toda la situación, no pueden abstraerse a las presiones internas y externas, no pueden evitar sus propias emociones y están convencidos que están en el buen camino, cuando elijen un curso de acción. Bien diferente al psicólogo, al filósofo, al novelista o a los hombres del llano, como bien destaca Hoffmann: “*Cada participante vive de la inseguridad, toma sus decisiones en base a juicios que son apuestas aventuradas antes que predicciones y perpetúa a través de sus propias acciones el círculo vicioso de los riesgos y la incertidumbre.*”¹⁹³ Y, nuevamente, la ambigüedad de la tragedia, llevada a su pico más alto por la guerra total, la guerra absoluta *clauswitziana*, recuerda el autor. La guerra sale de madre, se desconecta de la realidad, deja de ser herramienta y se convierte en el amo. La conclusión de Hoffmann, “*el sentido de la guerra es ambiguo y trágico y la humanidad ha entrado a una fase en la cual la tragedia puede hacer desaparecer el sentido*” y se pregunta si “*¿son los individuos, las sociedades, los líderes, capaces de dominar su destino?*” Necesidad o libertad, indeterminación, capacidad de actuar, de operar frente a la realidad, grados de libertad del hombre frente a la guerra, estos conceptos restringen la posibilidad de descubrir las causas de la guerra. ¿Tenían los habitantes de Melos mucha libertad para elegir su propia destrucción?; ¿eligieron bien? ¿Convino a Grecia destruirlos o, a la larga, minó su prestigio frente al resto de las colonias? Sir John Keegan cierra su historia de la Primera Guerra

¹⁸⁹ Hoffmann, Stanley, Op cit Página 422.

¹⁹⁰ Hoffmann, Stanley, Op cit Página 423.

¹⁹¹ Hoffmann, Stanley, Op cit Página 425.

¹⁹² Hoffmann, Stanley, Op cit Página 425.

¹⁹³ Hoffmann, Stanley, Op cit Página 426.

Mundial con estas palabras: “*The First World War is a mystery. So it is course. Why did a prosperous continent, at the height of its success as a source and agent of global wealth and power and at one of the peaks of its intellectual and cultural achievements, choose to risk all it had won for itself and all it had offered to the world in the lottery of a visions and local internecine conflict? Why, when the hope of bringing the conflict to a quick and decisive conclusion was everywhere dashed to the ground within months of its outbreak, did the combatants decide nevertheless to persist in their military effort, to mobilize for total war and eventually to commit the totality of their young manhood to mutual and essentially pointless slaughter?*”¹⁹⁴

En la tragedia de la guerra, dice Hoffmann, es el *hybris*, la desmesura, la que hace perder a los participantes el dominio de la escena, que limita la libertad de acción. Aquí: “*el buen líder es el que impone sobre la incertidumbre su propia elección. El mal líder es aquel que desencadena acontecimientos más allá de toda esperanza razonable de control o que pierde el control sobre los acontecimientos que estaban dentro de sus posibilidades razonables.*”¹⁹⁵ Los líderes tienen una responsabilidad inmensa en cuestiones de guerra. Quien toma la decisión ejerce su libertad, el soldado es un peón de ese tablero, su libertad para influir es poco o nada. Quienes tomaron la decisión de ir a la guerra de las Malvinas, un cataclismo en nuestra historia, tenían una gama de posibilidades muy amplia para elegir. El soldado que murió combatiendo en Tumbledown, enfrentó su destino con las pocas herramientas que tenía, es *aquel muerto sin cara porque la pisó y la borró la batalla*....

¹⁹⁴ Keegan, John. *The First World War*. Pimlico, London, 1999. Página 456.

¹⁹⁵ Hoffmann, Stanley, Op cit Página 427.

Sir John Keegan

Hay otra vertiente que recomienda el análisis cultural de la causas de la guerra. Esta corriente intelectual entiende la guerra como un fenómeno inserto en un contexto cultural, como una manifestación social y cultural de una civilización y sostiene que la violencia es una característica de los seres humanos que el paso de los años no ha atemperado. Todavía hoy, en lugares tan alejados unos de otros como el Medio Oriente y África, se verifica que los hombres emplean medios violentos para buscar la consecución de sus deseos. Para esta visión, para comprender el conflicto, debe comprenderse la cultura de la civilización donde ocurre el hecho bélico. Un eminente historiador inglés, Sir John Keegan, llegó a la conclusión de que las causas de la guerra son culturales, más que políticas. En una obra extensa, donde se destaca la “Historia de la guerra”, este profesor de Sandhurst criticó la postura de Clausewitz, un autor a quien detesta y no se preocupa en ocultarlo, sosteniendo que el prusiano simplemente identificaba la guerra con el Estado. En el texto mencionado, Keegan conceptualiza la guerra como producto cultural de determinadas civilizaciones.

Keegan analiza la evolución de varios pueblos primitivos, los “*yanomano*” que viven entre Brasil y Venezuela, sobre los márgenes del río Orinoco; los “*maring*”, habitantes de Nueva Guinea, que sostenían batallas incruentas de carácter ritual; los “*maories*”, habitantes de Nueva Zelanda, que “*hacían la guerra para repartir entre los más fuertes las tierras de los débiles: pero su plan de guerra era comerse el enemigo caído (salvo la cabeza, que conservaban como trofeo). Esta discrepancia entre lo que hacían los sujetos de la etnografía y lo que los antropólogos concluyen que era el verdadero propósito de sus acciones, ha dado lugar al más agrio debate académico. Para los historiadores militares está claro que la cultura maorí se basaba en venganza.*”¹⁹⁶

Esta cita revela la base de las referencias del autor, los descubrimientos etnográficos y antropológicos, que él analiza detalladamente en el capítulo denominado “Piedra”. Allí, discute las teorías de los principales autores, empezando por Freud, Konrad Lorenz (un autor muy criticado por su postura frente a la agresión, la territorialidad de los animales y fundamentalmente, el concepto de raza) Ardrey y Fox, dedicados a estudiar la conducta de los animales, los etnógrafos Latifau y Demeunier, quienes supusieron que la guerra era una actividad intrínseca de las sociedades primitivas. También, refiere la teoría de Ruth Benedict, discípula de Franz Boas, sobre las sociedades apolíneas o autoritarias y la dionisiacas o permisivas. Con el trabajo de Margareth Mead se fortalece la corriente del “determinismo cultural”, refiere el autor. Luego, los “funcionalistas estructurales”, con Bronislaw Malinowski a la cabeza, que emprendieron un estudio minucioso de las sociedades en estado primitivo, buscaron probar que “la estructura subyacía a la función”. El debate de estas disciplinas recrudesció con la intervención de Claude Levi-Strauss, quien sostuvo que la estructura era más importante que la función.

Keegan se apoya en estas disquisiciones difíciles de probar, para sostener el carácter cultural de la guerra. Nuestro autor recorre la vida y las investigaciones del antropólogo estadounidense Harry Turney-High, quien postuló, contra la opinión de sus colegas como Margareth Mead (quien negó que la guerra fuera inherente a los pueblos primitivos) que la guerra “*era una actividad universal cuyo origen se pierde en los tiempos.*”¹⁹⁷ Sus escritos posteriores, que según Keegan lo convierten en un *clauswitziano* ortodoxo, son descalificados por el historiador inglés, en especial la idea de la “guerra civilizada”. Con el tiempo, estas ideas fueron admitidas por los antropólogos, inicialmente ofendidos porque habían sacado al hombre del paraíso del Edén. En Estados Unidos se produjo una fiebre de las investigaciones antropológicas en todos los continentes, destinándose cuantiosos recursos a financiar estudios donde los científicos se dedicaron a preguntarse por la violencia de los pueblos primitivos, mediante costosos trabajos de campo. Las exposiciones sobre los resultados de esos trabajos de campo son presentadas por Keegan, especialmente lo descubierto sobre los mencionados pueblos *yanomano*, *maring*, *maories*, *aztecas* (especialmente atractivo por su descripción de los rituales de ejecución de sacrificios humanos) pasando luego a un análisis pormenorizado de los orígenes de la guerra desde los *hominidos*, hasta los pueblos de la antigüedad. En su introducción, Keegan dice: “*la antropología nos dice y la arqueología sugiere que nuestros antepasados civilizados eran sanguinarios mientras que el psicoanálisis trata de persuadirnos de que en todo hombre anida un salvaje en lo más profundo de su ser... Consideramos la cultura como el factor esencial de la conducta humana... Somos animales culturales y es la riqueza de nuestra cultura lo que nos sirve para aceptar nuestra innegable capacidad para la violencia, convencidos, no obstante, de que su brote es una aberración cultural.*”¹⁹⁸

Keegan reniega de las enseñanzas de Clausewitz. Como hemos dicho, para este autor, el prusiano es un oficial criado en un regimiento donde recibió una educación y una formación que resumía la cultura de su entorno.

¹⁹⁶ Keegan, John. *Historia de la guerra*. Planeta. Barcelona, 1995. Página 141

¹⁹⁷ Keegan, John. *Historia de la guerra*. op cit página 122.

¹⁹⁸ Keegan, John. op cit. Página 22.

Además, fue testigo y víctima de las guerras napoleónicas y pergeñó su obra sobre las base de estas experiencias. La racionalidad *clauswitziana*, para Keegan, estaba teñida por estas experiencias e impregnada de la cultura de la época. Para el autor inglés, la guerra no es solo política sino la cultura del pueblo y gobierno enfrentados en el conflicto bélico: “*Clausewitz era un hombre de su época, un hijo de la Ilustración, contemporáneo del romanticismo alemán, intelectual, reformista activo, hombre de acción, crítico de una sociedad y apasionado creyente de la necesidad de cambio. Era un agudo observador del presente y un devoto del futuro: Pero lo que no supo ver fue lo arraigado que estaba en su propio pasado, el pasado de la clase de oficiales profesionales del Estado centralista europeo. Si su mente hubiese dispuesto de otra dimensión intelectual (y no se puede que poseía una mentalidad nada corriente) habría sido capaz de percibir que la guerra implica mucho más que la política y que siempre es una expresión de la cultura, mucha veces un determinante de las formas culturales y, en algunas sociedades, la cultura en sí.*”¹⁹⁹

Un ejemplo paradigmático de la tesis de Keegan es presentado por el autor al referir lo ocurrido con la civilización polinesia que habitó en la isla de Pascua, que durante mucho tiempo fue un misterio. A diferencia de otras islas, como Tahití, descritas por Bougainville como el Edén, en Pascua la civilización se extinguió, aparentemente, a causa de un conflicto violento que terminó en mortandad generalizada. La cultura de los nativos se degeneró al punto de convertirse en un solo propósito autodestructivo: guerra endémica y canibalismo, según relatos del marino holandés Roggeveen. Estas descripciones son enfrentadas a la tesis política de Clausewitz sobre el origen de la guerra y, según Keegan, no tienen ningún poder explicativo. Para él, la guerra es cultura. En este trabajo, sin embargo, hemos remarcado que hay una categoría que el autor inglés no termina de insertar, para que haya política, debe haber Estado. Tal vez los polinesios se mataron en la isla de Pascua porque su cultura se degeneró pero esa explicación no se aplica a sociedades organizadas en Estados, donde existe la política.

La “Historia” de Keegan es una tesis contra el “tratado” de Clausewitz: las raíces de la guerra son algo más profundas que la continuación de la política. En la introducción y conclusión, presenta esta tesis con elocuencia y los capítulos internos grafican una descripción importante de la evolución bélica, la importancia de la tecnología en el arte de la guerra, que Clausewitz desdeñó, las formas de guerra asiática y el modo occidental de hacer la guerra, que constituye un hallazgo que merece ser destacado. Azar Gat, un historiador israelí que desarrolla su investigación en la línea marcada por Keegan, dice: “*In his History of Warfare, John Keegan rightly criticized Clausewitz for equating warfare with the state. In opposition to Clausewitz, he also argued that the reason of war is “cultural” rather than merely “political”, in the sense that they express a far broader causal array, reflecting a society’s whole way of life, identity, religion and ideology.*”²⁰⁰ Gat es el próximo autor que analizaremos.

Eliot Cohen considera a Keegan un nihilista de la estrategia: “*... John Keegan, is perhaps the most widely read of the late twentieth century military historian; each in different ways questions or even repudiates strategy in our sense of harnessing war to political end.*”²⁰¹ Este descrédito de la estrategia se encuentra en una serie de autores, empezando por Tolstoi, a quien Hoffmann atribuía la descripción descarnada de la tensión entre azar y necesidad en Guerra y Paz, y continúa a través de aquellos que no comparten la visión *clauswitziana*. Además de Keegan, Cohen menciona a Gerard Ritter y a Russel Weigley, historiadores alemán y estadounidense, respectivamente. Cita a Ritter: “*Clausewitz theory of war predicates statesmen whose character are utterly pervaded by impulses of grandeur, heroism, honor, national power and freedom, men who are motivated by calm political reason far above petty intrigue or advantage rather than by blind hatred. He further presupposes soldiers accustomed to regard themselves as loyal servants of their supreme commander, never in danger of being ruled by political ambitions or jealousies, military men to whom the thought does not even occur that they might oppose their sovereign warlord or exploit popular support for their own purposes.*”²⁰² En esta idea, según Cohen, Keegan rechaza el control civil de Huntington porque la estrategia es incompatible con la naturaleza humana: “*I am increasingly tempted towards the belief that there is no such thing as strategy at all.*”²⁰³ Dice Cohen: “*Keegan rejects what he terms the clausewitzian model of war – one which involves the rational control of violence to serve political ends – because he believes that the human implementers of strategy and not simply the instrumentality of battle are intrinsically unsuited for their task. The warrior spirit is ineluctably opposed to politics and will take war in directions that make no political sense.*”²⁰⁴ Luego, dice el profesor inglés: “*War... need not imply politics, since the values of many of those who make war – warriorism – and warriors*

¹⁹⁹ Keegan, John. op cit. Página 31.

²⁰⁰ Gat, Azar. *War in Human Civilization*. Oxford University Press. New York, 2006. Página 670.

²⁰¹ Cohen, Eliot. *Supreme Command. Soldiers, Statesmen and Leadership in Wartime*. The Free Press. New York. 2002. Página 236.

²⁰² Cohen, Eliot. Op cit, página 236.

²⁰³ Keegan, John. *The Mask of Command*. Penguin. London. 1987, página 7.

²⁰⁴ Cohen, Eliot. Op cit, página 238.

respectively – reject deterrence and diplomacy for action.” Keegan llega a deslizar que la batalla ha desaparecido del mundo. En “*The Face of Battle*” dice que “*crece la sospecha de que la batalla se abolido a sí misma*”.²⁰⁵ Como vemos, descrece de la existencia de la estrategia y cree que la batalla ha desaparecido.

Keegan considera que la fórmula responde a una visión limitada del mundo, circunscripta al contexto en que Clausewitz nació y creció, el Estado prusiano y el regimiento. Estas influencias, sumadas a las campañas Napoleónicas que asolaron a su país, dominaron su pensamiento de manera tan estrecha, que no le permitió observar la guerra en otros contextos. Keegan busca superar estas limitaciones buceando en la guerra fuera de Europa, diferenciando el modo occidental de hacer la guerra del modo asiático. Para probarlo, estudió detalladamente el fenómeno bélico entre los mamelucos y los samuráis, además de los pueblos indígenas de América. Desmerece la obra de Clausewitz diciendo que su teoría no explica la guerra revolucionaria, tampoco la disuasión nuclear o las operaciones contra crímenes actuales como el narcotráfico. Según Clausewitz, “los soldados luchan y mueren por intereses nacionales” pero Keegan replica que éstos no son juicios ni principios universales inamovibles. No tienen en cuenta el rol preponderante que juega la cultura en todos los fenómenos sociales, incluyendo a la guerra.

No es posible concordar con Keegan desde una perspectiva de la teoría democrática porque esto significaría destruir la estructura sobre la que ésta descansa, con respecto a los soldados, el control civil objetivo de las fuerzas armadas por parte del gobierno. Aceptar la designación del soldado profesional como un guerrero es retrotraernos a una época pre-moderna y sus implicancias son inaceptables. Además, no caben dudas de que la función del soldado es la que Clausewitz describió hace dos siglos, alcanzar los objetivos fijados por la política. Es cierto que muchas veces la ideología influye decisivamente, como ha demostrado Omer Bartov, en su libro “*Hitler’s Army*”, donde refuta la antigua visión de la Wehrmacht como un ejército profesional alejado de la influencia nazi. Bartov sostiene que lo que convirtió al ejército alemán que invadió Rusia en una máquina militar impresionante fue precisamente la ideología del régimen, que él detecta a través de documentos irrefutables como los diarios de guerra, informes y la correspondencia de todo nivel, oficiales, suboficiales y soldados, junto al temor a la ejecución por parte de la propia tropa, en caso de defección²⁰⁶. El autor revela cómo el pueblo más ilustrado de Europa pudo convertirse en una maquinaria feroz y sanguinaria, capaz de cometer los peores crímenes, convencidos de la corrección de su causa y convencidos hasta el fanatismo de que la verdad estaba del lado de su líder. Frente a los descubrimientos de Bartov, el modelo del profesionalismo militar de Huntington cobra mayor relieve; es, definitivamente, esencial a la democracia liberal. A pesar de estas diferencias teóricas, la obra de Keegan es altamente valorada por la erudición histórica y su conocimiento de las ciencias del hombre, lo que se plasma en una visión muy interesante del fenómeno bélico. John Keegan debe ser el historiador de la guerra que más libros ha vendido y sus puntos de vista gozan del prestigio de la tradición de la escuela inglesa, que ha dado nombres singulares a la Academia.

²⁰⁵ Keegan, John. *The Face of Battle*. Viking. New York 1976. Página 336.

²⁰⁶ Bartov, Omer. *Hitler’s Army. Soldiers, Nazis and War in the Third Reich*. Oxford University Press. New York, 1992. El autor sostiene que fueron ejecutados entre 13.000 y 15.000 alemanes. Ideología y temor a los propios superiores parece ser la clave de su voluntad de pelear tan ferozmente.

Azar Gat

Otro autor que dedicó muchos años a investigar y escribir sobre las causas de la guerra es el israelí Azar Gat. Como resultado de estas investigaciones, publicó un libro monumental, *“War in Human Civilization”*. A través de más ochocientas páginas, el autor profundiza el análisis de los descubrimientos más recientes de la antropología, la psicología, la etnografía, la paleontología y de las ciencias sociales en general, partiendo de la pregunta de por qué la gente se compromete en la mortal y destructiva actividad de pelear. En un estilo de escritura brillante, expone sus reflexiones apoyándose en una vasta erudición, otorgándole a la obra un gran valor académico pero también un poderoso atractivo para el lector común. Su visión central es muy cercana a la de John Keegan, sosteniendo que las explicaciones clásicas no bastan para comprender porque los seres humanos, desde los primeros grupos de que se cuenta con referencia empírica válida, se matan entre sí. Aplica Gat teorías del comportamiento biológico y de la etología, ciencia que estudia el comportamiento de los animales y los extrapola a los seres humanos, animales superiores en la escala de la vida. Detrás de la puja por el poder, de las razones políticas, Gat ve las motivaciones humanas más profundas, que son las que llevan a pelear las guerras. *“The quest of power is indeed central to politics and is hotly pursued (as realists hold) but this so precisely because power is the universal and vital means through which somatic and reproductive resources can be defended or won.”*²⁰⁷

Vemos que nombra a los realistas, se refiere a los realistas de las Relaciones Internacionales, a quienes dedica una extensa refutación, básicamente diciendo que la teoría realista, los análisis de los tres niveles o imágenes de Waltz, las explicaciones de las causas de la guerra basadas en las presiones del dilema de seguridad, son insuficientes: *“Indeed, as seen earlier, people’s needs and desires - which may be pursued violently - as well as the resulting quest for power and state of mutual apprehension that fuels the ‘security dilemma’ are all moulded in human nature (some of them existing only as options, potentials and skills in a behavioral ‘tool kit’) they are so moulded because of strong evolutionary pressures that have shaped humans in their struggle for survival over geological time, when all the above literally constituted matters of life and death”*.²⁰⁸ Más allá de Gat, la crítica más común a la visión realista sostiene que si el contexto del escenario internacional es anárquico, caracterizado por la lucha por el poder entre Estados que persiguen sus intereses nacionales, desde esta metodología no es posible agregar conocimiento al campo científico. Dicho de otro modo, la perspectiva del realismo clásico da cuenta de lo que es permanente, de lo que no cambia, de lo que siempre será igual, lo que impide distinguir qué clase de conocimientos aporta. Los “mapas” o fotografías de la situación entre los actores que se exponen sirven para tener una idea clara de lo que pasa en un momento determinado, pero puede caer en lo que se ha llamado *“hiperfactualismo”*, error caracterizado por la recopilación excesiva de datos, sin arriesgar una explicación más abarcativa o alguna probable evolución. El realismo clásico suele presentar una buena descripción pero sin avanzar demasiado sobre la explicación. Autores tan importantes como Morgenthau, y Raymond Aron, herederos de la tradición alemana, formados en el *“comprensivismo”*, basaban sus percepciones en una erudición muy importante, producto de lecturas de muchos años, fundamentalmente de la Historia, lo que les permitía enunciar *“conexiones de sentido”* en la realidad contemporánea que observaban sobre la base de la experiencia del pasado.

Gat también refuta la visión *clauswitziana*, según destaca Fernández Vega, especialmente su concepto del duelo, en un libro de gran densidad donde analizó la evolución del pensamiento estratégico de la época moderna: *“Más adelante, se propondrá un itinerario histórico de los malentendidos y de las deficientes definiciones e interpretaciones a las que ha dado lugar la figura del duelo y, en general, la teoría de Clausewitz durante el siglo XX. Por el momento bastará aclarar que entre los críticos, Azar Gat ha sido quien más insistió en el carácter real del duelo. Para él, la concepción clauswitziana de la guerra se hallaría presidida por un imperativo que prescribe la destrucción del enemigo (Azar Gat, *The Origins of Military Thought from the Enlightenment to Clausewitz*, Oxford, Clarendon Press, 1989) Las opiniones de Gat no se inspiran, como las de Scarry en una visión humanista, sino que pretenden ofrecer una lectura filológica opuesta a la de intérpretes supuestamente condescendientes que habrían buscado ofrecer la imagen de un buen Clausewitz vis-a-vis las interpretaciones capciosas de sus sucesores militaristas (Moltke, Foch, Ludendorff) quienes, según Gat, lejos de adular su legado, habrían reconocido la esencia de su mensaje (...)*²⁰⁹

La guerra es, para Gat, una continuación de los deseos y motivaciones profundas del ser humano, por otros medios. Aunque reconoce que el advenimiento de la revolución industrial y sus avances tecnológicos, que devinieron en la civilización occidental, una sociedad liberal que ha reducido la ocurrencia de la guerra, las motivaciones son las mismas, el temor ante los extraños que genera alarma, hostilidad y movilidad emocional,

²⁰⁷ Gat, Azar. *War in Human Civilization*. Oxford University Press. New York, 2006. Página 668.

²⁰⁸ Gat, Azar. op cit página 669.

²⁰⁹ Fernández Vega, José. Op cit, página 150.

existiendo una grave amenaza en las acciones hostiles intra-específicas, contra las cuales los seres humanos, obedeciendo una racionalidad alcanzada a través de la evolución, se sostiene vigilante y, si se ve abrumadoramente afectado, pelea. Teoría evolucionista, psicología profunda, mutación de las especies, son para Gat explicaciones más validas que las aportadas por los teóricos políticos y científicos sociales. Freud, en “El malestar de la cultura”, describe el hombre como un ser dominado por los instintos, básicamente el instinto sexual y también por la agresión. Si por el hombre fuera, se aparearía con cuanta mujer se le cruzara o mataría a sus semejantes de buena gana, cuando interfieren en la consecución de sus deseos. No lo hace, fundamentalmente, por que tiene un freno, la cultura. En su semántica especial, con brillantez, el genio de Viena expuso una concepción de la vida humana que explica los fenómenos psíquicos de manera persuasiva. Con respecto a la guerra, considera que es causada por los instintos agresivos del ser humano que no pueden ser contenidos. Dice Freud en la carta de respuesta de Albert Einstein éste donde lo invita a trabajar en el seno de la Sociedad de las Naciones: “*La pulsión de muerte deviene pulsión de destrucción cuando es dirigida hacia afuera, hacia los objetos, con ayuda de órganos particulares... Es decir, el ser vivo preserva su vida destruyendo la ajena, por así decirlo... De lo anterior extraemos esta conclusión para nuestros fines inmediatos: no ofrece ninguna perspectiva pretender el desarraigo de las inclinaciones agresivas de los hombres.*”²¹⁰ Apoyándose en estas teorías y en otras muy atractivas, Azar Gat busca la piedra filosofal de las causas de la guerra. Así, toda la tradición de discurso filosófico occidental debe considerarse secundaria, a pesar de la profundidad alcanzada por la filosofía política, a pesar de los avances de la discusión de las Relaciones Internacionales, lo que explica la guerra es la evolución de la especie humana, que siempre pelea y lleva en sus genes y en su cerebro, los indicadores de la respuestas de luchar o huir. Obviamente, en este trabajo se cuestiona esta afirmación. El psicoanálisis es un desarrollo asombroso que ha traído al hombre muchas ventajas y beneficios, al igual que el avance de los estudios de la bioquímica del cerebro. Pero esos conocimientos no desmerecen las observaciones de hombres sabios en áreas tan esenciales como las ciencias sociales, la ciencia política, las relaciones internacionales, la historia. El propio Freud lo dice en su carta a Einstein: “*Luego me sorprendió usted con el problema planteado: que puede hacerse para defender a los hombres de los estragos de la guerra. Primero me aterré bajo la impresión de mi – a punto estuve de decir “nuestra” – incompetencia, pues me pareció una tarea práctica que es resorte de estadistas.*”²¹¹

Otra afirmación interesante de Gat es que la guerra, como institución humana, se acerca a su fin histórico. Según el autor, la humanidad ha alcanzado un grado de desarrollo tecnológico que hace que la lucha por los recursos ya no sea necesaria, por lo que la guerra pierde utilidad. La guerra se mantendría sólo como una manera de canalizar la agresividad humana. Esta agresividad es una tendencia natural que el hombre heredó de sus ancestros homínidos y éstos de los animales. El hombre, animal superior, evidencia tendencias innatas que son muy fuertes para manejarlas y se ubican en la parte del cerebro que compartimos con otras especies del reino animal. A modo de ejemplo, describe el canibalismo como uno de los antecedentes de la guerra. El canibalismo, típico de los animales, es una conducta que revela la agresión “intra-específica” y el autor tiende a valorar estas explicaciones genéticas sobre las conductas sociales. Éstas serían adaptaciones ocurridas en el proceso de evolución. Así, puede colocar el origen de la guerra en los enfrentamientos tribales o entre grupos de cazadores recolectores, cuyo comportamiento expone detalladamente. Es posible marcar aquí una generalización errónea, puesto que la guerra no es equivalente a los crímenes comunes de una ciudad u otros actos de violencia social. Guerra tribal no es equivalente al concepto actual de guerra.

Hay aquí otra debilidad conceptual ya que, al identificar guerra con cualquier comportamiento violento, puede sostener que la misma ha precedido a la formación del Estado, un punto de vista que este trabajo pretende discutir. Existe una relación directa entre la conformación del Estado y la guerra, como afirmaron los filósofos políticos que hemos mencionado anteriormente. Los grupos de poblaciones primitivas no conformaban sociedades en el sentido estricto y mucho menos, Estados. Los grupos primitivos de subsistencia no tenían sentido de territorio y los esclavos se mezclaban rápidamente con sus captores, lo mismo que las mujeres raptadas (no se puede hablar de un modo de producción esclavista) Al no existir intereses territoriales o económicos, móviles políticos en general, no se pueden confundir las guerras de los cazadores recolectores con la guerra.

²¹⁰ Freud, Sigmund. Porque la guerra (Einstein y Freud). En Obras completas. Amorrurtu. Buenos Aires, 2006. Tomo XXII, páginas 193, 194 y 195.

²¹¹ Freud, Sigmund. Op cit, página 187.

Debate antropológico

El concepto de mito, tabú, intercambio, entre otros aportes de Levi-Strauss, científico respetado que murió en 2009, calaron hondo en la comunidad académica. Pierre Clastres, un antropólogo que murió joven, discutió algunas afirmaciones de Levi-Strauss en un artículo interesante: “*Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas.*” En el texto, Clastres dice que existen pruebas obtenidas por observadores y científicos de que las poblaciones primitivas fueron violentas. Se pregunta si esta violencia, que llegaba a su forma más brutal con la guerra, estaba inscrita en el código biológico de los seres humanos, en tantos animales superiores, era producto de la escasez de bienes de los ambientes donde estos grupos habitaban o, como sostenía Levi-Strauss, era producto de un intercambio fallido. Se pregunta Clastres: “¿*Qué resulta, para Levi-Strauss, de la relación entre guerra y sociedad? La respuesta es taxativa: “Los intercambios comerciales presentan guerras potenciales resultantes de tasaciones malogradas”. Entonces, no solo la guerra se inscribe en el campo de lo sociológico, sino que recibe su ser y su sentido último del funcionamiento específico de la sociedad primitiva: las elaciones entre comunidades (poco importa si son tribus, bandas, grupos locales) son, para empezar, comerciales y que haya paz o guerra entre tribus depende que triunfen o fracasen esos emprendimientos comerciales.*”²¹²

El prestigio de Levi – Strauss, un autor *oceánico*, cuya importancia en el mundo de la ciencia y la filosofía no pueden discutirse (Tristes Trópicos es uno de los libros más interesantes y bellos del siglo XX) sin embargo, sus investigaciones sobre la guerra en los pueblos primitivos no son muy amplias. Dice Clastres: “*La problemática de la guerra es encarada sólo en un texto de Levi-Strauss: allí analiza las relaciones que aquella entabla, entre los indios de América del sur, con el comercio. La guerra se encuentra claramente ubicada en el ámbito de las relaciones sociales.*” *Entre los nambí kura, como indudablemente en numerosas poblaciones de América precolombina, guerra y comercio siguen siendo actividades que es imposible aisladamente*. Y también: “*En América del sur, los conflictos bélicos y los intercambios económicos no sólo constituyen dos tipos de relaciones coexistentes, sino antes bien los dos aspectos, opuestos e insolubles, de un solo e idéntico proceso social*”.²¹³ Sigue Clastres: “*Por ende, según Levi-Strauss, no se puede pensar la misma guerra en sí misma, pues no posee especificidad alguna propia; y, lejos de requerir un examen específico, ese tipo de actividad no puede comprenderse más que, al contrario, en “la continuidad propia de los elementos del todo social”. Dicho de otro modo, en la sociedad primitiva no existe autonomía para la esfera de la violencia*”.²¹⁴ Agrega: *El discurso acerca de la sociedad primitiva basado sobre la noción de intercambio se equivoca al querer subsumir integralmente esa sociedad en el intercambio en dos aspectos diferentes pero vinculados lógicamente. Para comenzar, ignora o se niega a reconocer que las sociedades primitivas, lejos de buscar siempre la extensión del espacio de intercambio, tienden por el contrario a reducir constantemente su alcance. Más tarde, desconoce la real importancia de la violencia, pues la prioridad y la exclusividad otorgadas al intercambio llevan, de hecho, a abolir la guerra. Nosotros decidimos que equivocarse respecto de la guerra es equivocarse respecto de la sociedad. Creyendo que el ser social primitivo es ser para el intercambio. Levi-Strauss llega a decir que la sociedad primitiva es sociedad contra la guerra: la guerra es intercambio desafortunado. Su discurso es muy coherente, pero falso. la contradicción no es inmanente a ese discurso; Lo contrario a la realidad sociológica, etnográficamente legible, de la sociedad primitiva es de por sí tal discurso. Lo primordial no es el intercambio. Es la guerra, inscrita en el modo de funcionamiento de la sociedad primitiva. La guerra implica alianza; la alianza conlleva intercambio*”²¹⁵

Clastres sostiene que el estado de guerra es permanente en el hombre primitivo, demostrado por variados testimonios de viajeros y científicos, lo que convertía a esos grupos en pequeñas tribus en guerra pero renuentes a conformar sociedades o a acumular poder en una sola persona. “*La posibilidad de la violencia se inscribe por anticipado en el ser social primitivo; la guerra es, una estructura de la sociedad primitiva, no el fracaso accidental de un intercambio malogrado. A ese estatuto estructural de la violencia responde la universalidad de la guerra en el mundo de los salvajes*”.²¹⁶ Los hombres primitivos eran reticentes a la acumulación de poder por parte del jefe, quien hablaba en nombre de la ley antigua y mandaba sobre el peso de la tradición pero nunca podía asumir el control total. Los hombres vivían en comunidades, sostiene Clastres, existía una totalidad del grupo y el individuo que se separaba, moría. “*Comunidad que se asegura el dominio sobre su territorio amparada por la divisa de la ley, garante de su indivisión: esa es la índole de la*

²¹² Pierre, Clastres. *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2004. Página 34.

²¹³ Pierre, Clastres. Op cit. Página 32 y 33.

²¹⁴ Pierre, Clastres. Op Cit. Página 33.

²¹⁵ Pierre, Clastres. Op Cit. Página 65 y 66.

²¹⁶ Pierre, Clastres. Op Cit. Página 55.

sociedad primitiva. Ya la dimensión territorial incluye el vínculo político, desde el momento en que es exclusión del otro”.²¹⁷

La guerra se produce solo si hay Estado, es decir, si hay intereses políticos en juego. Las sociedades primitivas no se movían por intereses políticos, concepto inherente al Estado moderno. El autor se pregunta: “¿Qué es el estado? Es el signo consumado de la división en la sociedad, en tanto es el órgano separado del poder político: a partir de ese momento, la sociedad se divide entre quienes ejercen el poder y quienes lo padecen. La sociedad ya no es un nosotros indiviso, una totalidad una, sino un cuerpo fragmentado, un ser social heterogéneo”.²¹⁸ Y: “¿que es la sociedad primitiva? Es una multiplicidad comunidades indivisas que obedecen, sin excepción, a una misma lógica de lo centrífugo. ¿Qué institución expresa y asegura la permanencia de esa lógica? La guerra, como verdad de las relaciones entre las comunidades, como principal medio sociológico para promover la fuerza centrífuga de dispersión contra la fuerza centripeta de unificación. Por su parte, la máquina de guerra es el motor de la máquina social; el ser social primitivo reposa en toda su extensión sobre la guerra. A mayor guerra, menos unificación y el mayor enemigo del Estado es la guerra. La sociedad primitiva es sociedad contra el Estado, por cuanto es sociedad para la guerra”.²¹⁹ Entonces, ¿qué función cumplía, para nuestro autor, la guerra en la sociedad primitiva? “La permanencia de la sociedad primitiva pasa por la permanencia del estado de guerra, la aplicación de la política interior (mantener intacto el nosotros indiviso y autónomo) pasa por la puesta en marcha de la política exterior (estrechar alianzas para hacer la guerra): la guerra reside en el núcleo íntimo del ser social primitivo; ella, no otra, constituye el auténtico motor de la vida social. Para poder pensarse como nosotros, hace falta que la comunidad sea un tiempo indivisa (una) e independiente (totalidad): la indivisión interna y la oposición externa se conjugan, cada cual como condición de la otra. Como llegara a cesar, el corazón de la sociedad primitiva dejaría de latir. La guerra es un fundamento, la vida misma de su ser, su finalidad: la sociedad primitiva es sociedad para la guerra, su esencia es ser guerrera.”²²⁰

Pero al mismo tiempo, al convivir, cada individuo mantenía su libertad. Lo opuesto al Estado, concepto propio de los filósofos políticos que plantearon el contrato social como medio para salir de la guerra de todos contra todos, el estado de naturaleza. Por lo tanto, el concepto de guerra es considerado como una situación que puede darse entre sociedades organizadas como lo que actualmente se conoce como Estado. Los grupos primitivos se enfrentaban violentamente, como muestran las investigaciones mencionadas, por intereses particulares, por bienes, por comida, por hostilidad mutua o por mujeres, pero no iban a la guerra. “¿Cuál es la función de la guerra primitiva? Garantizar la persistencia de la dispersión, del fraccionamiento, de la automatización de los grupos. La guerra primitiva es obra de una lógica propia lo centrífugo, de una lógica de la separación, que se expresa de tiempo en tiempo en el conflicto armado. La guerra sirve para mantener a cada comunidad en su independencia política. Habrá tanta autonomía como guerra haya: por eso no puede, no debe cesar; por eso es permanente. La guerra es el modo de existencia privilegiado de la sociedad primitiva por cuanto se reparte en unidades sociopolíticas iguales, libres e independientes: si los enemigos no existen, habría que invocarlos”.²²¹

Este texto puede servir para abonar la tesis de Keegan sobre las causas de la guerra, inscriptas en las sociedades primitivas. Sin embargo, el autor sostiene el punto de vista *hobbesiano*: “Incapaz de pensar en el mundo primitivo como un mundo no natural, Hobbes fue, como contrapartida, el primero en ver que la guerra no puede pensarse sin el Estado, que uno debe pensarlos en una relación de recíproca exclusión. Para él, el lazo social se instaura entre los hombres gracias a ese “poder común que tiene a todos a su merced”. El Estado está en contra de la guerra. ¿Qué es lo que aporta como contrapunto la sociedad primitiva, en tanto espacio sociológico de la guerra permanente? Repite, invirtiéndolo, el discurso de Hobbes, proclama que la máquina de dispersión funciona contra la máquina de unificación, nos dice que la guerra es contra el Estado”.²²² Decimos, para cerrar esta discusión, si hay Estado de guerra, no puede hablarse de sociedad. Serán enfrentamientos primarios que cuando aparece el Estado, deben desaparecer. Un argumento fuerte de esta tesis es que hoy ya no existen sociedades primitivas, existen Estados, por las que las causas de la guerra son eminentemente políticas.

La película más taquillera de la historia, *Avatar*, de James Cameron refleja la ambigüedad que hemos tratado de iluminar, que surge al mezclar los marcos teóricos de las ciencias humanas como la antropología, la etnografía y

²¹⁷Pierre, Clastres. Op Cit. Página 50.

²¹⁸Pierre, Clastres. Op Cit. Página 74 y 75.

²¹⁹ Clastres, Pierre. Op cit. Página 77.

²²⁰Pierre, Clastres. Op Cit. Página 72.

²²¹ Pierre, Clastres. Op Cit. Página 72 y 73.

²²²Pierre, Clastres. Op Cit. Página 78 y 79.

aún el estudio del ambiente, la ecología, con la ciencia y la filosofía política. Los habitantes de Pandora, los *Na'vi*, son un pueblo pacífico, en contacto con su entorno de manera vital y son presentados bajo los parámetros de aquellas disciplinas. Los hombres que invaden el planeta, soldados mercenarios que responden a una corporación interestelar y científicos que desean conocer la civilización *Na'vi*, se mueven por intereses económicos, materiales y científicos. El mineral que yace bajo el suelo de la aldea *Na'vi*, cuyo control pretenden los invasores terrestres, que ya han devastado nuestro planeta y deben expandirse a través del universo, constituye un interés comercial y estratégico. La batalla final muestra el enfrentamiento entre estos dos universos conceptuales, el duro y frío de la economía y la política, con el *naïve* de la etnografía y la ecología. Al mismo tiempo, en el final se muestra que se va a la guerra por causas políticas, aun cuando la sociedad *Na'vi* es pacífica y ecológica, cuando su territorio es invadido, cuando está en riesgo su vida, van a la guerra total, empleando todos los recursos disponibles.

Martin van Creveld

En 1989 el coronel de la Infantería de Marina William Lind, junto a otros, publicaron un artículo en la revista de los Marines: “El rostro cambiante de la guerra: hacia la cuarta generación”, en el año en que empezaba a terminar la Guerra Fría.²²³ Enunciaron los primeros rudimentos de la guerra asimétrica, donde un pequeño número de combatientes podía causar daño en la “retaguardia” enemiga. Este tipo de conflicto se alejaba del esquema tradicional, al disminuir la importancia del nivel operacional y el acrecentamiento de las acciones tácticas. Este artículo hablaba de la insurgencia o conflicto de baja intensidad. Lind explica su idea: “Características tales como la descentralización e iniciativa se conservan de la Tercera en la Cuarta Generación, pero en otros aspectos la Cuarta Generación señala el cambio más radical desde la Paz de Westfalia. En la Guerra de Cuarta Generación, el estado pierde su monopolio de la guerra. Alrededor del mundo, las FF.AA. se hallan hoy luchando en contra de oponentes no estatales tales como al-Qaeda, Hamas, Hezbollah y las FARC. En casi todos los lugares, el estado está perdiendo. La Guerra de Cuarta Generación también está caracterizada por un retorno al mundo de culturas, y no simplemente estados en conflicto. Ahora nos hallamos enfrentando el más antiguo y firme adversario del mundo occidental cristiano—el Islam.”²²⁴

Si bien una de las herramientas más comunes de las ciencias sociales es la clasificación, no debe esperarse una en este trabajo. Clasificar la guerra en “generaciones” puede servir para la difusión ante el gran público o para generar una doctrina que pueda ser utilizada de manera acrítica en períodos de gran confusión. Clasificar en un tema tan amplio nos puede hacer caer en el idioma analítico de John Wilkins, ya que se pueden proponer clasificaciones atractivas que, sin embargo, revelen sólo la propia ideología o simplificaciones que sirvan de guía y motivación. Un punto importante del que partimos es que la guerra no se repite y, por lo tanto, la clasificación es inconveniente. Sin embargo, de hecho, los escritos de Lind y sus colegas han servido de base para una elaboración importante de documentos en los Estados Unidos, impulso intelectual que llega hasta el Manual de Contrainsurgencia de David Petraeus²²⁵ y a las últimas versiones de los reglamentos de Operaciones y de Operaciones de Estabilidad de las fuerzas armadas estadounidenses. En este texto, una pieza que revela de manera cristalina el pensamiento militar estadounidense, se refirma la importancia de factor humano en la guerra. El comandante militar es presentado casi como un intelectual que habla lenguas extranjeras, comprende la historia, maneja las ciencias sociales y tiene nociones de antropología. Cada brigada expedicionaria agrega a su estado mayor una célula de profesionales de estas ciencias que asesoran al comandante en aquellos aspectos de la cultura que él desconoce. En el manual citado se abandona la norma de que Estados Unidos no hace “Nation Building” y los últimos acontecimientos en Afganistán lo confirman. Petraeus sostiene que una operación militar incluye un manejo integral de las cuestiones sociales y culturales.

La ciencia, a veces, es utilizada para amparar acciones que, a través del prisma de la moral, nunca serían toleradas. Alguna vez se mencionó que la antropología fue inventada por los ingleses cuando se vieron obligados a comprender a las nuevas culturas que se incorporaban al Imperio. Era el Modelo Antropológico Clásico, con el científico vestido como el personaje de la “La rosa púrpura del Cairo” con el casco de corcho, impoluto y sin mezclarse con los nativos. Era ese imperialismo definido con tres palabras, Birmingham (la producción industrial que debía encontrar mercados) Livingstone (el explorador que simboliza el espíritu emprendedor del imperio) y la Biblia (justificación moral del mandato de evangelización del orbe) Luego, la Antropología de la Descolonización presentó visiones alternativas, a veces justificando la barbarie y el atraso, en nombre del relativismo cultural. También, el desarrollo la ciencia política, la economía y las relaciones internacionales se dispararon en Estados Unidos, como algunos creen, por la necesidad de comprender el mundo al que ingresaron, finalizada la Segunda Guerra Mundial. Recordemos al Secretario de Defensa de Kennedy y luego de Johnson, Robert McNamara, un empresario experto en *management* que fue convocado para cambiar las cosas en la Defensa²²⁶. En nombre de la racionalidad, llevó adelante un proceso de modernización, racionalización de gastos y manejo de las acciones militares de acuerdo a las pautas de gerenciamiento empresario, mientras combatía contra un enemigo, Vietnam, que según las computadoras, no podía vencer nunca al poderío de los Estados Unidos. Este modo conocido como la “revolución McNamara en el Pentágono” terminó en una gran derrota, dejando más de 59.000 norteamericanos y millones de asiáticos muertos. Según reconoció en su libro “In

²²³ Lind, William S., (Coronel) Nigthengale, Keith, (Capitán) Schmitt, John F. (Coronel) Sutton, Joseph W. (Coronel) y Wilson, Gary I. (Teniente Coronel) *The Changing Face of War: Into the Fourth Generation*. Marine Corps Gazette (octubre de 1989), páginas 22-26. Publicado también en *Military Review* (octubre de 1989), páginas 2-11.

²²⁴ Lind, William. *Comprendiendo la guerra de Cuarta Generación*. *Military Review*. Fort Leavenworth, enero-febrero de 2005.

²²⁵ Petraeus, David. *Guía de Contrainsurgencia del Comandante de la Fuerza Multinacional Irak*. *Military Review*. Enero-febrero 2009. Este general, Máster y Doctor en Relaciones Internacionales de Universidad de Princeton, fue Comandante en Irak y es el actual Comandante del Área Estratégica Central de Estado Unidos, que conduce las operaciones en el Medio oriente y Asia Central.

²²⁶ Gaddis, John Lewis. *Estrategias de la contención*. GEL. Buenos Aires, 1989. “La idea se manifestó de manera más clara en el Pentágono de McNamara, donde el nuevo Secretario de Defensa instaló, ostentadamente, nuevas técnicas de manejo, basadas en el análisis sistémico y destinadas a posibilitar una mayor correlatividad entre la estrategia general y los instrumentos militares” Pág. 246.

retrospect” publicado en 1995, tanto él como su *staff* estuvieron “terriblemente equivocados”²²⁷. Otro ejemplo de estas aplicaciones de la ciencia, en este caso, la economía, es el de Walt Whitman Rostow, aquél de los ciclos económicos y el “*take off*”. Entre sus ideas, figuraba la necesidad de “inmunizar a los países del Tercer Mundo contra el comunismo”, para “*alterar las estructuras internas de las sociedades foráneas para permitirles así tolerar las inevitables presiones del cambio revolucionario sin tener que recurrir a soluciones comunistas*”²²⁸. Hoy, la guerra parece exigir conocimientos ampliados sobre el hombre, más allá de los progresos de los armamentos.

En 1991, tomando la idea de Lind, Martin Van Creveld, un profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén publicó “La Transformación de la Guerra”, una obra que alcanzó gran repercusión, desarrollando extensamente los conceptos sugeridos por Lind y sus colegas. El autor se hace el interrogante clásico, ¿a qué se debe la violencia organizada? El autor aprecia que la guerra, lejos de ser solamente un medio, con frecuencia es una finalidad en sí misma. Define a la guerra como “*una actividad sumamente atractiva, que aún no tiene sustituto adecuado*” en las sociedades contemporáneas. Como Keegan, cree que los Estados modernos se desarrollaron, en parte, gracias a sus capacidades para guerrear. En su libro analiza los conflictos librados después de la Segunda Guerra Mundial, y los define como conflictos de baja intensidad. La primera conclusión que saca es que gran parte de estos conflictos provocaron cambios importantes en la distribución interna o internacional del poder, tanto en China, Vietnam, Argelia o en África: la única excepción que destaca es la Guerra de los Seis Días. La mayoría de las guerras convencionales de las últimas décadas han terminado en un estancamiento o bien en la restauración del status quo anterior a la conflagración bélica. Pone como ejemplos a Corea, Vietnam, y la Operación *Desert Storm*. La segunda gran conclusión es que “*el Estado territorial, con un ejército convencional no ha logrado derrotar en forma decisiva los conflictos de baja intensidad*”. De allí, infiere que es necesario reflexionar sobre si ambos no se estarán volviendo obsoletos. Dice va Creveld: “*El presente volumen, además, tiene un mensaje, a saber: que el pensamiento “estratégico” contemporáneo sobre cada uno de estos problemas es fundamentalmente imperfecto y además, enraizado en una concepción del mundo “clauswitziana” que es tanto obsoleta como errónea. No estamos ingresando a una era de competencia económica pacífica entre bloques comerciales; si a una de las guerras entre grupos étnicos y religiosos. Aun las formas más conocidas de conflicto armado están siendo relegadas al arcón de los recuerdos, mientras que formas radicalmente nuevas están elevando sus cabezas listas para tomar su lugar. Hoy en día, el poder militar desplegado por las principales sociedades desarrolladas, tanto en “Occidente” como en “Oriente”, es casi irrelevante para cumplir con su tarea principal; en otras palabras, dicho poder militar es más una ilusión que una realidad. A menos que las sociedades en cuestión estén dispuestas a acomodarse en pensamiento y acción a las nuevas realidades, alcanzarán un punto donde ellas ya no serán capaces de emplear la violencia organizada. Una vez que hayan alcanzado esta situación, su supervivencia como una entidad política cohesiva será, incluso, puesta en duda.*”²²⁹

Van Creveld afirma que los conflictos predominantes, serán los de baja intensidad, enfrentando a grupos raciales, religiosos, sociales y políticos particulares, que no pueden ser controlados. El autor sostiene que la demanda más importante de toda comunidad política es la protección al ciudadano de la violencia. Si el Estado territorial, como él lo llama, no puede dar esa protección, no tiene futuro. Los estados débiles del Tercer Mundo serán los primeros en desaparecer pero también le ocurriría a Europa, Japón e incluso Estados Unidos, si no se actuaba para revertir la decadencia económica. Los sectores en pugna serían guiados por líderes carismáticos, en desmedro de las instituciones tradicionales. Las causas de la guerra había que buscarlas en lealtades fanáticas basadas en ideologías. El profesionalismo perdería sustancia.

²²⁷ Un testimonio extraordinario, que debería ser analizado por algún investigador, es el documental que ganó el Oscar del rubro en 2004, “Fog of the war” donde McNamara narra su vida, presentándose como un fanático anti belicista, al que sin embargo, todos conocemos como actor crucial en la guerra de Vietnam y en la crisis de los misiles de 1962. Surgen de allí los testimonios de cómo interactuaban los actores de la trinidad clauswitziana, el gobierno, el pueblo y el ejército. Miembro del staff del general Curtis Le May en Japón, cuenta como atacaron con bombas incendiarias, matando a 100.000 personas en una noche. Le May se justificaba diciendo que si hubieran perdido la guerra, hubieran sido juzgados como criminales. En la crisis de los misiles, Kennedy se negaba a atacar pero Le May insistía en que el pueblo no toleraría una derrota internacional y había que destruir a Cuba.

²²⁸ Gaddis, John Lewis. *Estrategias de la contención*. GEL. Buenos Aires, 1989. En marzo de 1961 escribió a Kennedy: “*debería ser posible, si trabajamos duro, que Argentina, Brasil, Colombia, Venezuela, India, Filipinas, Taiwán, Turquía, Grecia y, posiblemente, Egipto, hayan logrado un crecimiento auto sostenido para 1970 y que recurran a fuentes especiales internacionales sólo por un poco de capital*” Pág. 247.

²²⁹ van Creveld, Martin. *La transformación de la guerra*. Círculo Militar. Buenos Aires, 2007. página 15. Otro trabajo interesante del autor es *Fighting Power. German and US Army Performance, 1939-1945*. Greenwood Press. Connecticut, 1982. En este libro, el autor desarrolla un estudio comparativo de los rendimientos de ambos contendientes durante la segunda Guerra Mundial, mediante varios parámetros, como el carácter nacional, la relaciones entre ejércitos y sus sociedades, la doctrina, los principios de comando, la organización, el manejo de personal, el mantenimiento, las recompensas y castigos, las características de los suboficiales, el liderazgo de los oficiales, arribando a conclusiones interesantes.

Según este autor, la guerra evolucionó dejando atrás las enseñanzas de Clausewitz, especialmente la concepción de la guerra trinitaria. La guerra ya no se daría entre Estados: *“El universo clausewitziano descansa en la asunción de que la guerra es predominante hecha por Estados, o para ser exactos, por gobiernos. Hoy los estados son creaciones artificiales; cuerpos corporativos que poseen una existencia legal independiente del pueblo al cual pertenecen y cuya vida organizada reclaman representar. Como el propio Clausewitz estaba bien consciente, el estado, como lo entendemos, es una invención moderna. Sin embargo, hay siempre precedentes, ya que fue solo a partir de la paz de Westfalia en 1648 es que existe el estado; realmente por esta razón, entre otras, es que hoy hablamos de la “era moderna” como opuesta a todo lo anterior. Aun más, la mayoría de las regiones no europeas del mundo nunca conocieron al estado hasta que emergieron de los procesos de colonización y descolonización durante los siglos XIX y XX. Se sigue de ello que donde no había estados, tampoco existía la triple división en gobierno, ejército y pueblo. Igualmente, no sería correcto decir que en tales sociedades la guerra era hecha por los gobiernos empleando ejércitos, en nombre del pueblo o sus expensas.”*²³⁰

La “trinidad” clausewitziana estaba conectada directamente con el sistema Europeo de Westfalia, donde los Estados eran el eje del sistema y ostentaban el monopolio de la violencia. Al cambiar las circunstancias, la guerra perdía efectividad para dirimir los conflictos entre Estados, especialmente por la aparición de las armas nucleares que eliminaban la guerra como posibilidad, a menos que se estuviera dispuesto a la eliminación de la especie humana. Lo que se verificaba desde la Segunda Guerra Mundial era el conflicto de baja intensidad. Al perder el Estado el monopolio de la violencia, la guerra se haría entre otros actores tales como entidades étnicas, bandas criminales o guerrillas. Esto significaba el empleo de la violencia fuera del marco estatal, una situación “no trinitaria” a la que se llegaba de manera “gradual, desigual y espasmódica.” La guerra trinitaria no sería ya guerra con mayúsculas, sino una más de sus múltiples formas. Van Creveld privilegia el concepto que parece disculparlo de pensar en otros términos: *“La gran mayoría de las guerras desde 1945 han sido conflictos de baja intensidad. En términos tanto de bajas sufridas y de resultados políticos alcanzados, estas guerras han sido incomparablemente más importantes que cualquier otra. Mientras que los países desarrollados a ambos lados de la cortina de hierro han participado en estas guerras, el legado colonial ha significado que, como un todo, los estados occidentales se han visto mucho más envueltos que aquellos del bloque oriental. Aparte de Afganistán, mayor presencia soviética en otro país fuera de Europa Oriental desde 1945 ha consistido en unos 20.000 consejeros de Egipto. Desde 1969 a 1972 manejaron la masa de los sistemas de defensa aérea Israelí y también adiestraron al ejército Egipcio. La presencia cubana en Angola ha sido igualmente grande y más prolongada, siendo esta prolongación una muestra por si misma de su fracaso. Por el resto, aun el esfuerzo soviético en Afganistán quedó empequeñecido por el norteamericano en Vietnam. En términos numéricos, no así por el equipamiento, las fuerzas empeñadas por los soviéticos en Afganistán fueron comparables con las fuerzas expedicionarias con las cuales Francia actuó en Indochina desde 1948 a 1953.”*²³¹

Como los conflictos de baja intensidad serían predominantes, resultaba posible que, en el futuro, las fuerzas armadas abandonaran sus configuraciones convencionales y se transformaran en fuerzas policiales o irregulares, *constabularias*, según propuso Morris Janowitz. Si el combate de baja intensidad se prolonga, devenirá en una lucha entre pandillas. Dejaría de ser la guerra convencional, ya no tendría las características que le daba Clausewitz, para perseguir los intereses del Estado, sino para dar muerte a los líderes del bando enemigo. El Estado y los ejércitos nacionales surgidos de la Revolución Francesa se volverían obsoletos, así como la estrategia clásica. Las configuraciones tradicionales de los ejércitos serían inaplicables y deberían mutar a organizaciones de tipo guerrillero. El conflicto de baja intensidad se concentraría en zonas como Belfast, Sarajevo o Gaza; las campañas como Tormenta del Desierto no se volverían a repetir. *“Bajos tales circunstancias hablar de guerra, en términos clausewitzianos modernos, como algo hecho por el Estado por un fin político y malinterpretar la realidad. Por unos mil años después de la caída de Roma los conflictos armados fueron librados por diferentes clases sociales.”*²³² Del mismo modo que el coronel Szafranski, sostiene van Creveld que los problemas del futuro se podrían solucionar con agrupaciones de Fuerzas Especiales ya que no aparecería ningún competidor de fuste al poderío de los Estados Unidos. Pensamiento propio del optimismo de los 90, dice el autor: *“Un fantasma recorre los corredores de los estados mayores generales y los ministerios de la defensa de todo el mundo “desarrollado”: el temor a la impotencia del poder militar, aún a su irrelevancia.”*²³³ El autor escribe en 1991, pero el énfasis exagerado puesto en los conflictos de baja intensidad y pronto fue desmentido en los hechos. Durante esa década ocurrieron muchos desastres como la guerra entre Ecuador y Perú, las guerras en los Balcanes, la guerra en la zona de los grandes lagos de África, la guerra en Liberia, Sierra Leona, Sri Lanka, Nepal, Colombia, hasta la última operación al más puro estilo de la guerra convencional, la invasión a Georgia por parte de Rusia. Las Guerras en el Golfo Pérsico, la campaña de

²³⁰ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 79 y 80.

²³¹ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 47 y 48.

²³² van Creveld, Martin. Op Cit. Página 83.

²³³ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 17

Afganistán, la guerra en Medio Oriente, el enfrentamiento entre India y Pakistán, son ejemplos de que la guerra clásica no desapareció.

Pero van Creveld no se queda en medias tintas, quiere refutar a Clausewitz: *“Uno puede, por supuesto seguir a los politólogos modernos sin necesidad de enfatizar en Clausewitz e identificar a la guerra con el Estado. Esta línea de razonamiento nos lleva a la conclusión de que donde no hay Estado, cualquiera sea la violencia armada que tenga lugar, no califica como guerra. El efecto de tal clasificación arbitraria podría, sin embargo, dejar afuera a la gran mayoría de las sociedades que alguna vez han existido, incluyendo no sólo a las “primitivas” sino a algunas de las más avanzadas desde la Atenas de Pericles para abajo. Peor aún, en el pasado reciente este punto de vista ha evitado que los conflictos de baja intensidad sean tomados seriamente hasta que fue demasiado tarde. Tanto en Argelia como en Vietnam, para no mencionar a la Ribera Occidental, los primeros levantamientos fueron descartados como simple bandidaje que las “fuerzas del orden” suprimirían fácilmente. Tanto por razones prácticas como teóricas, alguna parte de nuestro bagaje intelectual merece ser tirado por la borda, seguramente no son los registros históricos, sino la definición Clausewitziana de guerra la que nos evita entenderla como lo que es realmente.”*²³⁴ En otra parte dice: *“Terminando como era prever, Vom Kriege devino en palabras del crítico militar británico Basil Liddell Hart, quien fue uno de los pocos en resistir su encanto en “una Marsellesa prusiana que inflamaba el cuerpo e intoxicaba la mente.” El mismo Clausewitz parece haber considerado a las barbaridades de la guerra con tranquila resignación. Escritores posteriores tomaron sus palabras como un clarín llamando a la acción, las aplaudió y las transformaron en algo bueno. La lista de aquellos que, reclamándose sus discípulos, han alegremente amontonado brutalidad es larga y está repleta de nombre famosos, empezando con Colmar von der Goltz y terminando con algunos desequilibrados personajes entre los estrategas nucleares de hoy.”*²³⁵

Con respecto a las armas nucleares, su empleo significaría una catástrofe tan significativa que, aún si sus causas fueran imponer la voluntad al enemigo, por las razones políticas que se enuncien, el resultado reduciría toda lógica al absurdo. El empleo de armas nucleares es, entonces, la anti-política por excelencia. Bernard Brodie, uno de los primeros analistas del tema y tal vez el más acertado ha dicho: *“El escritor... por el momento no está preocupado por quien ganara la próxima guerra en la que se utilicen bombas atómicas. Hasta el momento, el principal objetivo de nuestro sistema militar ha sido ganar guerras. Desde ahora, su objetivo principal debe ser prevenir las. Casi no puede tener otro propósito útil.”*²³⁶ En efecto, la bomba atómica es un arma absoluta: *“Si dos mil bombas en manos de cada grupo son suficientes para destruir completamente la economía del otro, el hecho de que un lado posea mil y el otro dos mil será de escasa trascendencia.”*²³⁷ Si bien hubo autores que se dedicaron a calcular el empleo del poder atómico limitado y muchos planes estudiaban atacar sólo blancos militares para desmantelar a su enemigo, lo cierto es que el empleo de una bomba traería aparejada una escalada que nadie podría manejar. El resultado sería, como describió un equipo de investigadores, el “invierno nuclear”, que significaría el fin de la civilización, al menos en el hemisferio Norte y de máxima, la eliminación de las especies vivas del planeta. Un equipo de científicos del proyecto Mariner, que estudiaba a Marte, llamados TTAPS por las iniciales de sus apellidos, descubrió que una tormenta de polvo cubrió por tres meses a ese planeta. Calcularon lo que ocurriría y llegaron a la conclusión de que la temperatura había bajado drásticamente. Llevaron sus cálculos a la Tierra y, con horror, luego de diversos cálculos y experimentaciones concluyeron que una nube de polvo como la que sobrevendría a un ataque nuclear, que de por sí dejaría a cientos de millones de muertos de la OTAN y del Pacto de Varsovia, produciría un invierno de alrededor de seis meses, lo suficiente para extinguir la vida. Para aquellos que celebran el efecto de la disuasión, recordemos que ningún país con armas nucleares ha impedido la guerra. Agreguemos, también, para aquellos que tienen ensueños estratégicos nucleares, que una de las ventajas comparativas de la América Latina es la limpieza de armas nucleares. Por esta razón, la guerra nuclear es un absurdo, un *non sense*, un sin sentido que deja de ser un tema de discusión, al menos en esta investigación.²³⁸

Volvamos a van Creveld, que no ceja en su desdén al autor prusiano. Dice que no solo ha perdido vigencia sino que es una receta para la derrota: *“Aunque hemos agotado las posibilidades de debate sobre la guerra por la existencia, hasta el momento, nos hemos ceñido a la tradición estratégica. Donde se asume que la guerra consiste esencialmente en miembros de una comunidad intercambiando violencia moral contra los miembros de*

²³⁴ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 89 y 90.

²³⁵ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 99.

²³⁶ Brodie, Bernard. *The Absolute weapon: Atomic Power and World Order*. Harcourt Brace. New York. 1976, página 76. Citado en Dyer, Gwynne. *Guerra. Desde nuestro pasado prehistórico hasta el presente*. Belacqua. Barcelona. 2007. Página 271.

²³⁷ Kaplan, Fred. *The wizards of Armageddon*. Simon and Schuster. New York, 1983. Citado en Dyer, Gwynne. Op cit. Página 273

²³⁸ Recomendando efusivamente el capítulo 8 “Una breve historia de la guerra nuclear, 1945-1990” en el libro de Gwynne Dyer, un periodista que escribe sobre la guerra. La mayoría de los capítulos sirven como introducción, en una obra dedicada al público no especialista. Pero el análisis de la guerra nuclear tiene muchas virtudes, es sintético, suficientemente claro y didáctico. Gwynne. *Guerra. Desde nuestro pasado prehistórico hasta el presente*. Belacqua. Barcelona. 2007, páginas 265 a la 317.

*otra comunidad; donde el matar debe ser, un medio racional para lograr un fin racional. Interviniendo el orden, sostengo que los principios fundamentales del universo clausewitziano están equivocados y al estar equivocados; también, constituyen una receta para la derrota.*²³⁹

Su opinión sobre la guerra no es desdeñosa, mucho menos hacia los combatientes, algo esperable para un ciudadano israelí, cuyo Estado es tal vez el único conformado por ciudadanos soldados. En este sentido, hay en el libro una parte que nadie que desee conocer profundamente lo que sienten quienes pasaron por un campo de combate puede dejar de leer: *“Al final, la razón por la cual se lucha no puede ser una cuestión de interés, porque los hombres muertos no tiene intereses. Una puede perfectamente dar su vida en el nombre de Dios, de su rey, de su país y de su familia o hasta por todos ellos. Sin embargo, es decir que lo hace porque posee alguna clase de interés póstumo en el bien estar de lo que le fuera más cercano, más querido significa invertir el significado del término y transformarlo en una caricatura de sí mismo. Teniendo en cuenta que la guerra es la prueba de que el hombre no está motivado por intereses egoístas; tal como lo atestigua el significado original del término Barseker (luchador santo), la guerra por varias razones es la más altruista de la actividades humanas, relacionada incluso con lo sagrado. Es la ausencia de interés de parte de aquellos que se enfrentan al muerte o que mueren en el enfrentamiento lo que explica porque la sociedad les confiere tan grandes amores hasta el punto en que, como los héroes griegos, son llevados al panteón y ellos mismos convertidos en dioses.”*²⁴⁰ En esa dirección, remarca la inocencia del soldado con respecto a las decisiones de guerra y paz: *“Los motivos que llevan a los hombres a dar sus vidas no son siempre los mismos que los que llevan a la comunidad a la guerra, de la misma forma no es del todo raro que el individuo ignore por completo el objetivo comunitario.”*²⁴¹

Se oye habitualmente que en la guerra no hay ley. No es así. En esa afirmación reside el origen de la mayoría de las aberraciones cometidas en los conflictos bélicos. Martin van Creveld afirma *“Sin una ley que defina que es lo que está permitido y lo que no lo está, no puede haber guerra.”*²⁴² En su afán anti clausewitziano, van Creveld acusa al pensador prusiano de crímenes que no cometió: *“Según Clausewitz, la ley de la guerra consiste en saber que “las limitaciones auto impuestas no merecen mencionarse.” Si, en los días previos a Auschwitz, las naciones civilizadas no se exterminaban unas a otras como salvajes, no fue por un cambio en la naturaleza de la guerra sino porque ellas habían encontrado medios más efectivos para pelear. Vom Kriege descarta todo el inmenso cuerpo de leyes internacionales y de usos y costumbres mediante una simple irrelevante frase. En esto estableció un ejemplo que ha sido seguido por la subsiguiente literatura “estratégica” hasta el presente, aun hasta el punto de que los trabajos sobre leyes de la guerra son normalmente guardados en bibliotecas separadas, fuera de la vista. Sin embargo, la guerra sin ley no es solo una monstruosidad sino una imposibilidad. Para demostrar esto tendremos que trabajar a lo largo de la historia, considerar el presente y tratar arborizar el futuro.”*²⁴³ Clausewitz nunca dijo que no hay ley en la guerra.

A pesar de esta malinterpretación del filósofo prusiano, lo que dice sobre la necesidad de ley en la guerra es pertinente: *“Existe la necesidad de leyes de la guerra, sin embargo su existencia va mas allá de esa necesidad. La guerra por definición consiste en matar, de ir deliberadamente y derramar la sangre de un semejante. El derramamiento de sangre y el matar son actividades que ninguna sociedad -aun la de animales,-puede tolerar a menos que estén cuidadosamente circunscriptas por las reglas que definan que está y que no está permitido. Siempre y en todo lugar, solo la clase de matanza que es llevada a cabo por personas autorizadas, bajo circunstancias específicas y de acuerdo con ciertas reglas establecidas, queda libre de la vergüenza y es considerada como un acto reverencial. Por el contrario, el baño de sangre que ignora las reglas o las trasgrede normalmente atrae castigo o, en algunas sociedades tanto pasadas como presentes, la necesidad de expiación. Es verdad es que hay diferentes sociedades que en forma precisa en la cual trazan la línea entre la guerra y asesinato; sin embargo, la línea misma es absolutamente esencial. Algunos merecen ser condecorados, otros colgados. Donde la distinción no es preservada la sociedad se desarticula y el diferenciar a la guerra como una forma distinta a la mera violencia indiscriminada, se torna imposible.”*²⁴⁴ En la misma frecuencia de van Creveld, un texto reciente, “Guerras Justas”, de Alex Bellamy, desarrolla el tema de la legitimidad de la guerra, de la ley y regulación que debe existir en el uso de la fuerza. Se trata de un análisis riguroso y detallado sobre el problema de la guerra y sus derivaciones éticas.²⁴⁵ Respetar las Convenciones de Ginebra, acordada en el cuerpo del Derecho Internacional de los Conflictos Armados, conocerlo y enseñarlo, es un imperativo de todos los que tengan alguna responsabilidad sobre tropas. Hay, también, imperativos categórico: la tortura está mal siempre, los prisioneros deben ser respetados siempre.

²³⁹ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 215

²⁴⁰ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 216.

²⁴¹ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 216.

²⁴² van Creveld, Martin. Op Cit. Página 133.

²⁴³ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 100.

²⁴⁴ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 130.

²⁴⁵ Bellamy, Alex. *Guerras justas. De Cicerón a Iraq*. Fondo de Cultura Economica. Buenos Aires, 2009.

En esto, Van Creveld diferencia bien los guerreros de los asesinos: *“El otro punto donde el pensamiento estratégico convencional se equivoca, está referido al juicio de que la guerra consiste esencialmente en ser miembro de un grupo que mata a los miembros de otro grupo. De hecho, la guerra no comienza cuando algunas personas matan a otras; en cambio, siempre existentes, los sí son parte de la primera situación, pero no de la segunda, no son llamados guerreros sino carniceros, asesinos, homicidas y otra cantidad de epítetos todavía menos halagüeños. Dada la existencia de las transgresiones de las normas de convivencia social o sea del crimen, la mayoría de las sociedades poseen leyes o costumbres que permiten e incluso obligan a que se mate a un ser desarmado en determinadas circunstancias. Sin embargo, el matar personas, ya sea por la voluntad propia o ajena que no se resisten, no cuenta como guerra. Quienes son responsables por estas muertes, en general, tampoco cuentan con el respeto que les es reservado a los guerreros.”*²⁴⁶ Aquí se acerca mucho a las prescripciones clausewitzianas: *“Así, la guerra no consiste simplemente en una situación en la cual una persona o un grupo dan muerte a otra, aunque la matanza esté organizada, tenga un propósito y sea considerada legal; la guerra más bien comienza en el punto cuando el poder infligir una herida mortal se vuelve recíproco; una actividad conocida como combate.”*²⁴⁷

Aún cuando expresamente se diferencia de Clausewitz, se le parece mucho en su concepción de la guerra. Su idea del soldado que combate refleja una gran admiración y respeto: *“La totalidad del pensamiento estratégico de fines del siglo XX se basa en la idea de que la guerra es un instrumento de la política; y en realidad, al ascenso de la fama de Clausewitz se debe a que fue el primero en basar su teoría de la guerra en esa proposición. Pero, es precisamente porque asume que la guerra consiste en el propósito que Von Kriege y sus derivados no pueden ni desean decirnos que es lo que hace que los hombres arriesguen sus vidas. Ya sea que en cualquier guerra las razones que hacen que las tropas continúen peleando constituyen el factor más decisivo de todos; entonces, ha llegado el tiempo para que nos alejemos de la estrategia para mirar, en su lugar, adentro del espíritu humano.”*²⁴⁸ También hay admiración en su descripción del combate: *“La esencia de la guerra es el combate. Todo lo demás que ocurra, la reunión de la inteligencia, el planeamiento, la maniobra, el abastecimiento es un prelude a la lucha o a la explotación de sus resultados. Para utilizar la propia metáfora de Clausewitz, el combate y el derramamiento de sangre son a la guerra, lo que el pago en efectivo es a los negocios. Sin importar cuán esporádicamente ocurra en la práctica, por sí solo le otorga significado a todo el resto.”*²⁴⁹ Más adelante, evidencia su respeto reverencial por los oficiales, que marchan al combate con armas simbólicas, a ser muertos: *“El combate se entiende mejor como una actividad recíproca. Se concreta no cuando algunas personas toman las vidas de otras sino en el punto en el que ellas arriesgan las suyas. Y desde el siglo XVIII existe una tradición que le exige a los oficiales entrar en el campo de combate armados con armas simbólicas como picas, pistolas o garrotes, teniendo esto en cuenta, podría decirse que para aquellos miembros elegidos de las fuerzas armadas la guerra consiste solamente en ser muertos. Aunque el tiempo produce que nos acostumbremos al peligro, no existe tal cosa como serle indiferente. Cuando más nos acercamos al combate más se agranda el vacío que nos rodea y más se achica el poder de la organización militar para hacernos obedecer a sus conductores.”*²⁵⁰

Su admiración hacia el combatiente es explícitamente expresado con palabras sencillas: *“Así, el pensamiento estratégico convencional ha puesto al carro delante de los caballos. El peligro es mucho más que un simple medio en el cual la guerra toma forma; desde este punto de vista, tanto de los participantes como de los espectadores, se encuentra entre las principales atracciones; uno podría hasta decir que ésta es su razón d’être. Si la guerra no involucrase el desafiar un peligro, el manejarlo y sobrellevarlo, entonces, el pelear no solo no tendría sentido, sino que la actividad en sí misma se hubiera tornado imposible. El enfrentar el peligro hace necesarias cualidades tales como, valentía, orgullo, lealtad y determinación. En estas situaciones las personas se trascienden a sí mismas, se transforman en más de lo que son. Por otro lado, es solo de cara al peligro que la determinación, la lealtad, el orgullo y la valentía se manifiestan y tienen sentido. En breve, el peligro es lo que sustenta la guerra. Como en cualquier deporte mientras más grande es el peligro, más grandes son, tanto el desafío de enfrentarlos, como el honor que va asociado con ello.”*²⁵¹

Dejemos al ciudadano de un Estado que está en guerra permanente desde su nacimiento expresar, con sus palabras, la admiración que siente por quienes han tenido la experiencia del combate: *“Lo que identifica a la guerra, lo que la hace única, es precisamente el hecho de que es la más peligrosa de todas las actividades, es*

²⁴⁶ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 217.

²⁴⁷ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 218 y 219.

²⁴⁸ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 219.

²⁴⁹ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 219.

²⁵⁰ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 220.

²⁵¹ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 224.

una actividad que hace que todas las demás parezcan pálidas comparaciones y que ninguna otra la pueda sustituir de manera satisfactoria.”²⁵² Más adelante: “La naturaleza única de la guerra consiste precisamente en esto: en lo que siempre ha sido, todavía lo es, la única actividad creativa que tanto permite y demanda la intervención sin restricciones de todas las facultades humanas para ser usada en contra de un oponente tan fuerte como uno mismo. Esto explica porque a través de la historia la guerra, a menudo, ha sido considerada como la prueba más representativa del valor de una persona; o para utilizar la terminología de las cruzadas, el juicio de Dios.”²⁵³ Y su comparación de la guerra con el acto sexual, una actividad que hace a los combatientes ser ellos mismos, completamente humanos: “El pelear demanda la concentración más profunda. Al obligar a los sentidos a enfocarse en el aquí en el ahora, puede ser que un hombre se desconecte de ellos. De esta manera, el guerrero obtiene el derecho de acercarse y aún de cruzar la línea divisoria entre la vida y la muerte. En el conjunto de las experiencias humanas lo único que se le asemeja es el acto sexual, esto es evidente también, en el hecho que algunos términos se usan para describir ambas actividades. Sin embargo, el estremecimiento es mucho más intenso de aquellos que surgen en el dormitorio. La guerra causa que las cualidades humanas, las mejores y las peores, alcancen su máximo potencial. A partir de los días de Homero ha existido la noción de que, en un cierto sentido, solo aquellos que han arriesgado sus vidas por voluntad propia, aun con alegría, pueden ser completamente ellos mismos, completamente humanos.”²⁵⁴

Finalmente, no se siente capaz de decir porque los hombres pelean, comparando la guerra con un deporte: “Hasta cierto grado la guerra, antes que otra cosa, consiste en pelear; en otras palabras, un voluntario arriesgarse no es la continuación de la política sino un deporte. Precisamente, porque es instrumental por naturaleza, el pensamiento estratégico no solo falla al decirnos porque las personas pelean sino que evita, en primer lugar, realizar la pregunta. Sin embargo, yo sólo puedo repetir que, en cualquier guerra, ésta es la pregunta más importante de todas. Por más poderoso que un ejército puede ser en otros aspectos, donde falta la voluntad de vencer, todo lo demás es una pérdida de tiempo.”²⁵⁵ La vista de Kathryn Bigelow sobre la guerra en Irak, “The Hurt Locker”, traducida en Argentina como “Vivir al límite”, expresa mejor que mil palabras estas definiciones de van Creveld, sobre la adrenalina, el peligro, la adicción a un deporte letal, la satisfacción absoluta de cumplir con la misión, satisfacción que no puede compararse con nada, la ausencia de ideologías en el frente de combate, la inocencia del combatiente que no puede reflexionar sobre los porqués pero es compelido por su patriotismo, su coraje e integridad, a arriesgar la vida en medio de la locura, en medio de la tragedia.

²⁵² van Creveld, Martin. Op Cit. Página 224 y 225.

²⁵³ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 225.

²⁵⁴ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 225 y 226.

²⁵⁵ van Creveld, Martin. Op Cit. Página 259.

La antropología y el nacionalismo

Hay dos inmensas tragedias del siglo XX que fueron atribuidas a causas étnicas, religiosas y culturales: el conflicto de los Balcanes y el genocidio de Ruanda. Ambos acontecimientos ocurrieron en medio de guerras al interior de Estados que se derrumbaban y, si aceptamos que fueron causadas por odios religiosos y étnicos, en el caso de la ex Yugoslavia, y a enfrentamientos tribales, en el caso de Ruanda, deberíamos conceder mayor sustento a las teorías culturales de los orígenes de la guerra. Sin embargo, creemos que esto no es así; las causas de ambos conflictos parecen ser, en esencia, políticas.

En la ex Yugoslavia, es comprobable que el efecto estimulador de la guerra fue el nacionalismo. Analicemos este concepto. Las primeras ideas de nacionalismo surgen en el continente europeo, en las postrimerías de la revolución industrial y como consecuencia de la Revolución Francesa a fines del siglo XVIII. Los llamados *primordialistas*, los primeros teóricos nacionalistas, consideran que el nacionalismo es eterno, esencial y parte de los imperios de la antigüedad. Hablan de un *sujeto histórico* que corporiza la idea de nación y que va surcando los periodos de la historia conservando su esencia original, que incorpora las virtudes eternas del alma nacional. A esta tesis se opone la de los *modernistas*, quienes sostienen que el nacionalismo y el Estado-Nación son frutos del capitalismo y de la Revolución Francesa. La nación no es algo "natural" sino producto del proceso de la modernidad capitalista. Anteriormente, solo existían diferencias particulares entre pueblos. Adhieren a esta postura pensadores como el historiador Eric Hobsbawm²⁵⁶, el antropólogo Anthony Smith²⁵⁷, los etnógrafos Ernest Gellner²⁵⁸ y Benedict Anderson²⁵⁹, todos pertenecientes a la familia intelectual del marxismo. Según esta vertiente intelectual, en realidad, es la burguesía la que se encarga de la construcción de lo nacional, incorporando a sectores populares y buscando la consolidación de un mercado homogéneo. La idea es homogeneizar la sociedad para avanzar hacia una identidad única, apelando a ciertos resortes, la guerra, por ejemplo, como elementos unificadores e incluyentes. Al mercado le son esenciales la universalidad y homogeneidad, por lo que existe unidad de algunos sectores sociales para la expansión de un mercado común. Aparentemente, es el capitalismo el que necesita unificar en valores comunes y la creación de una nación moderna. El estado nación es más importante que cualquier otro tipo de lealtad. Oscar Oszlak y Guillermo O'Donnell estudiaron también estos procesos de conformación del Estado.²⁶⁰

Los autores europeos sostienen que las características nacionales y los mecanismos de protección, el proceso de modernización y desarrollo capitalista, facilitaron la emergencia de los nacionalismos. El proteccionismo en los países centrales, el libre cambio, la *pax britannica*, por ejemplo, necesitaban de un Estado - nación y de un territorio, porqué el Estado aseguraba la vigencia de los contratos, sobre todo comerciales, la seguridad jurídica, las reglas claras y previsibles hacia el futuro, en definitiva la racionalidad para el intercambio social. Hobsbawm caracteriza al período 1918-1950 como el apogeo del nacionalismo. Si consideramos la periodización propuesta por el autor, se advierte que al término de la Primera Guerra Mundial se producen cambios sustantivos en la situación política internacional que favorecen la gestación de movimientos nacionales, transformando al nacionalismo en una fuerza cultural, política y social muy poderosa, que adquiere carácter casi universal. Con el desmembramiento de los viejos Imperios, como el Austro Húngaro o Alemania, nace un número importante de nuevos Estados nacionales, muchas veces impulsados por el principio de la autodeterminación de los pueblos predicado por Wilson y guiados por criterios étnicos que se generalizan. El principio de "*un territorio, un pueblo*" es adoptado como pauta universal.²⁶¹ Estos principios son utilizados políticamente de manera discrecional por dirigencias de las más diversas extracciones para activar procesos de toda índole. Los más representativos son el surgimiento del *fascismo* y el *nazismo*, junto a varios partidos nacionalistas extremos en toda Europa. Otro aspecto que potencia el nacionalismo reside en el hecho de que estos movimientos emplean los medios de comunicación masiva para extender sus ideologías a toda la sociedad, mediante la propaganda política y la creación de una simbología de carácter nacional. Estas ideologías nacionalistas fuertes se estandarizaron y homogeneizaron en la sociedad civil, donde los dirigentes fascistas obtuvieron el poder, extendiendo su influencia sobre la base del éxito inusitado de sus operadores políticos.

En el período de entreguerras, se consolidan los movimientos nacionalistas de derecha. El advenimiento de los *fascismos* produjo el abroquelamiento de los países con fuertes raíces nacionalistas alrededor del Eje, aglutinando a los derrotados de la Primera Guerra Mundial. Los operadores políticos trabajaron sobre la

²⁵⁶ Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Crítica. Barcelona, 1991.

²⁵⁷ Smith, Anthony. *The ethnic's origins of nations*. Basil Blackwell. New York, 1989.

²⁵⁸ Gellner, Ernst. *Naciones y nacionalismo*. Alianza. Madrid, 1988.

²⁵⁹ Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas*. Fondo de cultura económica. México, 1993.

²⁶⁰ Carlos Escudé presenta su visión del problema cuando analiza el surgimiento del nacionalismo en Argentina, en especial las obras de Ramos Mejía, y llega a conclusiones parecidas, desde otra óptica teórica.

²⁶¹ Más adelante, Chamberlain llegaría a justificar su política de apaciguamiento en este principio. Al entregar los Sudetes diría que éste era un territorio que pertenecía al pueblo alemán.

disconformidad de los sectores marginados por la derrota, incluso las clases medias, la pequeña burguesía y el ejército, que fueron incentivados para la revancha. El nacionalismo alcanza el carácter de principio universal y en muchos de estos movimientos se consiguió unir nuevamente los principios nacionales con los de lucha social. Con la Segunda Guerra Mundial, se alcanzó el clímax del apogeo nacionalista, por el alto poder de convocatoria de esta fuerza que, de variadas maneras, se manifestó en los pueblos alcanzados por la contienda. Aproximadamente, a partir de 1941 nacieron movimientos de resistencia en los países invadidos, la mayoría de las veces liderada por los partidos de izquierda, como los *maquis* y los *partisanos*, momento en que se concreta un nuevo tipo de *liaison* entre lo nacional y lo social, unidos contra el invasor alemán. Al finalizar la guerra, esto se romperá porque los partidos comunistas no accederán al poder en las elecciones.

Según Hobsbawm, otro hecho crucial que favoreció la difusión de los nacionalismos fue la Revolución de 1917, en Rusia. Más allá de los otros múltiples efectos que el triunfo de una revolución socialista en una potencia como Rusia debía tener para Europa y el mundo, la reacción incentivó el nacionalismo para oponerse al avance comunista. Se produjeron también enfrentamientos al interior del propio campo socialista, donde se destaca el debate entre Rosa Luxemburgo y Lenin sobre la actitud que debía adoptarse frente a los movimientos nacionales. Al mismo tiempo, la discusión dentro del movimiento obrero sobre el papel de la clase trabajadora frente al nacionalismo no fue menor. En el campo internacional, las potencias europeas favorecieron la creación artificial de nuevos estados para aislar la amenaza soviética, en un intento por instalar un "cordón sanitario". Así, el anticomunismo también adquirió ribetes nacionalistas. Asimismo, otro proceso que permite hablar de un apogeo, ocurre en el Tercer Mundo. El proceso de descolonización impulsa al nacionalismo, traducido en movimientos de liberación nacional. El nacionalismo se extiende de la mano de los movimientos anti coloniales en el África y el Asia, a veces de corte socialista y esencialmente anti imperialistas. Según Hobsbawm, cuando hay conflicto de ideologías, la apelación a lo nacional favorece la victoria, el nacionalismo triunfa al menos por un tiempo y nacen decenas de nuevos Estados.

A partir de lo expuesto, el nacionalismo parece un programa ideológico universal, de gran fuerza durante el período demarcado por Hobsbawm, extendiéndose geográficamente a los rincones más alejados de la Tierra como la fuerza política y cultural tal vez más significativa. Hobsbawm y los autores nombrados, en su descripción del nacionalismo, sostienen que la mayoría de ellos apelan a la importancia de las raíces étnicas. Éstas pueden ser definidas como el conjunto de valores, mitos, memorias y símbolos de una comunidad; estas configuraciones se sintetizan en el concepto del mito original. Por lo tanto, las raíces étnicas son formas pre-modernas que sobreviven en la modernidad, elementos étnicos muy durables. Este complejo mito-símbolo, las creencias y sentimientos, la religión, la cultura, el idioma, son transmitidos de generación en generación, como modo de preservar la identidad.

Ernest Gellner menciona la supervivencia de formaciones pre-modernas en el caso de los que denomina *naciones tribales*. Este autor sostiene que: "*El surgimiento general de la modernidad tuvo su base en la erosión de las múltiples organizaciones locales de pequeño tamaño y gran densidad de vinculación y su sustitución por culturas móviles, anónimas, alfabetizadas y proveedoras de identidad*". Esto pone en evidencia su visión modernista sobre las naciones y el nacionalismo, cuyo énfasis está puesto en los elementos fijados por la modernidad, quitando importancia a los elementos pre-industriales. Sobre la base de estas disquisiciones, habría de confrontarse con Anthony Smith, quien puso el acento en la importancia de esos mitos valores y símbolos para la conformación de la nación estado, debate que enriqueció la visión teórica del nacionalismo. Sin embargo, los dos autores deben considerarse modernistas que discuten sobre el mayor o menor valor de las formaciones pre modernas en la formación del estado. En efecto, para Ernest Gellner, antes de la etapa industrial no existen las naciones. Acepta, sin embargo, que la sociedad industrial proviene de la sociedad agraria, marcada por la heterogeneidad y donde se advierten esos elementos pre-modernos. Pero a medida que se van adoptando los patrones científicos y tecnológicos del sistema de acumulación, estas características van siendo desplazadas definitivamente. Si bien las *elites* nacionales se apoyan en esos elementos pre modernos para construir la nación, tomando lo necesario para configurar una imagen, lo que se impone es una cultura desarrollada, homogénea, anónima e impersonal, a medida que se diluye lo pre-moderno. Para Gellner, la condición necesaria para el nacionalismo es la sociedad industrial.

En su obra, el autor resalta especialmente la importancia de las sociedades industriales enfrentadas a las sociedades tradicionales. Pero debe aceptar que en el caso de las naciones tribales, las profundas divisiones en lo interno pueden opacar a la nación estado en lo externo. Si bien para Gellner la condición necesaria para el nacionalismo es la sociedad industrial, en este tipo de pueblos tribales se percibe que los mitos, valores y símbolos pre-existentes están aún presentes. Esta verificación, dice Gellner, "*no contradice nuestra teoría general que sostiene que el ascendiente que posee la cultura alfabetizada común (nacionalidad) sobre el hombre moderno proviene de la erosión de las viejas estructuras que en tiempos anteriores proporcionaron al hombre*

su identidad, dignidad, seguridad material, cosas que hoy sólo puede proporcionar la educación". Esto configura el punto central en el debate sostenido con Anthony Smith y de allí su interés. Tal vez una clave para comprender esta aparente anomalía en la teoría de Gellner que constituyen las naciones tribales, estriba en que el eje de la cuestión sea la modernización, en tanto cultura homogénea y valores comunes y no la industrialización como proceso de tecnificación en el modo de producción.²⁶²

Esta visión antropológica y etnográfica presenta una teoría del nacionalismo que lo explica sobre la base de variables políticas. En la ex-Yugoslavia, por ejemplo, se comprueba que la incidencia del nacionalismo como causa de la guerra puede ser interpretada por variables políticas²⁶³. Al morir Tito en 1980, se desató la sucesión. Slobodan Milosevic, un antiguo burócrata del régimen, se lanzó detrás del sillón del dictador. Poco tiempo antes había sido enviado a solucionar un problema de la minoría serbia en Kosovo. En cumplimiento de su misión, eliminó la autonomía otorgada por Tito a la provincia, agrediendo a la mayoría de los albanos-kosovares. A su regreso, mediante un discurso nacionalista, se puso al frente de los reaccionarios del régimen y pudo hacerse con el poder en Serbia. Milosevic llegó al poder activando el nacionalismo en medio del descontento por los problemas económicos que siguieron a la crisis de la Unión Soviética. Reprimió violentamente a sus opositores y silenció a los moderados, manejando el poder con mano de hierro.

Enseguida buscó una alianza con los líderes serbios de todos los Balcanes, a quienes tentó con el viejo sueño de la Gran Serbia, entre los que se destaca Radovan Karadzic, el jefe serbio de Bosnia, un psiquiatra formado por un famoso psicoanalista que enseñaba en Zagreb, quien lo envió, junto a varios colegas a estudiar a París. Cuando se desató el conflicto de la secesión, estos líderes se dedicaron a encender la pasión nacionalista en Bosnia. Su mano derecha era el general Mladic, otro antiguo miembro del Ejército comunista. En Knin, los diputados y ministros del auto proclamado "Gobierno de la Krajina" eran antiguos agricultores de un nacionalismo cerril. Los croatas no se quedaron atrás. El propio Presidente Tudjman, un ex general del Ejército Yugoslavo, hizo campaña con un discurso democrático que obtuvo las simpatías de Occidente, pero se trataba de un racista reconocido, también de ideología nacionalista, que nunca ocultó su desprecio hacia los judíos, los serbios y los *turcos*, como llamaban a los musulmanes.²⁶⁴ Sin embargo, la ofensiva en Bosnia y el desmembramiento de los territorios de la Krajina constituyeron una derrota para Milosevic. Croacia recibió ayuda de Alemania y los Estados Unidos, creó un ejército de la nada, ya que la mayoría de los medios militares habían quedado en manos serbias, y recuperó el territorio de Krajina. Milosevic decidió entonces concentrarse en un territorio que conocía bien, Kosovo, donde Serbia había implantado un régimen opresivo para la mayoría de albaneses, constituyéndose en un polvorín a punto de estallar²⁶⁵. Los resultados se conocen, Serbia fue derrotada por la OTAN, Kosovo fue liberado, Milosevic murió en la cárcel de La Haya y Karadzic está siendo juzgado. Cabe la pregunta: ¿fueron las diferencias étnicas, religiosas o culturales las que originaron el conflicto?

Cuando los equipos antropológicos forenses levantaban las fosas comunes, no podían distinguir diferencias entre serbios, croatas y musulmanes. Hay consenso en que no existían diferencias raciales. Con respecto a la cultura, los mismos pueblos enfrentados convivieron durante cincuenta años bajo el comunismo; todos los habitantes hablan la misma lengua, el serbo-croata pero durante la guerra se preocupaban tanto en diferenciarse que a un observador extranjero que no habla el idioma, las diferencias podían parecer ridículas.²⁶⁶ Los habitantes de los Balcanes descienden de los mismos pueblos eslavos, aún los musulmanes, cuyos ancestros se convirtieron durante la ocupación turca (incluidos los bogomilos). Del mismo modo, el observador extranjero encontraba difícil descubrir las diferencias étnicas entre los pueblos que visitaba. Las diferencias religiosas también fueron exageradas, si tenemos en cuenta que después de cincuenta años de comunismo, que casi logró erradicar las creencias de la sociedad, desde la acción del Estado laico. En realidad, lo que ocurrió es que los líderes de ese momento, especialmente Slobodan Milosevic en Serbia y el ex general de Tito Franko Tudjman en Croacia, buscaron evitar la misma suerte de los otros líderes comunistas como Honecker, los Ceceasescu y Jaruzelski, entre otros, que fueron desalojados del poder. Dice Niall Ferguson: "*No obstante, lo cierto es que aquella primitiva conducta coincidía con sutiles cálculos políticos, puesto que está claro que el principal motivo de Milosevic para jugar la carta del nacionalismo serbio era evitar correr la suerte de los líderes comunistas de Europa Oriental... Su estrategia funcionó durante diez años.*"²⁶⁷

²⁶² Gellner, Ernest. *Naciones y nacionalismo*. Alianza Editorial. México, 1991. Página 115.

²⁶³ Glenny, Misha. *The Balkans. 1804 - 1999. Nationalism, War and the Great Powers*. Granta Publications. London, 2000.

²⁶⁴ Zimmermann, Warren. *Origins of a catastrophe*. Foreign Affairs. Marzo Abril de 1995.

²⁶⁵ Glenny, Misha. *Heading Off war in the southern balkans*. Foreign Affairs. Mayo junio de 1995.

²⁶⁶ Por ejemplo, la bebida nacional es la *raquía*; de un lado, debía llamársela *slivovica* y del otro, *travarica*, como una cuestión de Estado.

²⁶⁷ Ferguson, Niall. *La guerra del mundo*. Debate. Barcelona. 2007, página 726.

Dos generales

Así como recorrimos los antecedentes del general Stanley McChrystal, que juega a suerte y verdad la campaña de Afganistán, veamos la historia de otros dos generales que tienen mucho para decir sobre las causas de la guerra. Para los oficiales de países como el nuestro, estas experiencias son más cercanas que la del comandante de Afganistán. El primero de ellos, el canadiense Romeo Dallaire, quien narró los acontecimientos del genocidio de Ruanda en un libro, “Shake Hand with the Devil”²⁶⁸, imprescindible para entender lo que allí ocurrió. Llegó a Kigali para hacerse cargo de la Fuerza de Paz de Naciones Unidas, UNAMIR y a los tres meses estaba inmerso en un infierno de muerte del que no salió indemne. La historia de Dallaire es, también, una descripción de una campaña militar fracasada. A poco de llegar, Dallaire vio como los hutus que gobernaban el país, planearon y organizaron escuadrones de la muerte, las milicias *Interahamwe*, así como instigaron a la matanza, cuando el presidente Juvenal Habyarimana fue asesinado junto al presidente de Burundi, Cyprien Ntaryamira, al ser derribado su avión por un misil. En abril de 1994 y por cien días, se produjo una matanza de más de 800.000 tutsis y hutus que se negaron a cooperar. Asimismo, millares de violaciones propagaron descontroladamente el SIDA en el África. Dallaire testimonia como las potencias occidentales se negaron a intervenir, a pesar de sus pedidos desesperados, fundamentalmente Bélgica, que perdió 12 hombres que participaban de la Fuerza de Paz de Naciones Unidas y abandonó rápidamente el país. También, Francia, que tardó en intervenir y a quien acusa de ayudar al gobierno asesino. Incluso la *Operación Turquesa*, lanzada por este país para rescatar a sus connacionales, es sospechada de encubrir la huida de los gobernantes hutus. Dallaire comenta como Estados Unidos se negó a enviar una fuerza expedicionaria, todavía en *shock* por la muerte de 18 hombres en el *raid* de Somalia, pocos meses antes. El general canadiense fue testigo de cómo las autoridades organizaron el genocidio y como desde las radios oficiales se instaba a la matanza.

Sus esfuerzos para parar la locura asesina fueron infructuosos y en esos trámites conoció a otro protagonista principal de esta tragedia, el general Paul Kagame. Exiliado del país desde los dos años, este descendiente de familias aristocráticas tutsis, se crió en los campamentos de refugiados en Uganda, donde se educó. Desde allí también hizo un curso a distancia en la Universidad de Oxford y participó en un programa de entrenamiento militar en Fort Leavenworth, Kansas. Desde joven, peleó en las guerrillas que reconquistaron Uganda bajo el mando de Yoweri Museveni, aliado de los Estados Unidos, quien se hizo cargo del gobierno del país. Desde allí mismo, Kagame ingresó a Ruanda al mando de las fuerzas militares del Frente Patriótico de Ruanda. Dallaire dice que sus maniobras fueron deliberadamente lentas, realizando un largo envolvimiento estratégico en lugar de lanzarse a ocupar la capital, donde llegó en julio de 1994, teniendo la posibilidad de interrumpir el genocidio mucho antes. Kagame, conocido como el Napoleón de África, es un general de costumbres espartanas. Tomó el poder y condujo el país hasta hoy, en un régimen de partido único, el Frente Patriótico Ruandés. En el 2000, es elegido presidente por el voto legítimo. En el poder, adoptó la economía liberal de mercado, solicitando asistencia al FMI, que negocia y obtiene un perdón a la deuda externa. Sin embargo, desde su entrada al país se produjeron más de tres millones y medio de bajas en la guerra y las purgas, donde las maniobras de sus ejércitos se dirigieron a controlar su territorio y parte de la vecina República del Congo, que contiene minerales valiosos, con el pretexto de proteger a los refugiados ruandeses.

Aún hoy, Kagame controla con mano de hierro a Ruanda y mantiene prisioneros políticos entre los que se incluyen sus antecesores en la presidencia, Twagirmungu y Bizimungu. Junto a Museveni, avanzaron sobre el Congo de Mobutu Sese Seko, aliado de Francia apoyando a Laurent Kabila, quien se lanzó lo que se llamó la “Primera Guerra de Liberación del Congo”, conquistando rápidamente el país en mayo de 1997. Proclamó entonces, la República Democrática del Congo. Kabila, Museveni y Kagame, aliados de Estados Unidos, tomaron el control de la región que por tradición era de influencia francesa. Kabila no tardó en mostrar autonomía y Kagame y Museveni enviaron una avanzada de guerrillas a tomar las ciudades de Goma y Bukavu. Kabila recibió apoyo militar de Zimbabue, Angola y Namibia y la guerra abierta se dio en 1999 y 2000, por el control de Kisangani, centro de distribución las riquezas naturales del Congo. Sam Nujona, presidente de Namibia acusó a Ruanda y Uganda de cometer un genocidio en el norte del Congo, con más de 2 millones de muertes. La historia nunca se detuvo. Kabila es asesinado en Kinshasa, en enero de 2001 y le sucedió su hijo, Joseph. La ONU envió una misión de paz y se llevaron adelante elecciones. La guerra finalmente terminó en 2008.²⁶⁹

El general Kagame acusa a Occidente de haber abandonado a Ruanda y es verdad. Hasta el ex Secretario General de Naciones Unidas, Koffi Annan reconoció que el mundo le había fallado a Ruanda. Pero también es cierto que el régimen de Kagame utilizó inescrupulosamente el poder militar para alcanzar sus objetivos. Kagame mantuvo

²⁶⁸ Dallaire, Romeo. *Shake Hands with the Devil. The Failure of Humanity in Rwanda*. Carroll and Graf. New York, 2005.

²⁶⁹ Ortiz de Zárate, Roberto. *Paul Kagame*. Página del Centro de Investigaciones de Relaciones Internacionales y desarrollo. Barcelona, actualizado el 6 de septiembre de 2006.

su ejército en operaciones por más de una década y el número de bajas y desplazados superó ampliamente a los ocasionados por el genocidio. Con respecto a las causas de la guerra, muchos analistas lo atribuyeron a odios tribales y a la imposibilidad de convivir de dos razas enemigas. Pero nuevamente, esas diferencias raciales no se verifican en la realidad, ya que se trata de pueblos que descienden de un mismo tronco, el pueblo *banyarwanda*, que se dividía en dos castas, los tutsis, la minoría y los hutus, casi el 85 % de la población. Las dos grupos hablan la misma lengua, el *kinyarwanda*, y comparten la religión católica en la que fueron evangelizados por franceses y belgas y cuentan con una gran cantidad de matrimonios mixtos. Ancestralmente, los tutsis dominaron la tierra pero en el siglo XIX, este dominio terminó, debido al crecimiento demográfico y porque los colonialistas belgas apoyaron a los hutus, a quien consideraban más dóciles e ignorantes. Con la independencia de Ruanda, en 1962, se creó una República de predominio político hutu. Ferguson define: “*Por conflicto étnico entiendo la presencia de importantes discontinuidades en las relaciones sociales entre ciertos grupos étnicos, más concretamente, la ruptura de unos procesos de asimilación a veces ya bastante avanzados. En el siglo XX, este proceso se vio estimulado sobremanera por la difusión del principio hereditario en las teorías sobre diferencias raciales (aun cuando dicho principio estaba desapareciendo del ámbito de la política) y por la fragmentación política de diversas regiones de población étnicamente mixta.*”²⁷⁰ La etnicidad pretende basarse en ciertos rasgos inmutables, pero que en realidad éstos cambian y no son homogéneos, pero sirven para diferenciar a “unos” de “otros”. La identidad es una estrategia para la consecución de otros objetivos. El mentado tribalismo africano puede tomarse como una razón que tranquilice la conciencia europea pero lo que realmente ocurrió fue el enfrentamiento ideológico, las ansias de poder, la conquista militar y demás características del origen de la guerra, es decir, razones políticas.

Dos generales son protagonistas de esta tragedia. El general africano, el exitoso, un hombre que conoció los rigores del exilio y la guerra, que recibió educación en Estados Unidos e Inglaterra, asumió la conducción de su ejército y de su pueblo, manejando con mano dura los resortes del poder. En 2006, el juez francés Jean-Louis Bruguiere lo acusó de ordenar el derribo del avión del presidente Habyarimana, a sabiendas de que esto dispararía la matanza. El general Dallaire recuerda un diálogo donde el general africano le manifestó que había que pagar un precio por la libertad de Ruanda. Lo cierto es que la periferia turbulenta del centro de África ha adquirido un tinte anglosajón, en reemplazo de las antiguas metrópolis francesas y belga. El idioma inglés se generaliza y es de uso oficial, del Frente patriótico Ruandés, junto al *kinyarwanda*, como también la universidad de Kigali, antes francófona, da cursos en inglés. Los recursos obtenidos de las deudas condonadas fueron dirigidos a compras de armas y el pequeño país interviene en los asuntos de sus vecinos, especialmente la República del Congo.²⁷¹ A pesar de todo, últimamente Francia ha reanudado relaciones diplomáticas, interrumpidas desde la acusación del juez Bruguiere. Como puede leerse en su página *web*²⁷², Kagame piensa en presentarse nuevamente a elecciones, en un país de partido único, donde no hay libertad de prensa y hay presos políticos. Como en siglos anteriores en Europa, el camaleón de la guerra se mueve con total libertad en estos escenarios. El desafío es que estos países, en cuanto alcancen alguna comodidad económica, empleen la riqueza para matarse entre ellos. El desafío es que no repitan la historia europea.

Es usual oír que la guerra en Ruanda se debió a conflictos raciales entre tribus enemigas. Allí, los actores se preocuparon por exacerbar las diferencias étnicas entre tribus emparentadas desde la antigüedad, con el objetivo político de hacerse con el control del país, así como en Yugoslavia, se activó el nacionalismo. Lo que hemos visto brevemente indica que los verdaderos motivos respondían a cuestiones políticas y estratégicas y los conductores de los países tenían preparación y conciencia para decidir incentivar esos conflictos, ocultando sus intenciones. En las guerras prevalecen los elementos diferenciadores, precisamente para avivar el enfrentamiento. La vinculación entre el nacionalismo y la guerra resulta interesante como problemática para investigar, habida cuenta de las actuales reformulaciones del mismo en los populismos latinoamericanos y sus vertientes anti-democráticas y anti-liberales.

El general canadiense, el que fracasó, pagó su participación en la historia con un colapso psíquico y hoy, senador de su país, debe mantener un tratamiento médico psiquiátrico, remedios y terapia, para superar el *stress* post-traumático. Un hombre educado en la cultura occidental, que sufrió en su juventud la discriminación por su origen cultural francófono y llegó a su grado luego de la experiencia igualadora del ejército, fue abandonado por los países que lo habían enviado a una misión difícil. Sin embargo, cierra su libro con estas palabras: “*As soldiers we have been used to moving mountains to protect our own sovereignty or risks to our way of life. In the future, we must be prepared to move beyond national self-interest to spend our resources and spill our blood for humanity. We have lived through centuries of Enlightenment, reason, revolution, industrialization, and*

²⁷⁰ Ferguson, Niall. *La Guerra del mundo*. Página 42.

²⁷¹ Chossudovsky, Michel. *The Geopolitics behind the Rwandan Genocide: Paul Kagame accused of War Crimes*. Global Research- Centre for Research on Globalization. www.globalresearch.ca

²⁷² www.paulkagame.com

globalization. No matter how idealistic the aim sounds, this new century must become the Century of Humanity, when we as human beings rise above race, creed, colour, religion and national self interest and put the good of humanity above the good of our own tribe. For the sake of the children and our own future. Peux ce que veux. Allons-y."²⁷³

²⁷³ Dallaire, Romeo. Op cit. Página 522.

IV Conclusiones

Clausewitz llamó Camaleón a la guerra, que muta en apariencia, según el contexto y las condiciones, habitualmente de acuerdo a los fines políticos que persigue. Pero, aún en períodos en que el Estado nación se ve debilitado desde lo interno y lo externo, la guerra mantiene su esencia, que es hacer daño al oponente para obtener objetivos políticos. En este trabajo he presentado una discusión sobre los orígenes de la guerra, apoyándome en la opinión de autores respetados en la Academia. He concentrado el análisis en algunos de ellos que consideran que las causas de la guerra son políticas y otros que sostienen que los orígenes de la guerra deben buscarse en la cultura de determinadas sociedades. Si bien estos últimos ofrecen opiniones convincentes sobre sus posturas, tratándose de intelectuales e investigadores formados que han escrito obras de trascendencia, de las argumentaciones y de la discusión sobre los hechos históricos analizados, se puede conjeturar que las explicaciones políticas de la guerra parecen proveer explicaciones más profundas.

Para realizar este trabajo he consultado bibliografía de historiadores, de científicos sociales de todas las disciplinas, de analistas de relaciones internacionales. Que no se confunda mi tesis con respecto a los aportes antropológicos con el desdén o el rechazo. Muy por el contrario, estas ciencias generan conocimiento sumamente confiable pero, según mi opinión, en sociedades complejas que se organizan en Estados, muchas veces no son del todo aplicables. Al respecto, una conclusión que me parece importante se refiere a la necesidad de clarificar el modo de estudiar la guerra. Es posible que se hayan producido cambios en el campo de la política internacional pero, para evaluar los cambios de la guerra, es preciso separar los campos gravitatorios de la política, la estrategia y la táctica.

El mundo navega una crisis económica de consecuencias catastróficas para muchos países, que enfrentan los problemas con escasos recursos. Las transformaciones expuestas por los autores citados en el estado del mundo, producen un alto grado de inestabilidad que con frecuencia derivan en conflictos violentos. Varios hablan de un estado de guerra generalizado, debido a la globalización, a la crisis económica y las tensiones de índole interna. Hay autores que hablan de un cambio histórico luego de la desaparición de la Unión Soviética. Esta transformación ha provocado intensas luchas en el planeta. La globalización, el cambio climático, la demografía, las ideologías, la radicalización religiosa, son temas recurrentes. Van Creveld considera que en el mundo actual la guerra asimétrica es un elemento determinante en la organización política, económica y social, y, de hecho, da una gran importancia estratégica a los conflictos de baja intensidad, a los que señala como un peligro inevitable de la vida moderna.

Keegan y van Creveld sostienen la idea de que los Estados se conformaron básicamente por sus capacidades para hacer la guerra. Se iba a la guerra para protegerse de los enemigos, por rituales religiosos, por bienes, mujeres o por la competencia económica. Keegan dice que el mundo cambia, pero considera que el cambio pasa por la cultura. Tomando como base la cultura, el historiador explica los fenómenos sociales que provocan el cambio y entre ellos, está la guerra. Sin embargo, sostiene que, debido a que nadie está dispuesto a aceptar los costos humanos de las guerras, es posible que ésta se abandone como práctica normal. Keegan está genuinamente convencido de que se puede controlar la violencia pero sugiere que la cultura occidental nunca ha limitado la guerra. El Derecho Humanitario, las leyes de guerra, la disuasión, el control de armamentos, etc., no surtieron efecto durante el siglo XX. A pesar de todo, parece vislumbrar un mundo sin guerra. Aunque describe un mundo de escasez, cree posible que en el futuro el hombre decida abandonar la guerra. Esta idea interesa a todos los autores que hemos consultado pero ninguno arriesga el modo en que se puede lograr una convivencia más pacífica. Tampoco Keegan ya que, a pesar de describir por qué luchan los hombres, no define claramente porque puedan decidirse por no luchar. Niall Ferguson es, también, optimista: *“Según estimaciones recientes, la guerra global ha disminuido en más de un 60 % desde mediados de la década de 1980. Desde el año 2003 han terminado nada menos que 11 guerras en países que van desde Indonesia, Sri Lanka en Asia, a Ruanda, Angola y Liberia en África subsahariana.”*²⁷⁴

Si los autores como van Creveld están en lo cierto y las ideas de Clausewitz son obsoletas, aguardan a la humanidad años muy peligrosos. Van Creveld sostiene que los Estados pierden capacidad y que las fuerzas militares convencionales ya no son capaces de mantener el monopolio de la fuerza legítima. La ausencia de ley, el abandono de la racionalidad entre medios y fines, el abandono del profesionalismo militar no pueden sino hacer más salvaje la guerra. De todas formas, es importante considerar el aporte de estos autores que ponen en tela de juicio los conceptos tradicionales de la guerra, convocando a la elaboración o a la reconsideración de la guerra en el siglo XXI.

²⁷⁴ Ferguson, Niall. La guerra del mundo. Página 729.

Quienes otorgan un carácter eminentemente económico a la interpretación del mundo, quienes buscan en la historia generalizaciones de la aplicación de teorías estratégicas, del poder militar, económicas o sobre la influencia de algún factor preponderante como la tecnología, sostienen que aislando esos factores se puede reducir la violencia asociada a los cambios que se producen en el escenario mundial. Como hemos visto, algunos creen que una de las fuerzas rectoras que dinamiza los procesos históricos es la tecnología y, dentro de ella, la tecnología militar. Estas generalizaciones son atractivas porque dan al lector una sensación de comprender el escenario del largo plazo pero la realidad siempre desenmascara estas audacias intelectuales. Los hechos no se repiten, la historia no tiene ciclos ni está determinada. El análisis de los autores que he presentado pone en evidencia la necesidad de ampliar el espectro de las investigaciones, es cierto, pero manteniendo siempre un eje que no permita alejarse demasiado del foco de estudio. Creo que ese eje pasa por los estudios históricos y políticos.

Comparemos en la práctica y a lo mejor burdamente, las explicaciones de una y otra visión. Para tomar un ejemplo que no involucre al gran Sigmund Freud, un autor que como Clausewitz, son oceánicos y, para navegarlos uno debe conocer tanto que se puede perecer en el primer temporal, desde la postura de Gat podemos analizar un texto de la psiquiatra alemana Alice Miller. En su libro “Por tu propio bien”²⁷⁵, Miller sostiene que el origen de la psicopatologías contemporáneas en la sociedad occidental reside en lo que ella llama “pedagogía negra”. En la primera parte de su libro, analiza críticamente diferentes textos pedagógicos de diferentes épocas de Europa, empezando por el Renacimiento, donde se recomienda a los padres llevar adelante la educación de sus hijos apelando a castigos físicos y psíquicos, hasta alcanzar un estado de disciplina que garantiza el control de los hijos por los padres “con la sola mirada”. Este repaso de los textos pedagógicos, por momentos aterrador, es utilizado posteriormente por Miller para identificar las consecuencias en algunos casos patológicos que ella describe: una drogadicción, un asesino serial de niños, para terminar recordando cómo fue la infancia y la educación infantil de Adolf Hitler. La autora concluye que los crímenes horrendos que Hitler cometió se debieron a una infancia desgraciada, con una madre lejana, víctima de su marido, su padre Alois, que lo golpeaba brutalmente casi a diario. Dice Miller: “*La persecución de los judíos dio a Hitler la posibilidad de enmendar mentalmente su pasado. Le permitió: 1. Vengarse de su padre, sospechoso de ser medio judío. 2. Liberar a su madre (Alemania) de su perseguidor. 3. Conseguir el amor de su madre con menos sanciones morales y una mayor expresión de su Yo verdadero (el pueblo alemán amaba a Hitler por su odio estentóreo a los judíos, no porque fuera el niño bueno y católico que tuvo que ser para la madre) 4. Invertir los papeles: el mismo ha llegado a ser dictador; ahora todos tiene que obedecerle y echarse a sus pies como en otro tiempo él obedecía a su padre; el organiza campos de concentración en los que se trata a la gente como lo trataban a él de niño. (A un ser humano le es difícil concebir algo monstruoso si no lo ha experimentado de algún modo en carne propia. Pero resulta que tendemos a trivializar las experiencias infantiles) 5. Además, perseguir a los judíos le permitió perseguir el niño débil dentro de su propio Yo, que era proyectado hacia las víctimas para no vivir ningún duelo por sufrimientos pasados, ya que su madre nunca hubiera podido ayudarlo a este respecto. En esto, así como en la venganza inconsciente contra el perseguidor de su primera infancia, coincidió Hitler con un gran número de alemanes que habían crecido en circunstancias similares.*”²⁷⁶ El texto de Miller es convincente y nos deja la misma sensación de “Vigilar y castigar”, de Michel Foucault, de estar frente a una gran sabiduría difusa que nos persuade pero apenas podemos asir. Es interesante preguntarnos si es lícito atribuir el origen de la Segunda Guerra Mundial a las palizas de Alois Hitler. Pero también podríamos preguntarnos qué hubiera ocurrido si la República de Weimar hubiera logrado estabilidad, legitimidad y algo de eficiencia, para evitar que la sociedad alemana cayera en el más brutal autoritarismo. También podríamos preguntarnos qué hubiera ocurrido si los líderes europeos no hubieran intentado el “Apaciguamiento” de Hitler, enfrentándolo directamente. Con que razones nos quedamos ¿las palizas que sufrió el Hitler niño o el fracaso de la República de Weimar? La visión de Gat, por ejemplo, las considera válidas pero atribuye mayor poder explicativo a las motivaciones profundas del ser humano. Creemos que en la discusión sobre las causas pueden encontrarse valiosas aproximaciones al problema, pero las típicas de la ciencia política y de las relaciones internacionales resultan más convincentes.

Otro ejercicio sencillo. Las razones del triunfo británico en la Guerra de las Malvinas, por ejemplo, pueden atribuirse a sus condiciones de pueblo guerrero que enfrenta a un pueblo poco guerrero como el argentino. Se puede pensar que un pueblo de escasos antecedentes guerreros, al menos en el siglo XX, desafió a un pueblo guerrero que envió una expedición punitiva a castigar a esos revoltosos que se rebelaron contra una potencia de primer orden. Estos asertos pueden sonar atinados en el nivel del conocimiento popular; sin embargo, no resulta suficiente buscar las causas de la guerra en la cultura militar de uno u otro pueblo: parece más acertado buscarlas en las decisiones políticas que tomaron los conductores. ¿La Junta tomó la decisión de la operación militar para generar un hecho que diera aire a la dictadura militar? ¿Thatcher tomó la decisión de enviar la flota para salvar

²⁷⁵ Miller, Alice. *Por tu propio bien*. Tusquets. Barcelona, 1992.

²⁷⁶ Miller, Alice. *Op cit*, páginas 188 y 189.

su gobierno, en un período de fuerte ajuste económico, que afectaba fuertemente en su popularidad? Estas conjeturas, que obviamente pueden ser refutadas, presentan mayores visos de realidad. La responsabilidad de la decisión recae en un grupo, normalmente nombrado como el “Gobierno” del país. Las explicaciones de una guerra son más plausibles si se basan en las elecciones que esos gobiernos hicieron, más que en las características de las civilizaciones donde estallan las guerras. Otro ejemplo son los Balcanes. Las explicaciones que apuntan a Milosevic y sus asesores, buscando incentivar el nacionalismo Serbio para hacerse con el control político de la región de la Krajina, de Kosovo, o de toda Bosnia, son más concretos que las versiones que atribuyen la guerra a cuestiones religiosas o étnicas. Estos son ingredientes, atributos y características del conflicto, pero el eje de estas respuestas pasa por las decisiones políticas de los líderes en escena.

Al respecto, si bien cobraron auge diversas escuelas al fin de la Guerra Fría, el realismo constituye una aproximación importante al estudio de las relaciones entre estados. Fabián Calle dice en su prólogo al libro del Licenciado Battaleme: “*El fin de la historia parecía ser también el fin del realismo. Las corrientes liberales y el pensamiento más centrado en lo económico y cultural pasarían a ocupar el centro de la escena. No obstante, tal como advierte el realismo, dos elementos básicos del sistema internacional no habían cambiado desde 1989: 1) la naturaleza del hombre. 2) la ausencia de una instancia superior en el sistema interestatal, o sea la subsistencia de la anarquía. Sin olvidarnos obviamente de las más de 15 mil cabezas nucleares que nos han acompañado y nos acompañan, aun hoy post caída de la bipolaridad y gastos militares globales que ascienden a cerca de 1 trillón de dólares.*”²⁷⁷ Pero, como indican Ikenberry y Hall, es proclive a la simplificación y esto es peligroso: “*Esto es bastante abstracto pero subyace a una versión tosca del realismo según la cual los Estados tratan únicamente de incrementar su poder. Esto parece duro y práctico; de hecho es una guía pésima para la praxis y la teoría. Clausewitz era en cierto modo proclive a creer en esta versión simplista del realismo en su juventud, pero a medida que envejeció llegó a entender que la política más limitada de Federico el Grande había logrado más cosas que los extremismos ciegos de su héroe anterior, Napoleón.*”²⁷⁸

Es difícil abandonar sin más la teoría *clauswitziana*. Existen posturas alternativas, razonables y comprensibles para cualquier pensamiento políticamente correcto. De hecho, estas corrientes intelectuales merecen respeto por cuanto han surgido, básicamente, de los horrores de la guerra. De Clausewitz rescatamos tres ideas centrales: la primera, que la guerra es librada por el Estado; la segunda, que la guerra se define por el empleo de la fuerza y, finalmente, que la guerra constituye un medio para alcanzar un fin político, para promover los intereses del Estado. Aún a pesar de las limitaciones del Estado en esta época, estas premisas no han cambiado. Los Estados deben responder a estos desafíos, recuperando su protagonismo y trabajando para que el escenario internacional sea más pacífico. La desintegración de los Estados conlleva la desestabilización y prepara las condiciones para que estalle la guerra. En todos los lugares del mundo donde el Estado se debilita, las condiciones para la guerra se facilitan. Dice Fernández Vega: “*La principal conclusión que puede extraerse de la lectura de Vom Kriege donde aparece la fórmula es solo aparentemente trillada. A saber: la guerra se encuentra, en su estructura misma, relacionada con el poder del Estado, el que éste posee, el que quiere obtener, el que teme que otros ambicionen o lleguen a conseguir. Estas observaciones tienen por cierto consecuencias: la vida del estado (su existencia, creación o destrucción) es el fundamento de toda guerra.*”²⁷⁹ El Estado debe tomar su responsabilidad en serio. La preparación de las tropas debe estar acorde a la amenaza que se enfrenta y, aun las misiones de paz, representan riesgos de vida. Quienes toman las decisiones políticas deben tomar conciencia de estas exigencias y proporcionar a sus soldados el entrenamiento, las armas y el equipo necesarios. Cada país debe determinar cuáles son las capacidades que deben poseer sus fuerzas armadas, según la misión que se les impone. Si un país decide asumir su defensa, debe contar con *capacidades de combate* y no solamente con *capacidades militares*. Estas no son equivalentes y son las *capacidades de combate* las que imprimen sus características distintivas a los ejércitos, aun a los ejércitos irregulares. De nuevo Fernández Vega: “*La guerra, para la perspectiva iusnaturalista, fue diseminada en la sociedad hasta la aparición de una soberanía fuerte, unificadora y, tras la instauración de dicha soberanía, completamente acaparada por ella. De esta manera “la guerra de todos contra todos” del estado de naturaleza no se duplica en la sociedad civil. El Estado monopoliza la fuerza y la centraliza porque la ha confiscado de la sociedad. La estatalización de la guerra, la creación de instituciones militares y permanentes, instaura la imagen de que la sociedad es el ámbito de la paz civil. Pero la guerra es, según Foucault, una relación social continuamente renovada y constituye el sustrato de las relaciones de poder. El fundamento de estas relaciones se oculta más de lo que se revela en el discurso jurídico o en las visiones sociales que toman el Estado como sujeto privilegiado del análisis. Como puede comprobarse, para este encuadre Clausewitz es a la vez implícito objeto de la crítica y manifiesto estímulo intelectual.*”²⁸⁰

²⁷⁷ Battaleme, Juan. *Un mundo ofensivo*. Op cit. Prólogo de Fabián Calle, página 13.

²⁷⁸ Ikenberry, John y Hall, John. *El Estado*. Alianza. Madrid. 1993, página 171.

²⁷⁹ Fernández Vega, José. Op cit página 197.

²⁸⁰ Fernández Vega, José. Op cit páginas 206 y 207.

Paradojas de la historia actual, quien recibió el último premio Nobel de la Paz defendió la guerra. En su discurso al recibir el premio, el presidente Barack Obama dijo: “*Enfrento el mundo como es y no puedo permanecer sin hacer nada frente a las amenazas al pueblo estadounidense. Un movimiento no violento no podría haber frenado a los ejércitos de Hitler. Las negociaciones no pueden convencer a los líderes de Al Qaeda deponer sus armas. Decir que la fuerza a veces es necesaria no es cinismo, es un reconocimiento de la historia y de las imperfecciones del hombre y los límites de la razón. ...Abordo este punto porque en muchos países hay una profunda ambivalencia sobre acciones militares hoy en día, sin importar la causa. En algunos momentos esto se une a una desconfianza reflexiva sobre Estados Unidos, la única superpotencia militar. ... La creencia de que la paz es deseable rara vez es suficiente para lograrla. ...A veces, la guerra es necesaria y en cierta medida es una expresión de los sentimientos humanos.....los instrumentos de la guerra tienen un papel que desempeñar en la preservación de la paz...La guerra en sí misma nunca es gloriosa y nunca debemos presumir de ella como tal... Como jefe de Estado, he prometido proteger y defender a mi Nación, no puedo dejarme guiar solo por los buenos ejemplos de Luther King, Woodrow Wilson y Jimmy Carter. ... Por eso he venido aquí con un profundo sentimiento del elevado costo que tiene un conflicto armado, pensando en las difíciles cuestiones sobre la relación entre la guerra y la paz, y nuestros esfuerzos para reemplazar una con otra.*”²⁸¹ En efecto, la guerra no se ha extinguido, como hemos mencionado, varios observadores creen que vivimos en un estado de guerra como vislumbraban Hobbes y Rousseau hace varios siglos.

Con estas palabras como disparador, remarcamos dos puntos importantes sobre los que queremos llamar la atención: El primero se refiere a las esferas de responsabilidad, cuyo peso más importante recae sobre quien toma la decisión política. Dice Hoffmann: “*Para el individuo, la diferencia entre la paz y la guerra no es simplemente la diferencia entre más y menos libertad, sino el sobrante entre poco y nada. El ciudadano movilizado está bajo condicionamientos que pocos son suficientemente fuertes para resistir, aquellos que lo hacen, son apenas capaces de influir sobre los acontecimientos. La capacidad del soldado de afectar los acontecimientos revela otra paradoja: mientras que pierde prácticamente toda la libertad de modelar su propio destino “qua” individuo, retiene una cierta capacidad de afectar a su Estado-Nación, no “qua” individuo sino como una pieza de repuesto en la máquina del Estado, como un instrumento de la política de la Nación*”.²⁸² Bajo estos parámetros, los combatientes de las Malvinas, los soldados rusos de Chechenia y Osetia del Sur, los estadounidenses, británicos, australianos, franceses, alemanes, españoles y demás nacionalidades que pelean en Irak y Afganistán merecen una mirada más benigna. Quienes tomaron la decisión de enviarlos a la suprema prueba de la guerra deben responder por sus decisiones. Aquí la ideología de la Junta Militar, el ansia de gloria de Margaret Thatcher, el pensamiento neo-conservador de Bush, Cheney y Rumsfeld poco importan, la causa de la guerra fueron sus decisiones políticas, como líderes del Estado Nación.

El segundo punto a remarcar es que las explicaciones políticas permiten una mayor claridad en el misterio que es la guerra. Penetrar totalmente en ese misterio es imposible y las explicaciones globales son poco aceptables. No hay leyes en la historia, no existe el supuesto “*sujeto político de la historia*”, que vendrían a ser las Naciones, sus eternos Arquetipos o sus fantasmas, según la cosmovisión de algunos nacionalismos. El devenir histórico no está determinado. Entonces, indagar sobre las motivaciones políticas, los intereses, los objetivos y las estrategias de quienes toman las decisiones del Estado permiten disipar la niebla. Los estudios sobre la naturaleza del hombre, de la conformación de la estructura psíquica, los conocimientos de la conducta del hombre primitivo, acercan elementos importantes y permiten avanzar con el conocimiento del fenómeno bélico pero no devela su núcleo. Con gran humildad, estos dos parámetros, alcance de los niveles de responsabilidad e importancia de las explicaciones políticas en las causas de la guerra pueden considerarse las conjeturas más importantes que intento presentar en esta tesis. Si se desmerecen las explicaciones políticas, existe el riesgo de que el soldado pierda la condición de “profesional”, privilegiando al “guerrero”. Las explicaciones culturales se proponen una comprensión más amplia de la actividad militar, dejando de lado la concepción profesionalista. Esto es riesgoso.

En efecto, si algo quisimos destacar es que la guerra es una cuestión política. Como tal, es cosa de estadistas y políticos, como pone en evidencia el presidente de la primera potencia mundial. Una frase común delimita la importancia de fenómeno, en un sentido general, aceptado por la *doxa* y la *espíteme*: “*La guerra es algo demasiado importante para dejarla en manos de los militares*”. Sin embargo, el primer término de la proposición es aun más decisiva: “*La guerra es demasiado importante*.” No se trata de un juego de palabras ya que, en las democracias liberales, como hemos discutido, las decisiones de guerra y paz y la conducción de la guerra queda en manos de los gobernantes. Estadistas y políticos deben tomar cabal conciencia de esto ya que son los soldados quienes *hacen* la guerra. La responsabilidad de los soldados en una democracia consiste en prepararse profesionalmente para ir a la guerra, especialmente los generales, que son los responsables de la vida y la muerte de sus subordinados. Los generales tienen una responsabilidad crucial, deben responder por todo lo que pase o deje

²⁸¹ La Nación. En Oslo, Obama defendió la guerra. Buenos Aires, 11 de diciembre de 2009.

²⁸² Hoffmann, Stanley. Jano y Minerva. Página 430.

de pasar con su tropa, tanto en la paz como en la guerra.

Como hemos discutido en varios autores, en especial aquellos que analizan las relaciones cívico-militares y cuyas teorías están en la base de la juridicidad de las democracias liberales, los soldados deben realizar su tarea apoyados en los valores tradicionales: honor, servicio a la Nación, coraje, abnegación, obediencia a las autoridades constitucionales, sacrificio físico y moral, entrega total, hasta de la propia vida, en cumplimiento de la misión. Estos valores, que pueden considerarse conservadores, son fundamentales para que una organización militar sobreviva al fenómeno brutal de la guerra. Cambiar estas pautas traería aparejado alejarse de un modelo que ha evidenciado su utilidad, aun en períodos de fuerte tensión. Rápidamente quedaron atrás los experimentos de las fuerzas *constabularias*, propuestas al calor del optimismo y la irrupción de la guerra en varios teatros del mundo, como hemos comentado, nuevamente indicó que los soldados debían estar preparados para enfrentar los horrores del combate, aun en las operaciones humanitarias o las expediciones de fuerzas de paz de las Naciones Unidas. Las predicciones de Keegan sobre la desaparición de las batallas o de la supremacía del combate de baja intensidad de van Creveld fueron desmentidas por la realidad. Sin estos valores, las organizaciones militares no difieren mucho de las compañías privadas como Blackwater, que han llegado para quedarse en el mundo en estado de guerra. Frente a ellas, vale el consejo de Maquiavelo sobre la importancia de contar con tropas de ciudadanos para defender a la República, consciente de que la tropa mercenaria no era confiable. Políticos y militares son responsables de que las organizaciones estén listas para enfrentar el trance del combate. Los gobernantes deben respetar el saber militar específico y, si van a emplear a las fuerzas armadas en la máxima prueba, deben aceptar el asesoramiento de los profesionales. Los generales tienen la obligación de, en la paz y en la guerra, hacer conocer su pensamiento profesional, honesta y frontalmente.

La sola decisión de ir a la guerra debe ser balanceada muy detenidamente. El *decisionismo* en cuestiones de guerra y paz es una mala elección, como lo es la guerra preventiva o la generalización de la guerra en asuntos que no lo son, como el terrorismo. Dicen Ikenberry y Hall: *“El sistema norteamericano ha conseguido grandes logros; sin duda para el mundo avanzado, incluyendo a los propios Estados Unidos y, al menos en para algunas partes del Tercer Mundo. Su mayor logro ha sido la paz dentro del núcleo de la sociedad capitalista y entre los sistemas capitalista y socialista, aunque debemos reiterar que gran parte del Tercer Mundo ha sido devastado desde 1945 por guerras clásicas de terrible intensidad, muchas de las cuales eran guerras libradas indirectamente por las grandes potencias.”* Antonio Lobo Antunes escribe el libro de donde sacamos el epígrafe, recordando su experiencia en la guerra de Angola, donde fue enviado como médico a cumplir su Servicio Militar. Testimonio personal, refleja los sentimientos de los peones de la guerra en el Tercer Mundo.²⁸³

El *“decisionismo”* de Bush fue más una muestra de su falta de liderazgo y temor ante el peligro que una muestra de dinamismo y autoridad. Esto puso en evidencia lo que ocurre cuando los términos de la ecuación del control civil objetivo de las fuerzas armadas se distorsiona. Donald Rumsfeld interfirió directamente en el planeamiento militar de la campaña de Irak e impidió a la fuerza expedicionaria contar con los recursos que los generales habían requerido para cumplir con la misión impuesta por el poder político. Esta decisión fue un grave error del gobierno, motivada en antiguas reverberancias de asesores adscriptos al pensamiento neo conservador que, desde la primera campaña de Bush padre, presionaron para adueñarse del país. Aquella campaña fue llevada adelante bajo el paraguas de la legitimidad internacional pero ésta solo se amparó en la conmoción generada por los atentados del 11 de septiembre. La comunidad internacional no aprobó la invasión, que dejó al desnudo los intereses norteamericanos y británicos de ejercer el control geopolítico del Medio Oriente.

La pregunta fundamental del libro de Cohen versa sobre quién debe conducir la guerra y la respuesta es, obviamente, el estadista. Pero la argumentación peca de los errores marcados por los autores que hemos presentado, como Saganami, Hoffmann y Waltz: no es posible tomar lecciones de guerras anteriores, nunca se repite la historia, nunca los contextos en que los protagonistas toman sus decisiones, nunca los pueblos son los mismos, No es posible aprender de los grandes líderes del pasado porque nunca se conocen sus verdaderas circunstancias, sus elucubraciones, sus sentimientos ni sus razonamientos. Los libros como el de Cohen o el de Richard Neustadt sobre la toma de decisiones presidenciales, sirven como textos introductorios. Sirven también como inspiración para los momentos difíciles por el respeto o la admiración que esos líderes históricos evocan. Pero cada estadista debe tomar sus decisiones sobre la base de los elementos que configuran la situación que le toca vivir. Del mismo modo, el general debe analizar la situación y conducir a sus tropas hacia la victoria o el desastre. En ambos casos, es responsable de sus decisiones.

El estadista debe preocuparse por contar con equipos capaces para conducir las organizaciones militares. Estas desarrollan actividades que, como hemos dicho, abarcan una amplia gama de tareas hasta llegar a la guerra. Un

²⁸³ Lobo Antunes, Antonio. *En el culo del mundo*. Siruela. Madrid, 2002.

Estado que envía una fuerza de paz debe garantizar a sus soldados todos los elementos para que tengan éxito, para que puedan cumplir con su deber, para que sus vidas no se expongan inútilmente por falta de entrenamiento o equipos, para que ningún incidente inficione el prestigio, que el Estado debe cuidar celosamente. Los estadistas que conduzcan fuerzas militares deben contar con un “cursus honorum” en el manejo de los temas de guerra y paz, que como hemos remarcado, incluye operaciones de paz y acciones humanitarias donde se emplean contingentes militares bajo el mando de las Naciones Unidas. Los Estados deben contar, al menos, con un equipo de políticos capacitados por su experiencia para conducir organizaciones militares. Los generales deben hacer conocer y dejar testimonio de los problemas que tienen las fuerzas para cumplir acabadamente con su deber. El Estado y la sociedad esperan de ellos que sean profesionales aptos para conducir a la tropa que se pone bajo su mando.

Para terminar, frente a la polémica con los historiadores que no creen en el poder de la teoría, recordamos, al final del día, las tardes de Maquiavelo, cuando regresaba del mundo real, se vestía con túnicas curiales y dialogaba con los clásicos. Si algo me ha dado este trabajo, han sido muchas tardes de diálogo con hombres que saben mucho.

Bibliografía

- ✓ Clausewitz, Carl von. De la guerra. Círculo Militar. Buenos Aires, 1968. Tomos I a IV.
- ✓ Duroselle, Jean Baptiste. Todo imperio perecerá. Teoría sobre las relaciones internacionales. Fondo de cultura económica. México, 1998. Página 20.
- ✓ Hardt, Michael y Negri, Antonio. Imperio. Paidós. Buenos Aires, 2002. Multitud Guerra y democracia en la era del imperio. Debate. Barcelona, 2004.
- ✓ Kennedy, Paul. Auge y caída de las grandes potencias. Plaza y Janés. Barcelona, 1989.
- ✓ Gray, Colin, The 21st Century Security Environment and the Future of War. Parameters. Invierno 2008 – 2009.
- ✓ Eric Hobsbawm. Guerra y Paz en el Siglo XXI. Ed. Crítica. Barcelona, 2007. Naciones y nacionalismo desde 1780. Crítica. Barcelona, 1991. Hobsbawm, Eric. Historia del siglo XX. Ed. Crítica. Buenos Aires, 1998.
- ✓ Ferguson, Niall. La guerra del mundo. Debate. Barcelona, 2007. Coloso. Auge y decadencia del imperio americano. Debate. Barcelona, 2005.
- ✓ Johnson, Paul. Tiempos modernos. Vergara. Buenos Aires, 1988.
- ✓ Aron, Raymond. Paz y guerra entre las naciones. Alianza. Madrid. 1985. Pensar la guerra. Clausewitz. Instituto de Publicaciones Navales. Buenos Aires, 1987. Tomos I y II.
- ✓ Waltz, Kenneth. El hombre, el Estado y la guerra. CIDE. México. 2007. Teoría de la Política Internacional; Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires; 1988. The Emerging Structure of International Politics. International Security Vol. 18, número 2, otoño 1993. Massachusetts, MIT Press. El nuevo orden mundial. América Latina Internacional; Vol. 1; N° 2; Otoño-Invierno 1994. Globalization and American Power. The National Interest; spring 2000. El nuevo orden mundial. En América Latina Internacional Vol. I, número 2 de otoño-invierno 1994, páginas 149 a 159.
- ✓ Suganami, Hideki. On Causes of War. A Foundation for a Future Study. En “*Issues on International Studies*”. Ed Trevor Salmon. Routledge. New York.2000. Página 76 a 99. On causes of War. Clarendon Press. Oxford, 1996.
- ✓ Heuser, Beatrice. Reading Clausewitz. Pimlico. Gran Bretaña, 2002.
- ✓ Liddell Hart, Basil. El espectro de Napoleón. Eudeba, Buenos Aires, 1969.
- ✓ Paret, Peter, con la colaboración de Gordon Craig y Felix Gilbert. Makers of Modern Strategy. From Machiavelli to Nuclear War. Princeton University Press, New Jersey, 1986.
- ✓ Gray, Colin. The 21st Century Security Environment and the Future of War. Parameters. Invierno 2008 – 2009. Gray, Colin. Modern Strategy. Oxford University press. Londres, 1999.
- ✓ Howard, Michael. The Theory and Practice of War. Oxford University Press. Londres 2000. War in European History. Oxford University Press. Londres, 2001. La primera guerra mundial. Crítica. Barcelona, 2002.
- ✓ Dixon, Norman. On the Psychology of Military Incompetence. Pimlico. Londres, 1994.
- ✓ Morgenthau, Hans. Política entre las naciones. La lucha por el poder y la paz. (Traducción Heber W. Olivera) Grupo Editor Latinoamericano. Colección Estudios Internacionales; Buenos Aires; 1986.
- ✓ Mitchell Simpsom, B. Guerra, estrategia y poder marítimo. Instituto de Publicaciones navales. Buenos Aires, 1983.
- ✓ Dyer, Gwynne. Guerra. Desde nuestro pasado prehistórico hasta el presente. Belacqua. Barcelona, 2007.

- ✓ Gilpin, Robert. War and Change in World Politics. Cambridge University Press. New York, 1983.
- ✓ Fernández Vega, Jorge. Redefiniciones del Estado. En “*Crisis del estado en intervención internacional*” Mónica Hirst compiladora. EDHASA. Buenos Aires, 2009. Página 155 a 206. Las guerras de la política. Edhasa Buenos Aires.2005.
- ✓ Huntington, Samuel. The soldier and the State: The Theory and Politics of Civil Military Relations. Harvard University Press, Cambridge, 1959. El Círculo Militar editó una traducción en 1964. The soldier and the state in the 70's en “Civil Military Relations”. American Enterprise Institute for Public Policy Research. Washington, 1977 páginas 5-54. Finalmente, Huntington, Samuel. Reforming Civil Military Relations. Journal of Democracy 6:4 Octubre 1995, páginas 9 a 17.
- ✓ Hoffmann, Stanley. Jano y Minerva. Gel. Buenos Aires, 1987.
- ✓ Keegan, John. The First World War. Pimlico, London, 1999. Historia de la guerra. Planeta. Barcelona, 1995. The Mask of Command. Penguin. London. 1987. The Face of Battle. Viking. New York 1976.
- ✓ Gat, Azar. War in Human Civilization. Oxford University Press. New York, 2006. A History of the Military Thought. Oxford University Press. Gran Bretaña, 2002.
- ✓ van Creveld, Martin. La transformación de la guerra. Uceda. Buenos Aires, 2007. Fighting Power. German and US Army Performance. 1939-1945. Greenwood Press. Connecticut, 1982.
- ✓ Gaddis, John Lewis. Estrategias de la contención. GEL. Buenos Aires, 1989.
- ✓ Dallaire, Romeo. Shake Hands with the Devil. The Failure of Humanity in Rwanda. Carroll and Graf. New York, 2005.
- ✓ Bartov, Omer. Hittler's Army. Soldiers, Nazis and War in the Third Reich. Oxford University Press. New York, 1992.
- ✓ Freud, Sigmund. Porque la guerra (Einstein y Freud). En Obras completas. Amorrurtu. Buenos Aires, 2006. Tomo XXII, páginas193, 194 y 195.
- ✓ Pierre, Clastres. Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2004.
- ✓ Smith, Anthony. The ethnic's origins of nations. Basil Blackwell. New York, 1989.
- ✓ Gellner, Ernst. Naciones y nacionalismo. Alianza. Madrid, 1988.
- ✓ Anderson, Benedict. Comunidades imaginadas. Fondo de cultura económica. México, 1993.
- ✓ Glenny, Misha. The Balkans. 1804 - 1999. Nationalism, War and the Great Powers. Granta Publications. London, 2000.
- ✓ Cohen, Eliot. Supreme Command. Soldiers, Statesmen and Leadership in Wartime. The Free Press. New York. 2002.
- ✓ Weber, Max. Economía y sociedad. op. cit. “Sociología del Estado”.
- ✓ Hall, John y Ikenberry, G. John. El Estado. Alianza. Madrid, 1993. The Future of International Leadership. International Organization, 1999.
- ✓ Mearsheimer, John. The Tragedy of Great Power Politics. W. W. Norton. Nueva York, 2002.
- Grossi, Rafael Mariano. Penúltima Alianza: El proceso de expansión de la OTAN y el nuevo mapa de la seguridad internacional. Nuevo hacer, Grupo Editor Latinoamericano; ISEN; Buenos Aires; 1999.

- Grossi, Rafael Mariano. Kosovo Los límites del intervencionismo humanitario. Nuevo hacer Grupo Editor Latinoamericano; ISEN; Buenos Aires; 2000.
- ✓ Kaplan, Robert. El retorno a la antigüedad. Ediciones B. Buenos Aires, 2002.
- ✓ Kagan, Robert. Poder y debilidad. Taurus. Madrid, 2003.
- ✓ Geller, D y Singer, D. Nations at war: a structural study of international conflict. Cambridge University Press. Reino Unido, 1998.
- ✓ Woodward, Bob. Bush en guerra. Península Atalaya. Barcelona, 2002. Negar la evidencia. Norma Editorial. Bogotá, diciembre 2006.
- ✓ Clark, Wesley. Winning Modern Wars. Public Affairs, New York, 2003.
- ✓ Miller, Alice. Por tu propio bien. Tusquets. Barcelona, 1992.
- ✓ O'Donnell, Guillermo. Apuntes para una teoría del Estado. En Oscar Oszlak (comp.) "Teoría de la burocracia estatal. Enfoques críticos". Paidós. Buenos Aires, 1984.
- ✓ Luttwak, Edward. Give War a Chance. Foreign Affairs. EE.UU., julio – agosto de 1999.
- ✓ Keohane, Robert y Nye, Joseph. Poder e interdependencia. Edit GEL. Bs As, 1984. Keohane, Robert. After hegemony: Cooperation and discord in the world political economy. Princeton University Press. Princeton, 1984. Keohane, Robert y Nye, Joseph. Power and Interdependence Revisited. International Organization. Otoño 1987.
- ✓ Dougherty, James E. y Pfaltzgraff, Robert L.; Teorías en pugna en las relaciones internacionales: Traducción. Cristina Piña; Grupo Editor Latinoamericano; Buenos Aires; 1993.
- Kant, Immanuel. Hacia la paz perpetua. Un proyecto filosófico. Prometeo. Buenos Aires, 2007.
- ✓ Russell, Roberto. Notas sobre el nuevo orden mundial. FLACSO. Buenos Aires, 1994.
- ✓ Doyle, Richard. Kant, liberal legacies and Foreign Affairs, en Philosophy and Public Affairs. Vol 12, Nro 3 y Vol 12 Nro 4. 1983.
- ✓ Rosencrance, Richard. The rise of the trading state. Basic Books. New York. 1986. The virtual state. Foreign Affairs. Junio de 1996.
- ✓ Krasner, Stanley. The Accomplishments of International Political Economy. Smith, S, Booth, K, Zalecki, M International theory: positivism and beyond. Cambridge University Press. 1996, páginas 149 a185. International Regimes. Cornell University Press, 1983. Capítulos de Krashner, Strange, Haas, Ruggie y Young.
- ✓ Jervis, Robert. Cooperation under the Security Dilemma. En Art and Jervis, International Politics. Harper y Collins, segunda edición. 1984.
- ✓ Buzan, Barry. Security, the State, the New Order and Beyond, en Ruggie, J, "On security. New Directions in World Politics. Buzan, Barry, Charles Jones y Richard Little. The logic of anarchy. University of Columbia EE.UU, 1993.
- ✓ Kupchan, Charles. After Pax Americana, Benign Power, Regional Integration and the Sources of a Stable Multipolarity. International Security. , EE.UU., otoño 1998.
- ✓ Battaleme, Juan. Un mundo ofensivo. El balance Ofensivo Defensivo y los conflictos de Kosovo, Afganistán, Irak y Chechenia. Temas UADE. Buenos Aires, 2008.
- ✓ Ghali, Boutros Boutros. Una agenda para la paz. United Nations. New York, 1995.

- ✓ Annan, Kofi. Programa para la paz. Naciones Unidas. New York, 1998. El ex Secretario General toma el texto de su antecesor y aplica muchos de los conceptos a la búsqueda de la paz en África.
- ✓ SIPRI Yearbook 2009. Armaments, Disarmament and International Security. Resumen
- ✓ Lind, William S., (Coronel) Nighthengale, Keith, (Capitán) Schmitt, John F. (Coronel) Sutton, Joseph W. (Coronel) y Wilson, Gary I. (Teniente Coronel) The Changing Face of War: Into the Fourth Generation. Marine Corps Gazette (octubre de 1989), páginas 22-26. Publicado también en Military Review (octubre de 1989), páginas 2-11. Comprendiendo la guerra de Cuarta Generación. Military Review. Fort Leavenworth, enero-febrero de 2005.
- ✓ Posen, Barry. Command of the Commons. International Security, vol 28, número 1.
- ✓ Rumsfeld, Donald. Transforming the Military. Foreign Affairs, mayo junio 2002.
- ✓ Powell, Colin. My American Journey. Simon and Schuster. New York, 1994.
- ✓ Schwarkopf, Norman. Autobiografía. Globus. Madrid, 1992.
- ✓ Mc Cain, John. Faith of my Fathers. Ballantine, New York, 2000. Worth the Fighting for. Ballantine. New York, 2003. Why Courage Matters: the Way to a Braver Life. Ballantine. New York, 2008.
- ✓ Petraeus, David. Guía de Contrainsurgencia del Comandante de la Fuerza Multinacional Irak. Military Review. Enero-febrero 2009.
- ✓ Gordon, Michael R. y Trainor, Bernard E. The General's War. Back Bay Books, Boston, 1995.
- ✓ Cordesman, Anthony H. If We Fight Irak: Irak And The Conventional Military Balance Center for Strategic and International Studies, (CSIS) Washington. Edición Revisada, 28Jun 2003.
- ✓ Schuster, Federico. Del naturalismo al escenario post empirista. En "Filosofía y métodos de las ciencias sociales". Manantial. Buenos Aires, 2002, página 43.
- ✓ Snyder, Glenn. Alliances, Balance and Stability. International Organization. Vol 45 número 1, páginas 121 a 142. Del mismo autor: Alliance theory: a neorealist first cut. En R Rosthein. The Evolution of Theory in IR. También, The Security Dilemma in Alliance Politics. World Politics. Julio 1984, páginas 461 a 495.
- ✓ Russett, Bruce. Grasping the Democratic Peace. Principles for a Post Cold War World. Princeton University Press. New Jersey, 1993, capítulos 1 y 2. Sorensen, George. Democracy and Democratizations. West view Press, 1993, capítulo 4. Zakaria, Fareed. The Rise of Liberal Democracy. Foreign Affairs, vol 76, número 6, noviembre/diciembre 1997, páginas 22-43..
- ✓ Russett, Bruce with Carol Ember y Melvin Ember. The Democratic Peace in Nonindustrial Societies. En "Grasping the Democratic Peace Principles for a Post Cold War World" Op cit, páginas 99 118. Remmers, Karen. Nuevas perspectivas teóricas sobre la democratización Agora, número 5, invierno 1996, páginas 239 a 260.
- ✓ Freedman, Lawrence. War. Foreign Policy. Julio-Agosto 2003.
- ✓ Taleb, Nassim Nicholas. ¿Existe la suerte? Paidós. Barcelona, 2004. El cisne negro. El impacto de lo altamente improbable. Paidós. Barcelona, 2008.
- ✓ Weller, Marc. The Crisis in Kosovo 1989 – 1999. Cambridge, England: Documents and Analysis Publishing; 2000. Schwartz, Stephen. Kosovo: Background to a war. Anthem Press; London; 2000. Judah, Tim. Kosovo: War and Revenge. Yale University Press; 2000. Buckley, William J. Kosovo: Contending Voices on Balkan Interventions. Editado por William J. Buckley, Erdmans; 2000.
- ✓ Findlay, Trevor. The Use of Force in UN Peace Operations. SIPRI Publications X. Estocolmo, febrero de 2003.

- ✓ Lock-Pullan, Richard. “And the Wall Came Tumbling Down”: The current Debate on the Changing Nature of the Military Professional. Defence Studies, Vol. 1, No 3 (Autumm 2001) pp. 122-132.
- ✓ Corbacho, Alejandro. Mirar al futuro a través del experto. Limitaciones y potencialidades de los pronósticos en las relaciones internacionales. UCEMA. Documento de trabajo nro. 367, diciembre 2007.
- ✓ Wallace, Michael. Arm Races and Escalation: some new Evidence. Journal of Conflict Resolution. Vol 23 (1979) Pag 3 a 16.
- ✓ Diehl, Paul. Arm race and Escalation. A close look. Journal of Peace Research. Vol 20
- ✓ Freymond, Jacques. Teoría e historia. En “Todo imperio perecerá”. de Jean Baptiste Duroselle. Fondo de cultura económica. México, 1998.
- ✓ Desch, Michael. Bush and the Generals. Foreign Affairs, mayo/junio 2007. Comentarios posteriores en Myers, Richard y Khon, Richard; Owens, Mackubin Thomas; Corp, Lawrence y Desch, Michael. Salute and Disobey. Foreign Affairs, septiembre/octubre 2007.
- ✓ Friedman, George and Meredith. The Future of War. St Martin Griffin. New York, 1996.
- ✓ Szafranski, Richard. When waves Collides: Future Conflict. JFQ. Primavera, 1995. Páginas 77 a 84.
- ✓ Escudé, Carlos. La civilización iberoamericana. Revista UCEMA. Buenos Aires, 2008. Página 23 y 24.
- ✓ Bowden, Mark. The Kabul-ki Dance. Inside the cockpit with the pilots and whizzos of the 391st Fighter Squadron, the top guns of America's air war in Afghanistan. The Atlantic Monthly. EEUU, noviembre de 2002.

